

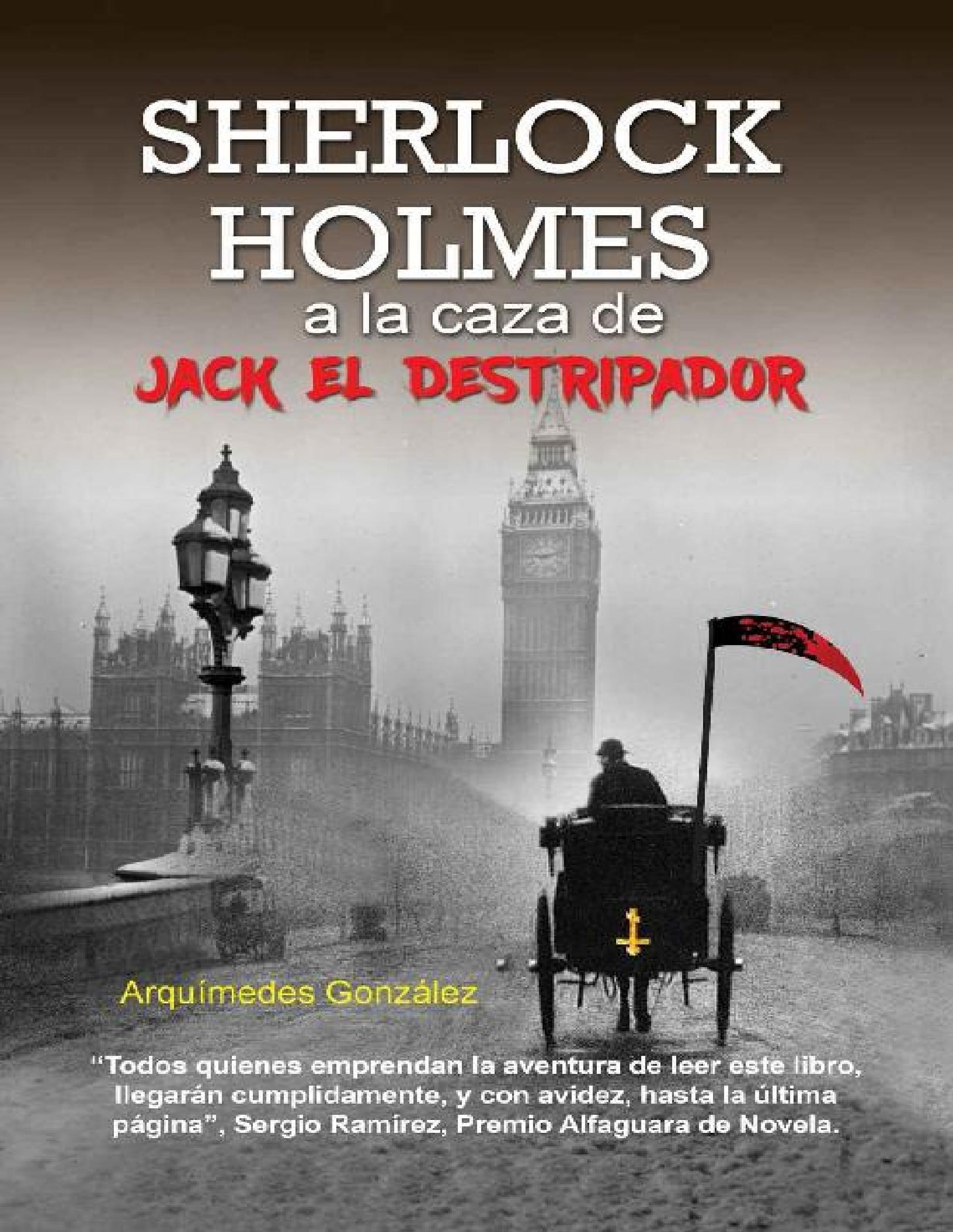
SHERLOCK HOLMES

a la caza de

JACK EL DESTRIPIADOR

Arquímedes González

"Todos quienes emprendan la aventura de leer este libro, llegarán cumplidamente, y con avidez, hasta la última página", Sergio Ramírez, Premio Alfaguara de Novela.



Sherlock Holmes
a la caza de
Jack El Destripador

Arquímedes González

© Arquímedes González, 2017-2018

Website:

<http://arquimedesgonzalez.blogspot.nl/>

Copyright, 2017-2018

All rights reserved. No part of this book may be reproduced in any form or by any electronic or mechanical means, including information storage and retrieval systems, (electronic, mechanical, photocopying, recording, or otherwise), without the prior written permission of both the copyright owner and the publisher of this book.

Todos los derechos reservados. Este libro no podrá ser reproducido total o parcialmente bajo ningún dispositivo electrónico incluyendo los de almacenamiento de información y medios electrónicos, mecánicos, fotocopias, grabación o cualquier otro medio, sin previo permiso expreso del autor y de la editorial.

**Prólogo del escritor Sergio Ramírez,
ganador del Premio Alfaguara de Novela 1998**

Arquímedes González, que pertenece a la moderna generación de periodistas nicaragüenses, aparece por primera vez como novelista y al hacerlo, entra también en la modernidad de la escritura inventiva sin tropiezos de principiante.

En *Sherlock Holmes a la caza de Jack El Destripador* hay dos elementos valiosos que se conjugan de manera eficaz, y son la historia nacional, y la imaginación vista desde la propia literatura clásica, no en balde los personajes principales son el presidente Evaristo Carazo, uno de los presidentes de nuestros célebres treinta años conservadores de la segunda mitad del siglo XIX, sometido aquí a la fragua de la imaginación; y el detective Sherlock Holmes creado por Sir Arthur Conan Doyle, pero que Arquímedes le toma prestado, junto con su inseparable amigo, el doctor Watson, para que viajen a la provincial Managua de aquella época en busca, nada menos, que de Jack El Destripador.

Es la novela escrita por un buen lector de la historia de Nicaragua, y de las novelas de Conan Doyle, y que habla por tanto, con conocimiento de causa, para juntar la historia leída con la literatura leída a través de la imaginación, que es donde se sitúa la novedad de esta novela.

Pero no se trata solamente de un experimento feliz. Así como el Sherlock Holmes que recorre las calles de Managua en busca de las pistas para atrapar a Jack El Destripador, resulta creíble porque sigue siendo un personaje de Conan Doyle, sólo que trasplantado al trópico centroamericano, el Coronel Evaristo Carazo es creíble desde su primera aparición porque está tratado como un personaje a veces ecuánime, las más de las veces arbitrario, austero, y a la vez matrero, que gobierna un país sumido en la oscuridad del atraso, al que alumbran las primeras luces republicanas.

Quien entre en las páginas de la novela *Sherlock Holmes a la caza de Jack El Destripador* se encontrará con un libro lleno de sorpresas. El primer automóvil que llega al país, y que termina descalabrado en manos del propio presidente Carazo. El encuentro de Sherlock Holmes con Rubén Darío en una cantina de Managua. El banquete de estado que el presidente Carazo ofrece al presidente Soto de Costa Rica, en fallida visita oficial, siempre el conflicto del río San Juan de por medio.

Y el fin de las pesquisas para hallar a Jack El Destripador, que el lector debe encontrar por sí mismas al final, ya que no me cabe duda de que todos quienes emprendan la aventura de leer este libro, llegarán cumplidamente, y con avidez, hasta la última página.

**Para mis hijas,
Klimeen y Charlotte**

Sherlock Holmes
a la caza de
Jack El Destripador

Arquímedes González

INDICE.

Prólogo del escritor Sergio Ramírez,
ganador del Premio Alfaguara de Novela 1998

Sinopsis

I II III IV V VI VII VIII IX X
XI XII XIII XIV XV XVI XVII
XVIII XIX XX XXI XXII

Epílogo

I

Traidores derrotados

II

Jack El Sucio

III

La muerte de Jack

IV

Las cartas de Jack

V

Darío llega a Nicaragua

VI

La misiva de Holmes

VII

La estampilla del Momotombo

VIII

Jack El Destripador murió en Nicaragua

Sinopsis

En noviembre de 1889 Francis Tumblety, señalado como la persona vinculada a los asesinatos de varias mujeres en Whitechapel, Inglaterra, escapó en barco con destino a Nueva York, Estados Unidos.

Los policías enviados por Scotland Yard para capturarlo jamás lo localizaron.

Entre enero y febrero del siguiente año se reportaron las muertes de seis mujeres en diferentes ciudades de Nicaragua.

Sherlock Holmes a la caza de Jack EL Destripador es una novela histórica y policial que relata la llegada de Jack *El Destripador* a Nicaragua y también el arribo del detective británico Sherlock Holmes en su búsqueda.

El primer capítulo inicia con el ascenso al poder del presidente Evaristo Carazo. A su llegada a Managua, Sherlock Holmes se entrevistará con el poeta Rubén Darío, quien en enero del 89 había regresado de Chile. Desde la capital nicaragüense Holmes, junto con su compañero John Watson, iniciarán la cacería del asesino más famoso de todos los tiempos.

Este libro fue publicado en el 2002 con un tiraje de 4,500 ejemplares. El libro fue reimpresso en el 2005 con un tiraje de 3,500 ejemplares.

En el 2005 el detective británico Trevor Marriot presentó el libro *Jack El Destripador*, que trata sobre la investigación del siglo XXI, de donde surge la teoría de que el asesino pudo haber viajado de Nueva York a Nicaragua.

En enero de 2009 el libro se presentó en la Librería Estudio en Escarlata, en Madrid, España.

Sherlock Holmes
a la caza de
Jack El Destripador

I

Despertó a las cinco de la mañana, en el preciso instante que atacaban el aguacero y el dolor artrítico en la espalda.

Al asomarse al patio, envuelto en su sábana con el cabello alborotado y apoyado en su bastón, vio que no era uno de esos temporales acostumbrados.

Tras salir desafiando la lluvia, sintió en su cabeza y sus hombros la fuerte metralla de las gotas y los cuerpos de las mariposas muertas. Caían miles ahogadas, pequeñas y grandes, adornando con amarillo el paisaje esmeralda de los dentados árboles y la desarrollada hierba salvaje que se extendía hasta las montañas.

Imperturbable, volvió hacia adentro sacudiéndose los cabellos y los hombros, dejando por el suelo de la sala el reguero de mortandad. Escuchó en el techo el golpeteo de las gotas como si fuera arena, pero al instante lo olvidó.

Por un momento observó la pobreza de su casa: el desvencijado mobiliario, la mesa desnuda y gastada de tanto lavarla, la mecedora chillona, las divisiones de los cuartos con biombo de tela curtida por el polvo, el fogón en el que ardía la madera, el triste humo que salía a encontrarse con el

vendaval, el piso de tierra y las paredes descoloridas y abandonadas a la suerte de las arañas.

Caminó despacio como si no quisiera perder la imagen de la miseria que lo envolvía. Tras la inspección que confirmó la misma derrota de los últimos años, entró al cuarto y tiró la sábana sobre la cama. Se vistió, fue a la cocina, preparó café y se sentó a saborearlo en la mecedora, escuchando sin espantarse el furioso embate de las gotas y el caer de las mariposas muertas.

A él nada lo asustaba.

El año pasado había llovido sapos y culebras, por lo que esto ya no era novedad en la misteriosa naturaleza de torcido y alocado trópico donde había nacido y crecido.

Ya había visto caer nieve en Estelí, oro del tamaño de melones como adornos de sala en las casas de Chontales, ríos cargados de excedente leche y miel que desechaban los hacendados en Santo Domingo y la peligrosidad del Río Grande de Matagalpa, que el año pasado había inundado cuarenta comarcas de la zona en tres horas, obligando a una mujer a parir en la cima de un árbol.

Mientras amainaba el viento y la lluvia, desayunó una tortilla de maíz con queso y crema, más otra taza de café y dedicó la mañana a organizar su viaje.

Estaba empeñado en recorrer esta importante jornada de su vida en carruaje y no en tren, aunque le tomara dos días. Era una travesía que lo

llevaría a la última etapa de sus glorias.

Dejó la casa al cuidado de su vecina, una nerviosa mujer de cabello en forma de mata alborotada, que desde el amanecer alertaba sobre Armagedón y el noveno día, debido a las señales en el cielo. En cada palabra dicha dejaba ver el último diente que le quedaba. Con sus manos temblorosas y aunque nadie le ponía atención seguía insistiendo sobre el fin del mundo que se anunciaba en la lluvia de mariposas muertas.

El viejo salió a la calle que estaba cubierta de chocolate derretido. Cargaba una maleta de cuero de vaca que dejó en el suelo para que el chofer del coche la guardara. Contenía cinco trajes, su discurso y documentos, como la carta de rechazo al ascenso de general, reportes militares de las ahora lejanas pero memorables batallas ganadas más por astucia que por logística y las misivas perfumadas de flor de jazmín que le enviaba a Eulalia a quien llegó a amar tanto que adoraba hasta el suelo que pisaba cuando estaba en campaña militar.

Todo estaba bien doblado y acomodado por él mismo. Era lo que más le importaba. Podría fallecer hoy, pero lo que había en esa valija seguiría hablando de él, muchos, muchos años más de lo que imaginaba.

Ahí estaban, según creía, las pruebas de que el destino de este pueblo había sido forjado, cambiado y materializado por él y por cada una de sus decisiones tomadas, más que por intervenciones divinas.

En el otro baúl, bañado de una gruesa película de polvo que estaba debajo de la cama de su cuarto, quedaba una cosa olvidada y de gran valor. Ya afuera, hizo un repaso de las piezas empacadas hasta sorprenderse de su negligencia. Dio media vuelta y entró apresurado a la casa, como si el objeto en cuestión tuviera piernas para salir huyendo.

Era un revólver Colt Paterson cuarenta y cinco de cañón largo, de la primera serie sacada al mercado en Estados Unidos en 1836 y que la obtuvo como trofeo de uno de sus enemigos, rendido y después colgado con honores militares tras acabar la guerra entre oriente y occidente en el 53.

El arma tenía como característica la falta de seguro en el gatillo. El cuerpo del armazón y el percutor tenían cortes en relieve, de los que se veían grabados de batallas y rifles en miniatura, terminando en una cache de marfil en perfecto estado.

Tomó la pistola con las dos manos y se la montó en la cintura enfundando el mango hacia delante.

Rápido salió, metió el arma en su equipaje y se acomodó en el asiento.

El cochero colocó la valija en el maletero del carruaje.

En la calle ya había salido el sol y los niños acumulaban por montones los insectos muertos. Cuando sus manos quedaban colmadas, los lanzaban al aire sobre sus cabezas, danzando por los lodazales, mientras que arriba los tejados habían adquirido un color dorado.

Una hora después, siguiendo el camino alfombrado de diferentes tonalidades de áureo, el conductor se detuvo, recogió a dos personas más, posteriormente otra y, finalmente, un último pasajero lo abordó a la salida del pueblo.

Los viajantes veían el inquieto goteo brillante que se desprendía de los techos de la zona como si fuera sangre dorada y, más tarde, al dejar atrás la ciudad azotada por ese mal augurio, miraron hacia la senda que los acercaba a Managua.

El viaje se interrumpía cada cuatro horas para que orinaran o defecaran, después cada ocho horas para dormir y cambiar los caballos por otros descansados. Comían a la entrada de los pueblos donde los recibían ofreciéndoles alojamiento, luego sopa de pollo para reponer fuerzas, chicharrón con yuca cocida, frijoles molidos, tamales, tortilla con aguacate, crema y queso, pinol o café y, de postre, arroz con leche y, para él, el especial pedazo de torta de limón que en todo el país se sabía que le gustaba.

Durante los dos días de marcha, la vegetación surtida de árboles robustos de caoba, pochote, roble, guanacaste y genízaro dominaba el encantado verde del paisaje irregular de subidas y bajadas, mientras grillos y cigarras se turnaban en un preludio que seguía con cantares interminables de pájaros, croar de ranas y chillidos de monos moviéndose a sus anchas en la espesura del bosque.

No habría bastado las crónicas incomodidades de las largas y crueles guerras para fatigarlo, la dicha de los resonados triunfos ni los llantos de las silenciosas derrotas, de caminar siempre con la espalda torcida y las piernas entumecidas por la montura después de cabalgar por horas, los cotidianos cuartelazos del perpetuo desorden político y militar desde la independencia de España, que hacían de un héroe un criminal al día siguiente; la cansada lucha cuerpo a cuerpo con el enemigo, la falta de comida, o la constante necesidad de cazar al traidor, los desvelos, las caminatas ni el sometimiento del organismo a la disciplina diaria de levantarse a las cinco de la mañana desde que perdió a Eulalia, pero los efectos de tantos esfuerzos malgastados, de descubrir que una mujer puede ser tan peligrosa y dañina como una bala disparada, o traicionera como el mar, y de los extenuantes combates que usualmente dejaban más mortandad que victoria, se presentaban ahora en la debilidad de los huesos de su espalda que no soportaban ni la humedad de la lluvia.

Entre más se alejaba del que había sido su hogar de infancia, el anciano recuperaba ese poder conquistado en sus batallas, se erguía más orgulloso de sus años, levantaba la frente ante el pronto vitoreo y sacaba el pecho feliz de dejar atrás el anonimato que sentía al estar sumido en ese rincón del mundo donde había nacido.

Tras días de viaje, con una sonrisa que escondía el dolor artrítico en su espalda, el coronel Evaristo Carazo entró a Managua el veintisiete de febrero

de 1887 con su escasa corte compuesta por un ministro de la Presidencia que incluso tendría bajo su desempeño las relaciones con la Iglesia, la cancillería, la economía y la política interna.

Además contaba con un jefe de Policía, otro del Ejército y un escribano, quien se enfrentaría a la obstinación del coronel Carazo de redactar todo en lenguaje poético, desde la publicación de impuestos hasta la designación de embajadores; todos apretujados en el carruaje que, tras su paso, dejaba una pequeña polvareda que se impregnaba en las caras y atuendos de los simpatizantes apostados en el camino de tierra para recibir al nuevo mandatario llegado de Rivas.

Era un anciano de comportamiento severo. Cuando hablaba, apoyado en su bastón de ébano que le amortiguaba su padecimiento físico, miraba fijamente con sus ojos negros como los de un roedor y dejaba salir una voz ronca y mandona.

Vestía un traje azul de lino, el pantalón con dos pliegues a cada lado y corbata blanca. Del pecho le colgaban dos medallas de oro de veinticuatro quilates cada una. La primera estaba media pulgada arriba del extremo izquierdo del corazón. Mostraba una serpiente emplumada y la siguiente leyenda: “Al Valor y Honor”.

La otra estaba a la misma altura, pero a la derecha, con el mapa de Nicaragua custodiado con dos fusiles y las palabras: “Gloria y Libertad”.

Era un domingo soleado. La gente, vestida con sus mejores galas, entre voces y murmullos, se esforzaba por ver y palpar al décimo tercer presidente de la nación. Siempre sonriendo a pesar del dolor, con esa expresión que lo disculpaba sin humillarse, escarbó en sus bolsillos y desplegó un pañuelo para secarse la frente y las sienes.

El sudor de las axilas le producía pequeños arcos en su camisa y sentía que hilos de la fuerte transpiración bajaban por su espalda y humedecían la parte trasera de su pantalón.

En la tarima de madera situada a espaldas del lago de Managua avanzó sin alarde hacia la multitud, pero convencido que recibía el pago de tantas batallas por haberse extirpado el miedo y clavarse el coraje en el pecho, por la espera de la aurora, por tanto tronarse los dedos una y otra vez esperando el ansiado enfrentamiento, del frío que le convulsionaba hasta las entrañas, guiando a sus tropas nómadas que iban sin descanso de pueblo en pueblo, de montaña a montaña, pasando lagunas, ríos, quebradas y barrizales, sosteniendo sus sombras para caer de cansancio y soportando una permanente hambre general que muchas veces era saciada por saqueos desesperados a los campesinos, quienes no tenían más remedio que dejarse arrasar con lo que tenían, desde aves hasta la sal.

Parecía que la corbata le estorbaba.

Acercó su mano derecha a la garganta y movió su cuello de un lado a otro,

sintiendo el tronar de los huesos.

Más incómodo por el calor, se pasó repetidas veces el pañuelo por la frente.

Cuando el mandatario que dejaba el cargo, Adán Cárdenas, cirujano graduado en la Universidad de Pisa en Italia, avanzó hacia el coronel Carazo sosteniendo con delicadeza en sus manos la banda presidencial como si cargara un bebé, el aire se paralizó, cayó al suelo y las hojas y ramas de los árboles adquirieron una inmovilidad acerada.

Las manos invisibles del aire dejaron de acariciar los árboles y cesaron de escarbar y hacer remolinos de tierra bajo la tarima. Su gran boca no susurró más en los oídos de los presentes. Se acallaron las voces de la masa presente y se miraron sin encontrar respuesta al repentino cambio del clima.

En el momento que el nuevo presidente Carazo tomó la banda, se la colocó en el pecho y dijo “Sí, juro”, las orquestas tocaron la diana y una salva de artillería y un repique solemne de campanas anunciaron el cambio de autoridad.

La inmovilidad del aire desapareció y aró los cabellos de los presentes. Ahora venía cargado de un olor a agua dulce, tan cercano que parecía desparramarse sobre las cabezas de los asistentes.

El estrenado presidente habló:

—Hoy es un día histórico para Nicaragua y el mundo. Hoy nuestro

gobierno comenzará los pasos para llevar esta nación hacia un cambio y desarrollo sin precedentes en la historia moderna y he de explicarles por qué: Traemos ante ustedes el primer vehículo importado por Nicaragua, que significa el inicio de otro tiempo de gloria y de desarrollo para este país que ha perdido a miles de leales nicaragüenses en guerras dolorosas, pero necesarias para la instalación de la democracia...

La muchedumbre, que desde hacía rato era devorada por una nube de zancudos, aplaudía embelesada, mirando a los miembros del austero Gabinete de Gobierno que, al tener el lago de Managua tras ellos, provocaba una verdadera visión bíblica, como si estuvieran suspendidos sobre el agua.

Cerca del lugar se había instalado carpas, sillas y un pequeño zoológico.

Lo que más atraía la atención era la foto del gigante petrificado encontrado en Cardiff, Nueva York, en el año 79, que medía tres metros y que según el anuncio colocado en la entrada el espécimen tenía un miembro viril del tamaño de un antebrazo.

El gigante descubierto mientras se excavaba un pozo de agua había sido presentado en cada pueblo de Estados Unidos y ahora recorría el mundo para revelar el misterio de su cuerpo convertido en piedra tras beber lava volcánica.

El circo incluía también atracciones como una triste sirena acomodada en una estrecha piscina de agua salada con paredes de vidrio, el hermafrodita, un

hombre de espeso bigote con tres senos, caderas anchas y ocho dedos en cada pie y un enorme elefante blanco que mantenía en zozobra a los perros.

Las sorpresas del mundo, mostradas ahora a los capitalinos, pertenecían a dos compañías de circo de Honduras y Costa Rica contratadas para presentar tres funciones gratis con motivo del cambio de gobierno. El circo también contaba con los usuales acróbatas, ilusionistas, payasos y prestidigitadores.

—...Además, durante mi mandato estén seguros que verán construido el Canal Interoceánico de Nicaragua. Es un proyecto sin retroceso y que nos pondrá en el camino hacia una gran potencia. Les prometo que de aquí a veinte años, Nicaragua será la Constantinopla del Nuevo Mundo.

Mi mandato se concentrará en disminuir el tiempo de espera de este sueño y prometo consolidar las bases para que este proyecto se haga realidad cuanto antes. Solamente en Nicaragua existe la posibilidad de construir el Canal y nosotros hemos sido elegidos por el Destino para desde ahora desarrollarlo, administrarlo y explotarlo.

Y, por eso, el futuro está aquí...

Señaló hacia la derecha donde un grupo de trabajadores mantenía bajo resguardo un espacio de cinco metros cuadrados cubierto con tela oscura. Cuatro de ellos retiraron la tela y los presentes pudieron apreciar un hermoso armatoste conocido en el mundo exterior como vehículo, tan alucinante que el orden de la concurrencia se rompió para ir a tocarlo. Tras desfilarse ante esa

misteriosa máquina de hierro y ruedas, el gentío se dirigió a ver las maravillas que traía el circo donde daría comienzo la primera función del día.

Cuando el coronel Carazo entró al edificio de la Casa de Gobierno, escuchó afuera los juegos pirotécnicos que iniciaban la fiesta popular que se extendería hasta la madrugada, pero él era un hombre de setenta y cinco años cumplidos el veinticuatro de octubre del 1886, que no necesitaba del bullicio, sino de paz y su torta de limón, así que se estiró en la silla escuchando cada una de las diligencias que debían iniciarse. Los párpados le pesaban como si fueran de hierro forjado. Aburrido, pensó en agregarle a su bastón dos borlas de terciopelo oscuro que lo hiciera más elegante.

Las voces a su alrededor se alejaban y las imágenes se volvían dobles y borrosas. Comenzó a soñar con el catorce de septiembre de 1856, día de la batalla en la Hacienda San Jacinto, en la que ganó su coronelato a los cuarenta y cuatro años de edad.

En el sueño corrían los días de guerra y se miraba fuerte y ágil blandiendo la espada al entrar al campo enemigo no por audacia, sino porque el caballo que montaba se encabritó y desbocado fue directo hacia las trincheras donde se escondían los filibusteros al mando de William Walker, un aventurero que nunca pesó más de cincuenta y cinco kilos, nacido el ocho de mayo de 1824 en Nashville, Tennessee.

Según su padre James Walker, un escocés que había emigrado a Estados

Unidos en los años veinte, su hijo se había vuelto diabólico contra el mundo tras la muerte de cólera de su novia sordomuda Ellen Galt Martin, de veinte años, el dieciocho de abril de 1849 y, según su madre Mary Norvell, loco porque un mes después, luego de llover cinco días y cinco noches, reconoció mientras flotaba por la calle principal la cabellera y el vestido que cubría el cadáver descompuesto de su novia, porque el panteón se inundó y el río crecido destruyó los ataúdes y expuso los cuerpos a la mirada aterrorizada de los pobladores.

Walker nunca alcanzó a ser médico, administrador, abogado ni periodista, aunque sabía a la perfección francés, alemán, italiano, latín y griego, pero no se conformaba con esto.

Todos los días se gritaba a sí mismo: ¡El futuro! ¡El futuro! ¡Algo que siempre viene, pero nunca llega! El tres de noviembre de 1853, al mando de cuarenta y cinco hombres salió en busca del mañana que lo esperaba impaciente.

Invadió Baja California y a los días se proclamó Presidente.

El ocho de mayo de 1854, día de su cumpleaños número treinta, tras varios meses de resistencia de las tropas nacionalistas fue expulsado de México. En los siguientes meses fue juzgado, absuelto y celebrado en California por enfebrecidos colonialistas, y se vio deambulando más tarde como pirata en Centroamérica en espera de la siguiente oportunidad que le daría el destino.

En Nicaragua, el general Fruto Chamorro Pérez, nacido el veinte de octubre de 1804 en Guatemala, ascendió al poder el primero de abril del 53 por elección popular. Una de sus primeras acciones fue alterar la Constitución para extender de dos a seis años su período. Esto abrió el camino para la Guerra Nacional entre legitimistas y demócratas, quienes cambiaban la capital de Granada a León, según las insurrecciones militares de cada mes.

Chamorro, quien se hacía llamar agricultor, soldado, senador y estadista, comenzó su carrera en un bautismo de sangre a los diecinueve años degollando sin ayuda de nadie a cuatro soldados que intentaron robarle la cosecha de maíz y cinco reses a su familia, que había emigrado a Nicaragua tres años atrás.

Para salvarse de la cárcel, se unió al ejército y comenzó una larga y vertiginosa carrera militar que le hizo recorrer ciento veintisiete mil kilómetros en diez años, dos meses y once días, participar en treinta y cinco batallas en las que vio morir a los cuatro únicos hombres a los que hubiera confiado su vida e incluso a su mujer, hasta que lo nombraron general por su audacia y terquedad en el campo de combate, donde siempre se lanzaba de primero con su caballo y su rifle perfumado de valentía.

Un mes después se formó el Gobierno Provisorio Democrático encabezado por el general en jefe Máximo Jerez, un militar cuyo único defecto era el ser sonámbulo, tanto así que cuando una noche desapareció de su cabaña con su rifle y municiones, sus superiores y quienes estaban bajo su mando creyeron

que había sido secuestrado, pero lo encontraron en la madrugada, andando todavía dormido, a doce kilómetros de distancia del campamento.

Tenía tan hinchados y maltratados los pies que no pudo caminar en tres semanas. Y en otras ocasiones, aún más peligrosas, se levantaba y andando por el cuartel comentaba de sus amantes, secretos militares y sus verdaderos propósitos al tomar el poder.

El otro era el mayor general Trinidad Salazar, quien había probado el baño siete veces en su vida y sólo bajo prescripción médica. Tenía tanto miedo que lo mataran, que durante su presencia en las misas de los domingos, seis soldados estaban siempre con sus armas montadas dentro de la iglesia protegiendo hasta el confesionario cuando el militar desembuchaba sus pecados.

Además, para no perder tiempo tenía la costumbre de discutir sus planes con sus oficiales sentado en la letrina porque padecía de un permanente estreñimiento. Estaba además, el tercer general Esteban Valle, quien juraba que en sus vidas anteriores había luchado en la guerra de Troya, en las legiones de César y contra Atila y quien, en silencio, apetecía gobernar el país y declarar fiesta nacional su propio cumpleaños y el de su madre.

Este grupo de particulares militares desconocieron el mandato constitucional del presidente Chamorro por haber alterado el período de gobierno, por lo que declaraban que la dirección estaba acéfala y urgía de

nuevas elecciones y autoridades.

Luego de constantes escaramuzas en León y Granada, el general Chamorro disolvió la rebelión y confinó a vivir en el municipio de Acoyapa al general Máximo Jerez por haber participado en la conspiración y desterró del país al resto de militares alzados y a otros nueve políticos de tendencia liberal que los apoyaron en la preparación y proclamación del fallido Gobierno Provisional Democrático.

El presidente y general Fruto Chamorro Pérez murió en su hacienda Quismaya a los cincuenta y un años, afectado por disentería, el doce de marzo de 1855, sin recibir un solo rasguño durante sus años de campaña militar.

Aún sus familiares y amigos políticos colocaban las flores en su tumba, protegidos por paños que les cubrían la nariz y la boca, cuando los bandos armados iniciaron la guerra por el poder, contactando corsarios estadounidenses. El dieciséis de junio del mismo año Walker, acompañado de cincuenta y ocho malandrines, desembarcó del barco Vesta —nombre de la diosa romana de la hoguera y el fuego y dueña de la Corte de Vírgenes, entre ellas Rhea Silvia, quien violada por el dios Marte, procreó a Rómulo y Remo, dos de los principales fundadores de Roma— en San Carlos, guiados por el director supremo rebelde Francisco Castellón, quien le ofreció cincuenta y dos mil acres de terreno si lo ayudaba a conquistar la Presidencia.

Otro grupo comandado por el general Máximo Jerez, del Partido

Demócrata Liberal, ofreció a los también aventureros norteamericanos, Collier Clarence Hornsby y Julius de Brissot, un contrato para enrolar quinientos mercenarios con la promesa de pagarles a cada uno ciento treinta dólares mensuales y otorgarles treinta manzanas de terreno por cabeza para derrocar al director supremo rebelde Francisco Castellón.

A los invasores —que en Estados Unidos y Europa festejaban como libertadores y comparaban a Walker con George Washington— se les conoció como “Los Indestructibles” porque eran capaces de luchar uno contra diez, entre ellos el aguerrido Hugh Williams, quien en un día de batalla acumuló una montaña de treinta y dos cuerpos sin siquiera mancharse de sangre el uniforme militar.

Disparaba tan bien y con seguridad suprema su escopeta de balas de plomo calibre doce, que, primero, señalaba con el dedo al enemigo escondido entre los matorrales o detrás de una pared o ventana, apuntaba y, luego del disparo, caían sin vida como si murieran más por voluntad de él que por los proyectiles.

Sin en el menor temor se dejaba ver ante los soldados con serenidad de templo, despreocupado por evadir las descargas de los disparos —que siempre erraban en el blanco— como si quisiera perecer por su propio deseo, tentando a la suerte o la estrella que lo acompañaba.

Así que la guerra continuó por las siguientes dos estaciones hasta la

victoria de Walker, quien buscando legitimar su poder y su grado de general, de inmediato convocó a elecciones generales, obteniendo quince mil ochocientos treinta y cinco arrolladores votos, sumando a las listas de votantes a fallecidos en las pasadas guerras civiles con residencias en comarcas que ya no existían para ese entonces, hasta niños de cinco años de edad.

Un año y veintiséis días después de comenzada la guerra, el viernes doce de julio de 1856, Walker, olvidando el contrato adquirido cuando desembarcó en tierras nicaragüenses y guardando hasta ese entonces sus más sinceros deseos en el fondo de su sonrisa, se autonombró general de Ejército y presidente de Nicaragua, nacionalizando a los filibusteros que ya sumaban quinientos sesenta y un soldados y se declaró “dueño absoluto” del país que, como último honor, sería anexado a Estados Unidos.

A las once de la mañana de ese mismo día, las tropas de Walker desfilaron en la plaza central de Granada, marchando en columnas y saludando la bandera de Estados Unidos, mientras el padre Agustín Vigil celebraba en su honor una misa solemne para después bendecir a los militares que recién habían triunfado.

Media hora después la banda de música de los invasores tocó una triste pieza en la explanada central del pueblo ante los vecinos, quienes, boquiabiertos y aún sin creer lo que veían, desde los quicios de las puertas apreciaban a los soldados de casaca gris, sombrero negro y el fusil al hombro,

mientras Walker en el centro de la plaza contenía las lágrimas de alegría.

A los dos días expropió tierras, mandó cambiar el diseño de la bandera por una blanca con dos franjas celestes y una estrella roja en el centro, ordenó fusilar a sus anteriores aliados, instauró el inglés como idioma oficial y, al atardecer, decretó el retorno de la esclavitud.

Sin embargo, en los meses siguientes sucedió lo impensable.

Los bandos nacionales, acérrimos enemigos históricos, pactaron una tregua, discutieron sobre el giro de los últimos acontecimientos y acordaron aliarse contra Walker, convirtiendo el territorio en teatro sangriento y que, ayudados por tropas de Costa Rica, Honduras, Guatemala y El Salvador, intentaban liberarse de la invasión.

Walker fue expulsado de Granada, pero pocos meses después, quizás debido a su magnética personalidad, reorganizó el contingente restante y por sorpresa retomó la ciudad sin disparar un solo tiro.

El poder militar norteamericano reinaba de nuevo en Granada, pero su dominio era tan débil que estaba soportado en alas de mariposa.

Las tropas aliadas cercaron Granada. Walker y sus hombres resistieron dieciocho días de asedio y embargo de alimentos hasta que, furiosos y hambrientos, el veinte de noviembre decidieron huir, no sin antes incendiar la ciudad porque consideraban que había perdido el derecho a existir.

Al dar por concluida su danza pirómana de lanzas ardientes y explosivos,

saquearon las siete iglesias, las dinamitaron y el veintisiete de noviembre dejaron un letrero clavado en la entrada del poblado que anunciaba: “Here was Granada”.

El incendio fue tan grande que los habitantes de Managua ya sabían que había ocurrido una enorme tragedia por el humo que recorría las distancias, nublando el sol por varias horas y al anochecer algunos juraron ver a lo lejos lenguas de fuego festejando en la desorientada oscuridad.

Lo único que se salvó de la quema fue el copón en el que se guardaban las hostias que el padre Agustín Vigil recuperó de entre las llamas, sufriendo quemaduras de tercer grado en la cara y los brazos. Nunca volvió a salir a la calle, pues la luz del día y hasta la de las velas le eran insoportables.

De los edificios coloniales de la plaza principal que sufrieron pocos daños fue que resurgió Granada con los mismos estilos arquitectónicos que la habían convertido desde hacía años en el anhelante deseo de posesión de cada gobierno conquistado por cuartelazos o fraudes.

El coronel Carazo despertó sobresaltado del sueño de diez segundos que terminó cuando veía el rostro de dolor y muerte de un filibustero al que le hundía su espada en medio del corazón en Rivas, el primero de mayo de 1857, cuando se desterró del país con honores militares a Walker, a tres oficiales y a los soldados sobrevivientes —entre ellos Hugh Williams—, y a quienes se les facilitaron pistolas, caballos, equipaje militar y boletos de barcos en primera

clase para que los trasladaran de Nicaragua a Panamá y de ahí a Nueva Orleáns.

Walker, testarudo y aún con ganas de darle otro mordisco al poder, cambió dos veces de parecer e intentó reconquistar Nicaragua y Costa Rica, hasta que fue detenido en Puerto Trujillo en Honduras y el doce de septiembre de 1870 un pelotón de fusilamiento se encargó de apagar sus ojos grises, congelar su sonrisa perfecta y desaparecer sus pasos de esta tierra.

Esa mañana se despidió orgulloso, entre lágrimas y dijo a los soldados que lo matarían:

—El agua entra y cubre las casas de los muertos junto con las de los vivos...

El ahora presidente Carazo escuchó al canciller y ministro de la Presidencia, Fernando Guzmán, aumentar el tono de voz sobre el prometido Canal, pero no le prestó atención y aburrido se dedicó a mirar el legajo que tenía frente a sus ojos.

Era el Acta de Protocolo número noventa y tres, en el que se formalizaba el acuerdo del Tratado Canalero con Estados Unidos para la construcción de la comunicación interoceánica en Nicaragua.

El coronel Carazo lo tomó y, sin necesidad de lentes, leyó lento como lo hiciera un niño.

Acta de Protocolo del Tratado Canalero

La República de Nicaragua y los Estados Unidos de América, reconociendo la importancia de una comunicación interoceánica por el istmo de Nicaragua que ponga en inmediata comunicación los puertos del Norte y Sur América y que facilite el comercio entre Europa y los puertos del Pacífico, entre los puertos orientales de Asia y las Costas del Atlántico y entre los puertos de Estados Unidos en el Pacífico y en el Atlántico, han convenido construir un canal interoceánico a través de Río San Juan, para lo cual han estipulado celebrar un tratado, nombrando al efecto como sus respectivos Plenipotenciarios al presidente de Nicaragua, coronel Evaristo Carazo, y el señor William Lawrence Merry, enviado extraordinario de los Estados Unidos para las negociaciones del Canal.

—...Mañana vendrá el ingeniero Aniceto Menocal en representación de millonarios estadounidenses que han prometido un adelanto de cien mil dólares para la construcción del canal, los cuales serán depositados en bancos de Nueva York —anunció el ministro de la Presidencia, Guzmán.

El coronel Carazo tiró los documentos en la mesa, los miró con la modorra

de las tres de la tarde y le respondió:

—Sé que esa bulla acerca del Canal es pura música de los yanquis... desde 1823 nos están engatusando con ese organillo, pero todo lo que podamos obtener de esto será en beneficio del partido y el gobierno. Procure que en favor de esa zarabanda vengan al menos tres millones que hartos los necesitamos y no esa limosna que hasta nosotros podríamos reunir aquí.

El ministro de la Presidencia, Guzmán, objetó que una gestión semejante traería el fracaso de la empresa, pero el coronel Carazo, dando por culminada la sesión de su primer día, le contestó levantándose:

—Pues si no se pueden tres millones, que sea siquiera uno. ¡Pero que nos lo den pronto!

Salió por el pasillo ayudado por su escribano Lizandro Ocón a subir las escaleras hasta el segundo piso de la Casa de Gobierno.

Antes de despedirlo, el coronel Carazo ordenó a Ocón que siempre, bajo cualquier circunstancia, tuviera preparado su traje de ceremonia de ascenso al poder, las cartas que le escribió a Eulalia y el revólver, porque le decía, mientras se quitaba los zapatos, que “ya tengo una pata en el hoyo” y la muerte podía emboscarlo en cualquier parte.

Se echó en la cama, colocó su bastón junto a él, cerró los ojos, cruzó las manos sobre su pecho y se durmió con la ropa puesta.

II

Al tercer día de haber comenzado su mandato, el coronel Carazo recordó el vehículo.

Se lo había obsequiado, según dijo el excelentísimo embajador de Estados Unidos Henry C. Hall, el presidente Stephen Grover Cleveland como muestra del compromiso de ese gobierno con el de Nicaragua para mantener una relación próspera y duradera y quien, además, lo invitaba a visitar Nueva York con los gastos pagados para que admirara la estatua de la Libertad, inaugurada el veintiocho de octubre de 1886.

Además del vehículo equipado con motor de combustión interna, también le facilitaron diez barriles de combustible.

Cleveland nació el dieciocho de marzo de 1837 en Caldwell, Nueva Jersey, donde comenzó su carrera profesional como abogado que lo llevó hasta ser alcalde de Búfalo y candidato a la Corte Suprema de Justicia, pero en un giro inesperado abandonó la oferta y se postuló a gobernador, conquistando el puesto y en menos de diez años de promoción política por todo el país obtuvo la presidencia bajo la bandera demócrata a la edad de cuarenta y siete años.

Mientras, Henry C. Hall dio el primer grito de vida en Connecticut el veintiuno de noviembre de 1818. A los dieciocho años huyó de la finca de sus padres, abandonó la secundaria y se radicó en México, donde se casó con

Beatriz Sequeira, de dieciséis años, y aprendió español en siete meses, dedicándose a la traducción en la embajada estadounidense de la capital mexicana.

Fue escalando prestigio hasta que una tragedia le abrió el camino a lo que deseaba: con el repentino naufragio en 1856 del barco en que viajaban los recién nombrados diplomáticos norteamericanos hacia Cuba, fue nombrado cónsul interino en Matanzas y dos meses después, en enero del siguiente año, pasó a ocupar el cargo en La Habana, ya divorciado y con un hijo de diez años llamado Máximo.

Fue allí donde conoció al científico italiano Antonio Meucci, que lo curó de su crónica enfermedad reumática con sesiones de diez minutos de pequeñas descargas eléctricas que le administraba tres veces por semana.

En las pláticas, Meucci le confesó que hacía poco había inventado un aparato llamado “teletrófono” que permitía a la voz viajar a través de la electricidad, pero Hall no vio la utilidad de semejante tonto pasatiempo y mejor le aconsejó seguir con su consultorio médico.

El doce de abril de 1882 fue ascendido a enviado extraordinario y plenipotenciario ante los países centroamericanos y llegó a Nicaragua —la nación que sería la más importante de la región por la esperada construcción del canal— acompañado de su segunda esposa Matilde Alarcón, una mujer de rostro suave, aunque impenetrable, de cabello azabache y ojos cafés, con

permanente expresión de asombro, quien no sabía nada de comportamientos diplomáticos, pero que estaba dispuesta a viajar y tener las aventuras necesarias para conocer el mundo.

El coronel Carazo, después de la reunión con Minor Cooper Keith —el rey norteamericano del plátano en Centroamérica— para extender las vías férreas hacia las plantaciones que ansiaba explotar y de haciendas que compraría en Nicaragua, pidió a su escribano Lizandro Ocón, de cincuenta y seis años, averiguar dónde habían dejado el vehículo.

—En el establo —le anunció.

—¡Si serán brutos! —gritó el coronel Carazo agitando el bastón. —¿Cómo se les ocurre...?

—Pensaron que traía los caballos adentro —explicó su escribano Lizandro Ocón con una leve sonrisa.

—¡Más que imbéciles! —gritó el coronel Carazo.

Con la vista buscó sus guantes negros que descansaban en la mesa.

Fue hacia ellos y los hundió en el bolsillo derecho de su pantalón e hizo a un lado a su escribano Lizandro Ocón, quien lo siguió sin protestar.

De dos zancadas salió del oscuro salón de la Casa de Gobierno a la cálida y luminosa mañana, sintiendo en su rostro la fresca corriente de aire que se paseaba por el terreno levantando a su paso las hojas secas.

La llamada Casa de Gobierno era más bien un caserón antiguo de dos

plantas que había sobrevivido a los tiempos coloniales, sin comodidades de ningún género, no reunía seguridad ni elegancia, con una escalera en forma de caracol pintada y repintada en blanco que conducía a los aposentos del segundo piso y a la terraza.

Afuera, el corredor era espacioso y el piso de madera conservaba su color natural, aunque desgastado. Ahí era donde descansaban tres mecedoras y una hamaca para los días calurosos.

El local tenía un jardín que rodeaba el edificio, además de un árbol de mango, otro de limón, dos de papaya y cuatro palmeras en cada costado.

En cada piso del edificio había cuatro ventanas que daban al frente adornadas con cortinas floreadas que, ayudadas por el viento, cada cierto tiempo imitaban el movimiento pulmonar.

Había también en el primer piso cuatro sillones españoles amplios y cómodos en los que podían sentarse a pierna suelta los invitados y ubicados en las esquinas descansaban tres candelabros de cobre con sus bases en forma de enredadera. A la mitad de cada uno sobresalían dos brazos metálicos que acababan en forma de manos abiertas para colocar las candelas.

Un hermoso comedor de madera fina con patas de león estaba en el extremo derecho y en el otro lado de la habitación estaba la silla y el elegante escritorio, siempre con una hoja en blanco, el sello presidencial y la pluma lista para cualquier misiva requerida. Atrás había un estante de un metro de

alto con algunos libros de derecho, historia, política y economía, protegidos por dos pequeñas puertas de vidrio con cerradura.

En el segundo piso, además de la habitación presidencial, había otras tres destinadas a los invitados de honor. Todas estaban equipadas con un aguamanil, aunque desde su traslado el coronel Carazo siempre prohibió que los cuartos se utilizaran y más bien él se acomodaba cada noche en diferente dormitorio.

En el patio estaba el establo, la cocina y la casa de los sirvientes, más una habitación en la que permanecía el mandadero, un hombre que era llamado cuando se requería de enviar una encomienda de urgencia a algún funcionario, aunque la mayoría de los días los dedicaba a cuidar el jardín y eliminar las plagas de hormigas carnívoras que socavaban las bases del edificio en la parte de la cocina.

Cuando abrieron las puertas del establo, vieron el vehículo descansando en el centro rodeado de albardas, cepillos y seis caballos que ocupaban la fila derecha del establo.

Olía a orines y excremento.

Ordenó sacar el carro, tirar la mierda, secar con aserrín y limpiar el vehículo.

El coronel Carazo observó, mientras paseaba nervioso de un lado a otro con su bastón, la tarea de los empleados que tocaban esa gran hojalata con

miedo, como si los fuera a morder.

Era un automóvil marca Driller T de color negro, adquirido en Inglaterra por dos mil dólares, con seis rayos de madera acomodados en cada uno de los cuatro neumáticos delgados. Las ruedas traseras eran el doble de grande de las delanteras y los amortiguadores se unían arriba y abajo en forma de ceja.

El timón descansaba en la parte derecha y a su lado estaba la palanca de cambios.

Los faros estaban en los extremos levantados a la altura del pecho de una persona y una corneta asomaba por fuera.

Tenía un asiento para dos personas y en medio el freno de mano salía como una larga espada.

El motor estaba ubicado en la parte trasera debajo del único asiento y tenía dos transmisiones de velocidad. Además dos compartimentos separados, uno para el combustible y el otro para el aire, inventado cuatro años antes por el británico Dougald Clerk.

Cuando terminaron de limpiarlo, el coronel Carazo se acercó y lo acarició. Fue rodeando y mirando excitado el vehículo que parecía haber adquirido un aspecto misterioso. Se detenía para ver cada rueda, las puertas y el timón en un estudio crítico inclinando una y otra vez la cabeza a uno y otro lado.

Observaba el automóvil con el mismo deleite como cuando miraba un pastel de limón, de esos que podía tragar en media hora ante los ojos

asustados de su nueva sirvienta —también desdentada— quien pensaba que el coronel Carazo lograría vivir por mucho tiempo porque sabía que había comido desde raíces de maíz y remolacha cruda, hasta carne de mono con sal durante la Guerra Nacional.

—¡Vamos! —le ordenó a su escribano Lizandro Ocón.

—¡Pero usted no sabe manejar! —le recordó.

—¡Montate pendejo! —le exigió el coronel Carazo.

Él se resistió, pero antes del tercer trueno de su grito se metió en el carro sosteniéndose fuerte con las dos manos en la barra metálica de protección.

El coronel Carazo se colocó los guantes y se subió al carro.

Los que habían limpiado el vehículo se retiraron corriendo.

Intentó largo rato encender el motor hasta que descubrió que, para lograrlo, debía accionar el interruptor ubicado al lado del embrague. El ruido asustó a los empleados, quienes horrorizados huyeron hacia el interior de la Casa de Gobierno, mientras que dos caballos patearon las paredes de madera del establo.

El escribano Lizandro Ocón sintió que su corazón latía fuerte, como si una corriente de agua le presionara el pecho para distribuirse en su atemorizado cuerpo.

El carro empezó a patinar en cuanto el coronel Carazo soltó el seguro.

La superficie de tierra suelta no permitía el equilibrio y el automóvil

zigzagueó. El anciano trató de enderezar girando una y otra vez el volante. De reojo vio los desmesurados ojos abiertos de su escribano Lizandro Ocón.

Dio otro bandazo y siguió avanzando sin que las ruedas logaran aferrarse al camino de tierra.

Presionó el pedal y bajó hacia la cuesta que iba al lago de Managua.

Los árboles de acacia, malinche y sacuanjoche fueron pasando y el coronel Carazo vio que el velocímetro marcaba cuarenta kilómetros con el acelerador al tope.

Volvió a girar el timón para colocar la trompa chata con dirección derecha hacia la cuesta, pero los neumáticos patinaron y se deslizaron por el camino anegado de polvo.

—¡Agarrate bien! —le gritó el coronel Carazo a su escribano Lizandro Ocón, sacudido una y otra vez.

Se aferraba a la barra metálica, sin escuchar a su superior, con el corazón desbordado y la respiración agitada, ocupado en no perder el equilibrio, mientras el coche se movía con locura por el sendero, aumentando la velocidad por la inercia del descenso.

El coche brincaba y rebotaba sobre los desiguales surcos del camino de tierra, abiertos desde hacía doscientos años, primero a punta de machetes y, luego, con la fuerza de bueyes jalando carretas colmadas con madera, alimento y carbón.

Siguieron pendiente abajo sintiendo los golpes. El carro se salió de la vía y entró al bosque destrozando pequeños arbustos.

El escribano Lizandro Ocón, quien ni siquiera tenía fuerzas para protestar, levantó un instante la vista, lo necesario para ver el árbol que más adelante cegaba la senda y se preparó para lo inevitable, apretando los dientes como si ya sintiera el dolor en los huesos que resultarían fracturados.

Los faros explotaron contra las ramas y enseguida el coche golpeó con violencia el árbol. Los neumáticos estallaron y se desprendieron los rayos de madera. Después llegó una sacudida más y de inmediato el carro dio un gran salto con el coronel Carazo y su escribano Lizandro Ocón todavía adentro. El pecho del coronel Carazo se estrelló contra el timón. A su lado, el escribano Lizandro Ocón se inclinó hacia delante, pero el coronel Carazo extendió su brazo a tiempo para impedir que saltara y se estrellara contra el árbol.

El coche estaba destrozado.

El motor se detuvo y la rueda trasera izquierda quedó suspendida hecha trizas, siguió girando, perezosa, cada vez más lenta, lenta, lenta...

Pasaron varios minutos hasta que se escucharon las voces de los sirvientes desesperados corriendo hacia ellos a través del bosque guiados por el rastro de los estragos causados por el infernal aparato.

—¡Dios Todopoderoso! —exclamó el coronel Carazo, suspirando aliviado por haber sobrevivido —¡Casi me cago!

El escribano Lizandro Ocón seguía a su lado sin moverse con las dos manos asidas a la barra metálica, la cabeza baja y el pecho resoplando como caballo cansado.

—¡Un trago! ¡Necesito un trago! —pidió el coronel Carazo descendiendo del carro convertido ahora en un desorden de fierros.

Las manos le temblaban y sentía la sangre correr por su pecho. Nunca antes había experimentado tanta emoción. Ni con su caballo había estado tan sorprendido. Recordaba la euforia de las balas, la algarabía de los cañones y el brillo de las espadas, pero esto era de otra naturaleza.

Por un momento, el coronel quien se salvó de morir en tantas batallas, estuvo a merced de varios pedazos de hierro sin control.

Eso para él era una manera de morir un tanto impresionante.

Miró al escribano Lizandro Ocón.

—¿Estás bien? ¡Este invento va a matar a mucha gente! —le anunció.

El escribano Lizandro Ocón no respondió.

El coronel Carazo lo vio con más detenimiento.

Seguía en la misma posición.

—¡Lizandro! —le gritó el coronel Carazo, pero su ayudante seguía inmóvil, incluso hasta después de zarandearlo para que reaccionara.

Cuando entraron a la Casa de Gobierno, el coronel Carazo no se aguantó más y se rió a carcajadas.

El escribano Lizandro Ocón fue puesto en el sofá como un saco de papas, transpirando, su cara aún sin color y sus ojos fijos en la mancha húmeda de su pantalón.

La risa le provocó lágrimas al coronel Carazo y cada vez que trataba de hablar, se retorció intentando contener el gozo para, luego, soltar otra ruidosa burla, mientras los sirvientes que atendían al escribano Lizandro Ocón lo miraban como si se tratara de un endemoniado.

III

Tomaba un té caliente a sorbos espaciados y lentos para luego fumar en la pipa de arcilla.

De pie, frente a la ventana del segundo piso de la Calle Baker número 221, letra B, abrigado con el suéter tejido a cuadros rojos, verdes y azules, miraba el extraño amanecer de las ocho de la mañana y la perezosa desaparición de la neblina que dejaba a la vista la calle empedrada, el jardín diezmado por el frío y los edificios impregnados de humedad y moho.

Mientras fumaba junto a la ventana con gesto despreocupado, dejando escapar el humo por la nariz y el resto por la boca formando una pequeña nube que se deshacía en el aire frío, vio una pequeña silueta avanzando en bicicleta hacia la casa.

Lo siguió sin parpadear, pensando que se le había terminado su provisión de tabaco y debía mandar a comprarlos a la tienda Bradley's en la calle Oxford o, en el peor del caso, al almacén Bensons de la calle 296 a quince minutos a pie.

A pesar del sol, amenazaba con nevar.

El hombre montado en su bicicleta se detuvo frente al portón negro con iniciales S. H. en estilo gótico. Dejó el periódico en el buzón de las cartas y jaló el cordón conectado a la campana dispuesta en la puerta metálica de la entrada de la casa.

De inmediato vio salir al mayordomo.

Tenía ochenta y un años, pero no mostraba los estragos de la vejez, erguido como si los años no afectaran su figura.

Tomó el periódico y volvió sobre sus pasos. Lo llevaba abierto aparentando leer las noticias del New York Sun y, casi en trance, se detuvo examinando las fotos.

Luego, como resucitado, lo dobló, caminó más rápido y entró.

Había estado con la familia desde antes que su patrón naciera. Una noche lluviosa cuando su abuelo regresaba del campo a la pequeña vivienda que en ese entonces tenían en las afueras de Londres, su mujer y la sirvienta lo vieron entrar con un chico protegido dentro de su gabán y con sus brazos rodeándole la cintura.

El abuelo se derrumbó en la silla riendo, pues por fin había llegado, y protestando por la horrible tempestad, le dijo a la esposa: “¡Estoy tan extenuado que podría dormir cinco días y cinco noches, pero lo que traigo es un regalo de Dios!”

Y entonces ella y la sirvienta vieron asomarse del sobretodo la tímida cara astrosa del niño de cabello negro y ya crecido, con aspecto rudo, pero de ojos amables.

Su esposa le gritó:

—¿Te has vuelto loco?

Él trató de explicarle, sin embargo estaba tan molido del viaje que nada más gruñó que le trajeran comida. La compartió con el niño y luego le contó a su mujer que lo había encontrado en el camino muriéndose de hambre, desamparado y flaco de tanto ayuno y decidió traerlo a casa.

Le enseñaron a barrer, fregar el piso y por último poner en orden la casa. Cuando el abuelo murió, sus padres decidieron continuar con sus servicios porque en ese entonces su madre tenía cuatro meses de embarazo de su hermano mayor.

Cuando el mayordomo alcanzó el segundo piso de la casa, avanzó por el pasillo apoyando las yemas de los dedos de su mano derecha en la balaustrada de la escalera y en la puerta ubicada al final del pasillo dio tres ligeros golpes y dijo:

—Señor Holmes, el periódico.

Se oyó la voz de entrar y al pasar lo vio.

Holmes estaba de pie junto a su biblioteca leyendo *La Divina Comedia*.

El mayordomo colocó el diario en la pequeña mesa donde estaba la infusión caliente que contenía dos tercios de leche y un tercio de té negro.

Holmes le dio las gracias sin verlo y el mayordomo salió y cerró la puerta.

El hombre, concentrado en el libro, se dirigió hacia el sillón y se sentó.

Del bolsillo derecho extrajo la bolsa de cuero de donde con delicadeza sacó la última porción de tabaco aprisionada. Llenó la pipa pensando más

decidido en decirle cuanto antes al mayordomo que fuera por cualquier tabaco fuerte.

Encendió el fósforo y lo acercó a la pipa.

Pasaba la página que había terminado de leer cuando escuchó pasos, pero esta vez venían acompañados de dos más y volvió a escuchar los usuales tres golpes huecos en la puerta.

—Buenos días, Holmes —dijo el hombre acompañado por el mayordomo.

Ese hombre era su biógrafo John Hamish Watson, nacido el siete de agosto de 1852 en Hampshire, Inglaterra.

Cuando su madre escocesa Ella Mackenzie murió, su padre Henry Watson se mudó con él a Australia junto a su hermano Henry, dos años menor. En 1865 Watson volvió a Inglaterra a estudiar en el Wellington College de Hampshire y más tarde ingresó a la carrera de Medicina en la Universidad de Londres.

En julio de 1878 concluyó sus estudios y viajó a Netley para cumplir su servicio social. En noviembre del mismo año, después que el Príncipe Ayún de Afganistán llamara a la población a la Guerra Santa contra la pretendida colonización de Inglaterra, fue reclutado en el Quinto Regimiento de Fusileros de Northumberland como ayudante de cirujano y embarcó a la India al empezar los combates.

Desembarcaron en Bombay y siguieron hacia Kandahar, en donde inició sus labores médicas atendiendo siempre apurado y entre las refriegas militares

a los soldados que sobrevivían a las feroces trampas de los *ghazis*.

El veintisiete de julio de 1880, durante la sangrienta batalla de Maiwand fue herido de un trabucazo en la espalda y le fracturó la clavícula, pero escapó de las líneas enemigas y fue trasladado al hospital militar de Peshawar, tradicional puente entre Asia, la India y la ciudad más romántica de las poblaciones paquistaníes.

Al recuperarse, se encargó de sujetar las manos con cuerdas, amordazar las bocas y amputar piernas o brazos, equipado con una sierra quirúrgica entre horribles e interminables gritos de dolor —se habían acabado las existencias del óxido nítrico y del éter— de los combatientes heridos del Imperio Británico, quienes se esforzaban por mantener el dominio militar en la zona.

En los almuerzos se enfrentaba con regularidad con un pollo al jengibre. En los días libres, después de leer dos horas, caminaba bajo el clima caluroso y húmedo, observando las casas con ventanas y balcones de madera esculpida, sus bazares oscuros y abarrotados, los negocios ilícitos de trueque de armas por opio y de las prostitutas que se vendían por dos kilos de harina cerca de la mezquita Mahabat Khan, construida en 1670. Otros días se paseaba por las havelis, habitaciones tradicionales del sector oriental agrupadas en torno a Karim Pura y Qissa Khawani, las ciudades que en 1219 soportaron la venganza de Gengis Kan, quien ordenó a su ejército atacar la zona por el asesinato de comerciantes mongoles que traficaban con oro.

Cuando derrotaron a sus enemigos, Gengis Kan entró en la ciudad montando su corcel y cabalgó sobre las espaldas de los soldados muertos. Ordenó que los prisioneros cargaran hasta la muerte un yugo de madera que pesaba veinte kilos y saqueó y arrasó las dos poblaciones, obteniendo al final el doble de cargamento de oro y uno más del opio perdido por sus mercaderes. Con sus torturas adquirió tal fama de espantosa ferocidad que le allanó el camino a conquistar otras poblaciones con sólo mover un dedo.

En esas calles de Peshawar, Watson se sumergía en un mundo abigarrado de tiendas con todas las mercancías que podía imaginar, desde zapaterías que ofrecían el mejor calzado de la región europea hasta falsificadores de relojes, desde especias extrañas y seda china hasta el Corán escrito en piedra, y también cualquier tipo de armamento, balas de diferentes calibres, pistolas de tambor, rifles, mosquetes, detonadores, explosivos y cañones de medio alcance.

Vagaba cada día más lejos, despistado, rehusando o aceptando cortés las invitaciones a té, sonriendo a los niños que lo asaltaban con sonrisas, preguntando su procedencia, tomándole el brazo para impedir que avanzara, interrogándolo sobre su indumentaria, su profesión, cuántos hijos tenía y se aferraban a sus piernas pidiéndole que entrara a ésta y a la otra tienda por si quería algún objeto en especial, reconociendo lento pero cada vez mejor las diferencias entre afganos, uzbeks, tajiks, afridis y shinwaris que lo miraban

con discreción y recelo.

Un mes después contrajo tifoidea.

Luego de tres meses de convalecencia, volvió a Inglaterra en la fragata Orantes.

Una mañana supo que el ejército británico había dejado la piel en manos de las irreductibles tribus montañosas y que habían huido cobijados con la bandera de la derrota y el honor metido entre las piernas de la vergüenza.

Para ese entonces, su libro de cabecera durante y después de la guerra fue *Expresión de las Emociones en el Hombre y los Animales*, publicado en 1872 por Charles Darwin, un naturalista que vagó varios años por el Nuevo Mundo recolectando especímenes de diversos animales y plantas que lo ayudaron a desentrañar el verdadero origen de la humanidad, pero también a padecer de constantes fiebres, escalofríos y vómitos por el mal de Chagas que, al final, lo dejó recluido dentro de su casa donde trabajaba nada más tres horas diarias sin dejar a un lado la crianza de siete de los diez hijos que le quedaron vivos del matrimonio con su eterna y angelical esposa Emma Wedgwood, quien calmaba sus ansiedades con largos conciertos de piano.

Cuando Darwin murió el diecinueve de abril de 1882, Watson le rindió honor asistiendo junto a otras mil personas a la Abadía de Westminster, donde el cuerpo del científico fue enterrado, compartiendo lugar con el sabio matemático Isaac Newton, padre de la teoría de la gravedad y descubridor del

cálculo, la base de la nueva física.

Newton era un hombre de carácter taimado y corrosivo, pero fue el primer investigador científico en ser nombrado Caballero por la reina Ana debido a los servicios prestados a Inglaterra, pero más a la humanidad.

Watson viajó a Norteamérica, donde compró un consultorio en San Francisco y comenzó a cortejar a la señorita Constance Adams, de treinta años, una mujer con eterna alma de niña llena de calor y alegría, sin humos de desconfianza ni metrallas de celos. En las tardes la esperaba a la salida del Colegio de Señoritas y se iban caminando a casa de sus padres tomando el bosque como atajo.

Sabía que debía insistir con ella. Algo más allá de su comprensión lo motivaba, lo empujaba hacia ella. Era el inevitable destino que, sin saberlo él, lo guiaba de la mano casi a rastras para que estuviera junto a Constance. Era algo que debía ocurrir, algo que no podía dejar de suceder porque estaba escrito en sus vidas.

Compartía su profesión médica con el hábito de lectura y escritura. De las seis a las nueve de la mañana se dedicaba a redactar textos, logrando publicar en dos años dos estudios sobre medicina militar, pero más que nada amparaba en total secreto su hipótesis para lograr la vida eterna a base de carne blanca y mucha, mucha ensalada.

El resto del día lo invertía en visitar a sus pacientes esparcidos en tres

kilómetros a la redonda.

El primero de noviembre del 84, con el beneplácito de los padres de Constance se casaron en una fiesta frugal con ensalada, carne de pescado y vino, que no se extendió más allá de las diez de la noche y en la que nadie se emborrachó.

La pareja decidió asentarse en Inglaterra y Watson adquirió un dispensario en el distrito de Kensington.

Las raras veces en que lo dominaba la inspiración, exigía a su esposa que se quedara con él hasta la madrugada sirviéndole café, mientras escribía la tesis sobre cómo retardar el envejecimiento, esta vez a base de severas dosis de amor, té, ensaladas y ejercicios matinales, la que a pesar de su laboriosa entrega nunca fue concluida.

Lo que más le gustaba a ella eran las espinacas y a él la carne bien cocinada. A él le fascinaba su manera de reír. Después que la conoció, ni siquiera recordaba cómo habían reído sus anteriores novias.

El rostro de Constance continuamente estaba dispuesto a transformarse en algo delicado y tierno cuando sonreía. Siempre Watson le echaba un vistazo de reojo desde la cocina, desde la sala, en el patio o en el jardín, encontrándola hiperactiva, ocupada en mantener en funcionamiento la casa y cuando ella lo descubría, le sonreía como un niño sorprendido al hacer una travesura.

Aunque su mamá le había asegurado —y descubrió que era verdad— que

los hombres que roncan son los más cariñosos y atentos, lo que más le disgustaba a ella de él eran esos insoportables jadeos respiratorios que iniciaban en cuanto cerraba los ojos, estremeciendo los oídos de los vecinos y que terminaban cuando se despertaba a orinar a las cinco de la mañana, pero más que nada, también sentía miedo de sus largas ausencias porque, aunque después estuvieran juntos, él se encerraba en el caracol de sus pensamientos más y más lejos con largas horas de silencio.

Acostados en la cama ella esperaba impaciente que hablara, mientras él se concentraba en dormir cuanto antes.

Cuando pasaban tres minutos de silencio, le preguntaba antes que comenzara a resollar:

—¿Dónde estás?

Y él volvía de su concentración dándole un beso en la frente y desplazaba su mano invisible en la oscuridad, acariciándole el vientre para tranquilizarla.

Ella le decía que tenía una vida interior muy profunda en la que le era imposible llegar a saber lo que pensaba, lo cual la aterraba. Creía, más bien estaba convencida, que lo había comprendido tal vez dos o tres veces en su vida marital, pero se contentaba con conocer a la perfección los momentos en que tenía sus erráticos cambios de ánimo, su falta de apetito, sus descuidos, sus desvelos y obsesiones.

A él lo que le molestaba de ella era lo contrario, su incansable necesidad

de conversar, de todo el tiempo querer saber qué pensaba y que, cuando tenía la inspiración para escribir, ella siempre quería que fuera a la cama o se acercaba, lo besaba y lo miraba por varios minutos, como hablándole con los ojos.

Era insoportable, aunque se contenía de exigirle que se fuera; entonces optaba por dejar que se aburriera de tanto insistir. En realidad sólo deseaba esos agradables espacios de silencio, donde no hacía falta una palabra, ni siquiera un gesto para saber que estaban conectados.

Ella lo admiraba por las noches cuando se desnudaba, mirando su cuerpo como un potro de carreras que se refugiaba en su regazo y se le ofrecía dócil, como lo hace un niño cuando se refugia cansado a los brazos de mamá.

Sabía, como si lo hubiera adquirido de la leche de su madre, que el amor se apaga más por negligencia que por el aburrimento de vivir juntos. Por eso siempre estuvo atenta a dos cosas: mantener fresca la pasión y hablar mucho de lo que fuera, con tal de conocerlo y darse a conocer.

En cambio, él la elogiaba de cómo podía levantarse a las cuatro de la mañana, despertándolo con besos y caricias y jamás haber tenido mal aliento. Siempre en los días cuando no había urgencia por trabajar, ella lo asaltaba en el pasillo de la casa y le ofrecía sus brazos alrededor del cuello.

Él colocaba sus manos pequeñas en sus caderas y luego jugueteaba con sus senos hasta la excitación mutua del beso y el contacto que se apuraba en la

cama, en la silla o en el suelo con la danza de la cintura de Constance encima de él, sin saber que consumían los placeres de sus últimos días.

El quince de diciembre del año siguiente, su esposa falleció de un fulminante infarto.

Para entonces sintió que su vida con ella había sido truncada, como dos nubes que el viento apartó, o igual a una borrachera sin terminar.

Su futuro se encontraba de pronto en la encrucijada del mañana o el todavía, con un agujero en medio del alma. Su porvenir era un lamento trastornado vagando invisible en la espantosa claridad, errante, buscando a alguien o algo que le apaciguara la tempestad para, al final, caer rendido en el éxtasis del silencio.

Todas las noches se preguntaba cuándo superaría esta pesadilla.

Si Dios se había confabulado en su contra robándole su flor, por qué no lo mataba de una vez y así le anulaba este complicado sentimiento de desgracia.

Claro, sabía que ya no era ni nunca más volvería a ser feliz y que se dedicaría más que nada a engañar a la melancolía abriendo las puertas y, por fin, saliendo a la calle dándole la espalda a ese pasado para ir con el sol cuando comenzara el día, pero tampoco se sentía tan infeliz; era una amalgama de sentimientos encontrados que lo sumían en tristezas y repentinas, pero cortas alegrías.

Lo peor de su muerte fue que, aunque sabía que ya no estaba, que día a día

el dolor disminuía, aún escuchaba los susurros de “amor mío” en sus oídos, aún en las mañanas sentía el roce de las yemas de sus dedos quemando su espalda, olía el aliento fresco de ella que le daba besos en el cuello para despertarlo, apretando sus senos contra su lomo y aún creía verla entre la multitud de gente.

Lo que vivió con ella pronto le pareció nada más un espejismo, incluso los detalles como su risa, la delicadeza de sus manos, su aliento con el eterno sabor a caramelo, la casa donde pasaban la tarde abrazados en el sofá dispuesto en el corredor y el jardín en el que ella se afanaba a diario para mantener las flores limpias y libres de insectos.

Si cerraba los ojos, le parecía que el tiempo no había avanzado, que hacía sólo un día había puesto un pie en San Francisco. Y en ese mismo día la conocía, salían, le declaraba su amor y ella a él, hablaban con sus padres, la besaba, se comprometían para casarse, se miraba con ella frente al sacerdote con los anillos nuevos, se despertaban los dos cantando de felicidad celebrando con dos tazas de café, se sentaban a esperar el atardecer... y, al amanecer, descubría su cuerpo en medio de la sala, como si una estatua se hubiera desarmado con las piezas fuera de lugar, sin moverse y sin dolor y, él, agitándola, gritándole, rogándole, llorando para que despertara.

Decidió abandonar la casa donde ella habitaba o, más bien, donde su presencia se proyectaba a través de él. Sentía que no estaba muerta. Pensaba

que, en efecto, algunas personas mueren, pero ella no, ella siempre estaría viva en él.

En mayo vendió el consultorio a un joven médico de apellido Verner, quien pagó con sorprendente rapidez el precio más alto que pidió.

La tragedia volvió a golpear su puerta al día siguiente cuando le avisaron que su hermano, Henry Jr., había muerto alcoholizado.

Después del funeral se mudó cerca de la Calle Baker, donde una mañana del diez del mismo mes conoció a Holmes, quien solicitó sus servicios por una gripe que lo había postrado por dos semanas.

Lo que Watson nunca supo fue que su ahora amigo hacía tiempo lo había conocido, le había seguido la pista y cuando se dio cuenta de su desgracia, envió a Verner a comprar el dispensario para que Watson se distrajera y se dedicara a escribir y ser su biógrafo.

—Venís tarde —le dijo el otro aspirando la pipa y dejando escapar pequeñas bocanadas de humo que se extendieron por la habitación.

Watson le dijo crítico:

—Debería fumar luego del desayuno —dijo, pero Holmes lo miró de inmediato con desaprobación exclamando:

—Una atmósfera concentrada ayuda a un pensamiento concentrado.

Holmes por ese entonces ya era considerado por sus más acérrimos críticos como la más perfecta máquina de observación y raciocinio, casi cerca

de la divinidad y ante quien nadie podía refutar sus aseveraciones.

Tomó el periódico para enterrar el reclamo y bebió un gran sorbo de té tibio.

Watson, mientras tanto, repasaba lo que había logrado la tarde anterior.

Debía hablarle sobre su hipótesis para resolver el crimen de la señora Ryder. Mientras preparaba su entrada, se arrimó al estante de libros y le habló:

—Sobre el caso... —pero Holmes lo interrumpió.

—Esperame —le dijo, resumiendo a continuación la noticia del titular principal de la página dos del periódico del lunes once de febrero de 1889 que interrogaba: ¿Jack en Nicaragua?

—Seis asesinatos han sido cometidos en Managua, Nicaragua. Todas las víctimas fueron mujeres, todas prostitutas, todas mutiladas. Fueron asesinadas en un periodo no mayor de veinte días, entre el quince de enero y el diez de febrero....

Watson olvidó su hipótesis y esperó impaciente la conclusión de Holmes.

—¿Hace cuánto desapareció Jack?

—No hay crímenes ni rastros de él desde mediados de noviembre.

—Entonces —dijo Holmes—, tomando en cuenta el mes y medio que tomaría llegar en barco a cualquier parte del mundo y las impacientes ganas que tiene Jack por matar mujeres, es él.

Dejó el periódico en la mesa, pensando que en ese momento cuando había leído la noticia ya habían pasado muchas cosas, porque los informes del Nuevo Mundo tardaban a veces hasta un mes en llegar y la muerte viajaba a la velocidad lenta y parsimoniosa de la aún palpable distancia geográfica que separaba a los países.

Tomó el recipiente con el té frío, bebió un poco, se levantó rápido de su silla como si tuviera resortes en las piernas, se acercó a la ventana y vio caer la nieve sobre los ya emblanquecidos tejados de las casas de la Calle Baker en Londres, Inglaterra.

IV

Fue sólo un chubasco mañanero.

Era la ruidosa despedida de la temporada lluviosa dejando un cielo plumizo.

En la habitación presidencial del segundo piso de la Casa de Gobierno alguien soñaba escuchando un susurro:

—*Te quiero...*

El coronel Carazo despertó del sueño caótico que lo trasladó al pasado, lo arrastró por varios años de su vida que no volverán más, le mostró rostros que no estaban, le abrió las envejecidas cicatrices que todavía supuraban desilusión, le molestó con voces que se habían fundido con el pasar del tiempo, lugares desaparecidos, sentimientos por Eulalia que aún se revolcaban, no furiosos, sino calmos pero constantes en su interior como los ríos de lava que se mueven dentro de un volcán, y quedó tirado en el consciente de su miseria y soledad, en el desconsolado abandono del presente que se repetía como si fuera sometido a la tortura perpetua de vivir en un tiempo y espacio impertérito, donde sus fantasmas volvían y se revolvían una y otra vez, sin dejar ver más allá del hoy eterno que mañana era el ayer mil veces insistente.

Miró el techo largo rato con un desprendimiento total de la realidad, convencido que el dar amor se aprende enseguida, pero digerir el desamor nos

cuesta la vida entera. Hasta que la empleada lo llamó tras la puerta:

—Coronel Carazo, el desayuno.

El poder no podía consolar su soledad. Tampoco mitigar ninguna de sus tristezas y angustias más profundas. Lo que lo salvaba era su anhelo de sobrevivir, de respirar mientras fuera posible, de sentir cada mañana ese triste montón de huesos mirando el luctuoso amanecer cerrado desde el fondo de sus ojos atormentados y casi ajenos a este mundo.

Se levantó, se quitó su pijama y se vio al espejo reflexionando sobre su ser que parecía desde hacía siglos partido en dos. Uno endurecido después de tanto huir de las miradas de otros, junto al delirio, de mucho transpirar vapores de ferocidad, cubierto en harapos, de cabello largo y barba salvaje, por caminar demasiado en calles de vidrios rotos, en amaneceres donde el sol no alumbra, perdido en su pobreza, el cuello sin enderezar, la mirada extraviada, su mano empuñando la afilada y reluciente daga del espanto y la otra, dándole cuerda al reloj de la venganza, su boca mascando ira, escupiendo dolor y gritando en silencio el nombre de ella, porque ausencia no significaba para él olvido, aunque aún padeciendo el profundo sentimiento maltratado, el hondo suspiro inconsolable, el inmortal recuerdo y la hogaza que alimentaba su locura, encerrados bajo llave en un baúl que creía enterrado a siete metros de profundidad.

Trataba de convencerse cada día cuando despertaba que no odiaba la

derrota, sino la traición, con labios que a fuerza de prohibirlo olvidaron articular el nombre de ella, en un presente en el que el pasado no lo podía tocar, que no afectaba el oleaje de su nueva travesía, un seguir existiendo sin esperar ni pretender sueños dorados, besando nada más el plomo, viviendo de corrido, sin medir distancias y, claro, de permanecer el resto de su existencia como un lobo solitario, deseando nada más la muerte, que de tanto apetecer se había convertido en una amante en su cama y el otro era un ser angustiado, a oscuras, desabrigado y trasnochado viviendo cada largo y tormentoso día más envejecido de tanto esperar, con terribles jornadas de sed y frenesí en pleno centro del poderoso e invencible desamparo, enredado aún en lo perdido y quien reconocía que la pasión por Eulalia no se había ido con ella, sino que la cargaba, moribunda y desahuciada, sin poder abandonarla.

Miraba impotente cómo por sortilegio su imagen y sus recuerdos se descomponían en los ardores de las noches, pero con constancia volvían a aparecer agonizantes en la siguiente noche.

Seguía martillando sin piedad cada rincón de su carne saturada de llagas de desamor, perturbando sus visiones, pasando horas sordas contemplando su figura en la nada hasta caer vacío y cansado al amanecer, y en el momento de cerrar los ojos, lo asaltaba el rostro borroso por tantos años de ausencia, mirándolo hipnotizada con aquel afiebrado y aguerrido amor que nació del delirio inocente de los amantes de cristal y que huyó cobarde a la cueva de la

montaña más lejana como un animal puesto en libertad, con el desquiciado desamor corrupto convertido en carbón.

Cuando creía ya no pensar en ella, se la encontraba descansando a su lado desnuda como si fueran viejos amantes. Tenía la certeza que nada más había regresado de un largo viaje o cuando, años después, se alegraba de girar la vista a cualquier lugar y no mirar su rostro, que más tarde lo descubría en sueños.

A veces, de cuando en cuando percibía que aún los despojos putrefactos de ese amor inconcluso habían escapado del baúl enterrado y se paseaban por el cuarto desatando en él tormentas interiores que lo obligaban a saltar del oscuro hueco para huir de esa imagen fantasmagórica tan real, pero lejana y se despertaba estremecido entre sábanas sudorosas gritando a las sombras de la medianoche: “¡No me dejés solo!”.

Deslizó su mano sobre su pecho desnudo, marchito y consumido por los años.

Fue a bañarse. Lento se mojó el cuerpo pensando en comer un pedazo de torta de limón.

Salió, se vistió y comenzó a transpirar. Por las sienes se deslizaban las gotas de sudor de las siete de la mañana.

Abrió las ventanas. Espesos grupos de pardas y embarazadas nubes navegaban perezosas en el cielo, aunque abajo parecía que pronto la gente

comenzaría a asarse por el infernal calor.

Se había vestido con un traje café de lino con camisa blanca de algodón, zapatos negros y calcetines blancos.

Encontró el desayuno puesto en el comedor de la sala. Era arroz y frijoles fritos, abundante crema y queso, tres tortillas de maíz, una taza con café y de postre un trozo de pastel de limón.

Tomó el periódico y, mientras pasaba las páginas, presionó las articulaciones de sus dedos provocando un ruido que parecía el quebrar de huesos.

—Malditos —dijo— ahora el Diario Nicaragüense quiere que haga milagros...

Comía despacio leyendo el periódico, pero al ver su enojo cualquiera hubiera dicho que más bien masticaba odio.

Llamaron a la puerta:

—Coronel Carazo, el ministro de la Presidencia.

Ordenó retirar los platos.

—Señor presidente —comenzó el ministro de la Presidencia, Guzmán— bajo sus instrucciones hemos enviado cartas a Francia y Alemania para proceder a la adquisición de los aparatos y substancias necesarias para la formación de los gabinetes de física y laboratorios de química de los Institutos de Medicina de León y Granada.

El coronel Carazo había tomado interés en el desarrollo científico, admirado por las noticias sobre los avances de la teoría de la propagación de la luz de James Clerk Maxwell en el 65 y del norteamericano Albert Michelson, quien el mismo año de su toma de posesión logró en la Universidad de Ciencias Aplicadas de Cleveland, en Estados Unidos, comparar la velocidad de la luz en la dirección del movimiento de la Tierra, con la velocidad de la luz en la dirección perpendicular a dicha velocidad, descubriendo que ambas eran iguales y con ello abrió paso a la medición de longitudes.

El coronel Carazo se mostró más contento.

—Sí, está bien. Debemos tomar los ejemplos de Sarmiento en Argentina, Balmaceda en Chile y Mosquera en Colombia, quienes llevaron el progreso material y racional a sus países. Hay que sacar cuanto antes del atraso a esta puta nación y creo que esas carreras...

—Pero el problema es el presupuesto —se disculpó el ministro de la Presidencia, Guzmán, todavía de pie.

Mientras esperaba, repetidas veces bostezó alzando la mano que siempre acudía tarde a la boca aún abierta.

—Por dinero no nos preocupemos, veremos de dónde sacamos. ¿Algo más?

—Hay rumores de formación de un grupo de intelectuales para hacer

campana contra el gobierno. El primer indicio del desprestigio es lo que ha publicado el Diario Nicaragüense.

—Les callaremos la boca con lo del Canal. Apuren eso y verán que esa misma gente pedirá que me reelijan y si no, yo mismo me encargo de cambiar la ley.

El ministro de la Presidencia, Guzmán, sonrió.

Abrió su maletín y sacó la edición de hacía tres semanas del New York Times.

Desplegó el diario y le tradujo del inglés al español:

—El siete de diciembre de 1889 se abrirá la suscripción del capital de la compañía que construirá el canal interoceánico de Nicaragua en Nueva York...

El presidente Carazo sonrió sin mucha euforia.

—Pero lo más importante —dijo el ministro de la Presidencia, Guzmán— es que hace unas semanas el Congreso de la Unión de Estados Unidos llamó a los gobiernos de México, Centroamérica, Suramérica, Haití, Santo Domingo y el imperio de Brasil a celebrar el próximo año una Conferencia sobre Conflictos Territoriales en Washington con el fin de crear un sistema de arbitraje para las disputas fronterizas...

—Si es por lo de Costa Rica, eso está bien claro con lo del Laudo de Cleveland —le recordó el coronel Carazo tratando de evitar una discusión

sobre el tema.

—Efectivamente, el Laudo de Cleveland resolvió la supremacía de Nicaragua sobre el río San Juan, pero lo que está en discusión es la navegación y los límites.

—Por mi parte, que se jodan los ticos. Bien lo dice el Laudo desde el veintidós de marzo pasado: solamente tienen derecho a la navegación de carácter comercial y se acabó —volvió a insistir el coronel Carazo.

—Pero ellos reclaman esa misma navegación precisamente por la pronta construcción del canal...

—¡No necesito ser brujo para saberlo! —le contestó el coronel Carazo agitando el bastón como si fuera un ciego principiante.

—Y por eso hay que agotar las vías diplomáticas...

—Todas esas vías diplomáticas me las paso por los güevos —le respondió el coronel Carazo con visible enfado.

—Es que no es tan sencillo...

—Mejor vamos a lo práctico, que eso es pura mierda —ordenó el coronel Carazo.

El ministro de la Presidencia, Guzmán, sacó su agenda y leyó como si fuera un idiota: “Inauguración del Parque Xolotlán a orillas del lago de Managua a las diez de la mañana, apertura de la Farmacia París en la calle central a las once, encuentro con los delegados principales de la Asociación

de Abogados a las doce, con el Gabinete a la una de la tarde y mañana cena con el presidente costarricense Bernardo Soto”.

—La diplomacia es una pendejada —aseguró el coronel Carazo apretando las cejas.

El escribano Lizandro Ocón llegó en el momento que faltaba una palabra más sobre el tema para escuchar de nuevo la voz tensa e intolerante del coronel Carazo, así que fue de un lado a otro acomodando papeles previamente arreglados, abriendo cajas sin sacar nada y consultando informes sin leerlos.

—Vamos a ver cuándo termina este circo del canal. Ahora los ticos insisten de nuevo en reclamar las tierras que pretendieron robarnos, los muy cabrones. Deberíamos asustarlos con una inesperada invasión y así matamos dos pájaros de un tiro. Garantizamos de por vida el río San Juan y recuperamos Nicoya y Guanacaste —explicó serio el coronel Carazo.

El agitado día pasó rápido y a las siete de la noche el coronel Carazo, su escribano Lizandro Ocón y el ministro de la Presidencia, Guzmán, con dos pequeñas maletas, abordaron el tren a Rivas.

En el trayecto no habló. Su expresión era de molestia y se dedicó a comer los tres pedazos de pastel de limón que le habían preparado.

Llegaron a las dos de la madrugada.

Cuando entraron al único hotel del puerto, sus funcionarios fueron a

refugiarse en sus camas, pero el coronel Carazo nada más se recostó y a las cinco de la mañana salió a caminar para después tomar el desayuno.

Con esa misma cara recibió a su homólogo en el puerto de Rivas a las nueve de la mañana. Venía a bordo del vapor San Blas. Tenía cincuenta años y transpiraba un aire militar como la misión que realmente cumplía.

Luego de los abrazos, saludos de cortesía y las presentaciones exigidas por el protocolo, tomaron el tren que jugaba con su larga melena negra saliendo de la caldera y arribaron a la capital a las cinco de la tarde.

La máquina avanzaba entrando por la zona costera del lago de Managua, donde estaban reunidas más de quinientas personas que esperaban al mandatario costarricense no con flores, sino con banderas nacionales.

En la plaza central se había colocado un hermoso arco que ostentaba en el centro el escudo de Nicaragua y en el semicírculo que coronaba el broquel se leía la inscripción: “El río San Juan es nicaragüense”.

—¿Ve? Esa gente quiere que le garanticemos la navegación exclusiva del río San Juan que por derecho natural y jurídico le pertenece a Nicaragua — explicó el coronel Carazo mirándolo fijo sin pestañear, como si le hubieran clavado los párpados en la frente.

Su casaca rendida, descansaba doblada en el asiento. Había colocado su bastón entre las piernas abiertas, sus manos sobre la empuñadura y, sobre ésta, apoyaba su barbilla, mientras lo miraba con ojos afilados.

Su cuerpo se dejaba mover por el vaivén del tren que reducía la velocidad.

—Pero tenemos varios tratados que afirman lo contrario —respondió incómodo el presidente Soto.

—Eso lo veremos después —terminó el coronel Carazo, levantándose del sillón.

Asomó la cabeza por la ventana y dijo:

—Se han perdido extensas áreas en el Norte y en el Sur de Nicaragua sin que las fuerzas armadas dispararan un solo tiro y en el último caso que se justificó una guerra, fue contra Walker. Le aseguro que durante el tiempo que sea presidente yo me encargaré que el país no pierda un centímetro más de territorio y, si es necesario, yo igual justificaré una guerra con tal de defender lo que es nuestro.

—La guerra no es un...—trató de decir el presidente Soto.

—Mire señor, en mis tiempos esto se resolvía machacando las manos con un mazo y sacándole los ojos a los traidores. Hoy se gasta demasiado en tanta diplomacia de mierda —criticó el coronel Carazo con la mirada cortante.

—No consentiré acción alguna que nos lleve a un enfrentamiento —prometió el presidente Soto.

Dio media vuelta.

El coronel Carazo lo acompañó a la puerta de salida. Cuando bajaban, el

presidente Soto se dirigió a la multitud que saludaba con las banderas de colores azul y blanco y se llevó la mano derecha a la faltriquera del mismo lado, la sacó con el puño abultado y con una mueca de desprecio tiró monedas de plata una y otra vez a los presentes. La multitud se abalanzó sobre las monedas y muchas veces repitieron el nombre de Costa Rica.

El coronel Carazo tocó sonriendo con suavidad el hombro del presidente Soto y caminaron ante las miradas de los capitalinos que no podían perderse un evento pocas veces visto en estas tierras olvidadas.

Siguieron el camino acompañados siempre por los ojos un poco asombrados de los habitantes hasta el edificio de la Presidencia, donde el mandatario costarricense se detuvo por un momento para admirar el diseño colonial, aspiró el aire caluroso y seguido el coronel Carazo lo condujo por las escaleras de la Casa de Gobierno.

Subían despacio a la terraza, sin ruido, uno junto al otro, tan cerca que podían rozarse los hombros como si se entendieran o hubieran ensayado la escena.

Al superar el último escalón de la escalera de caracol, vieron a los invitados y éstos olvidaron lo que conversaban para hacer las acostumbradas reverencias. Se dieron saludos ceremoniosos, primero a los delegados, después los políticos, a los hacendados con los sombreros de paja a ras del suelo saludando a los “Excelentísimos” y éstos les contestaban sonrientes con

los calificativos de “Don” o “Señor”, según las vestimentas que presentaban, mientras las mujeres revoloteaban atrás con sus grandes faldas anchas y mantillas.

Le presentó a las esposas de los funcionarios, quienes rápidamente ofrecían sus delicadas manos desnudas para el beso de cortesía, observándolos con curiosidad y diciéndoles “mucho gusto” y ellos les devolvían un “distinguida dama” con esa estilizada pronunciación de alta sociedad.

Otra vez lo tomó del brazo para que conociera al ministro de la Presidencia, Guzmán, y el escribano Lizandro Ocón, quienes debieron contener la risa por el olvido de hacía poco haber sido introducidos.

Después lo paseó por la sala llena de rumores y risas contenidas para que conociera al subsecretario Pedro González, el inspector del Ejército Isidro Urtecho, el jefe de la Policía Salvador Castrillo, el senador Vicente Urcuyo y las respectivas esposas de los representantes de los poderes.

El resto de personajes, hacendados y comerciantes, se presentó con el formalismo y delicadeza de la ocasión.

Antes que comenzaran las discusiones políticas, el coronel Carazo ordenó:

—¡Vamos a comer!

La cena estaba servida en cuatro mesas a todo lo largo de la azotea con dos aceitosos pollos con papas, un gran plato de frijoles molidos adornado

con tortillas en trozos triangulares, queso, crema y un plato rebosante de arroz con abundante cebolla, tomate y zanahoria, más cinco jarrones colmados de jugo de naranja y limonada.

Una mesa estaba adornada con diez botellas de aguardiente y otra más en la que descansaban un gran pastel de limón, almíbar de mango, miel, jocote, nancite y manjar de piña.

El coronel Carazo intervino correcto y elegante en las conversaciones, yendo por la sala, conectándose a los diálogos armado con un plato del que desaparecían en su boca dos pedazos de pastel de limón, partiendo en otra mesa las piernas de las aves para chuparlas hasta dejar el hueso, saltando de una esquina a otra para estar en todas y en ninguna parte, tomando cada vez un trago rápido, acomodando los frijoles en la tortilla con exceso de queso y sorbiendo de nuevo otro trago hasta que su cabeza comenzó a fallar.

Había bebido apenas tres tragos de aguardiente, pero erraba en fechas, recuerdos de nombres y confundía los lugares y momentos de batallas memorables con otras menos importantes que eran corregidas por sus propios funcionarios.

“Fue en el 56”, decía, para luego dudar: “¿Fue en el 72 o en el 59?”, preguntaba el coronel Carazo, y sus funcionarios lo disculpaban con temor.

Cuando derramó el cuarto vaso con licor sobre la mesa, se convenció que estaba borracho.

Al empezar el baile anunció su retiro. Se despidió con un gesto de la mano para no interrumpir la fiesta y atravesó ágil la terraza, procurando andar con dignidad a pesar de lo mareado.

Le siguió el ministro de la Presidencia, Guzmán, y le recordó la reunión del día siguiente a las nueve de la mañana para discutir las condiciones de navegación de barcos ticos en el río San Juan.

—Yo no voy a esa chochada. Ustedes quedan encargados. Dormiré hasta las once y cuando despierte, no quiero que ese señor esté en Nicaragua. Hagan su estadía lo más placentera posible, pero del río, ya saben, no podemos regalarlo así nomás, pues de esto dependerá el futuro económico de este desgraciado país —advirtió a su corte y abandonando la fiesta.

A las once de la mañana, entre salvas de artillería y repiques de campana el presidente Soto abordó el tren que lo trasladaría a Rivas y de ahí a su tierra sin un papel firmado, ni compromisos de resolver el litigio que tenía más de cuarenta años de deambular entre largos protocolos y estériles reuniones políticas que nunca concretaban ni definían la situación.

El coronel Carazo estaba despierto desde las cinco de la mañana, paseándose de un extremo a otro del cuarto. Se sentaba en la esquina de la cama pensando en qué matar el tiempo y de nuevo se levantaba y recorría la habitación.

Por fin escuchó el ruido de las descargas. Volvió a la cama y se quitó los

zapatos.

Se quedó acostado varios minutos con los ojos cerrados tratando de recordar el sueño, hasta que la empleada consultó si ya podía servir el postergado desayuno.

El titular principal del Diario Nicaragüense esa mañana era “Inquietud y zozobra por el río San Juan”.

Después de levantarse, todavía con la cabeza zumbándole, mandó llamar al Gabinete y pidió una limonada.

—La cagaron toda —dijo mientras se acercaba a la ventana.

V

Su nombre resonaba tanto en Europa, que cada crimen resuelto le mermaba reputación a los investigadores de Scotland Yard y a diario se le reducían los casos porque la gente prefería acudir a él.

Sumaba tal efectividad esclareciendo muertes y delitos, que los detectives del cuerpo policial de Londres desde hacía mucho lo consideraban públicamente como la Corte de Apelaciones en situaciones dudosas o complicadas.

Era el más agudo para descubrir pistas y el más reservado para revelarlas, triunfando ahí donde agentes de la policía de tres países fracasaron al atrapar al estafador más hábil de Inglaterra, Francia y Polonia.

En su casa en la Calle Baker se acumulaban a diario decenas de telegramas urgiendo su presencia en situaciones desde las más frívolas hasta las más espeluznantes e inconcebibles ocurridas a diario en Londres, una ciudad con tres millones de habitantes y sólo cuarenta detectives de Scotland Yard.

Una urbe llena de una exclusiva nobleza en las alturas degustando en las noches caviar y el mejor vino, pero de calles oscuras, frías e inmundas, abarrotadas de indigentes desamparados debido a la creciente revolución industrial, comiendo ratas y bebiendo agua de las cañerías.

La metrópoli había sido convertida en menos de dos décadas en una gran

letrina a la que todos eran arrastrados para revolcarse en su interior, mientras los criminales y delincuentes acechaban hasta de día en cada estrato social como si fuera una pandemia.

En los sótanos de las afueras de la ciudad funcionaban antros en los que inmigrantes ilegales de China, Japón y Corea ofrecían opio —los adictos que no podían pagarlo optaban por robar y consumir cuatro gotas de láudano y una botella de vino al día— con la bendición de decenas de policías que cobraban el veinte por ciento de las ganancias mensuales para dejarlos traficar y vender la mercancía.

En ese entonces, afuera, la capital era un gran escaparate de comercio, bullicioso, de cultura y alta moda y de una monarquía representada por la reina Victoria.

Era una sociedad de caballeros acaudalados que desfilaban en coche o a pie por las calles adornadas de faroles, ataviados con trajes de cola y sombreros de copa, bocamangas de encajes y relucientes botas de charol. Las mujeres de las buenas familias se esforzaban por ser gentiles y preocupadas por tener el último traje en boga y porque las niñeras cuidaran bien a sus hijos.

La ciudad parecía tener un universo entero y en constante frenesí.

Sus calles estaban llenas de un ir y venir de gentes, más que Nueva York, desprendiendo elegantes aromas entre las interminables filas de edificios de hasta cinco pisos, elegantes palacios, antiguos portales, amplias plazas donde

se reunían a descansar o se citaban los enamorados, muchos árboles y jardines que adornaban el paisaje de concreto y un ambiente de constante e ininterrumpida celebración.

Pero Whitechapel era distinta.

Era una zona miserable, ruinoso, lúgubre y hasta estremecedora, donde vivían hacinados casi un millón de pobres, verdaderamente pobres, llegados la mayoría de los campos, quienes después de refugiarse en los hospicios eran expulsados y erraban día y noche por las calles, reuniéndose por las mañanas en las fuentes públicas de agua para lavarse, beber un poco del líquido frío y compartir mendrugos de pan.

El lugar había nacido como asentamiento humano hacía cuatrocientos años. Desde esa época sus habitantes y cada uno de sus descendientes se habían vuelto más pobres. Algunos se dedicaban a la curtiembre, otros elaboraban cerveza y los más aferrados a sus costumbres tenían mataderos y locales donde se fundía el hierro.

A pesar del esfuerzo general por salir adelante y dejar atrás la miseria mediante un trabajo digno, poco a poco el ambiente se fue maleando. A comienzos de siglo, estaban tan abandonados a su suerte, que no se había abierto más que una iglesia porque el pecado ahí era incontenible y hasta los predicadores muchas veces acababan consumidos en el infierno de la transgresión vista.

Una de sus calles, la Dorset, mantuvo por décadas la indecente fama de ser la peor de Londres, donde después de las cinco de la tarde uno podía morir de mil maneras antes de salir al otro lado.

El tráfico de drogas y la prostitución se alzaron como los negocios más rentables y endémicos. Sólo en el área donde en 1888 sucedieron los crímenes que estremecieron la ciudad, se contabilizaban más de 1,200 mujeres dedicadas a vender su cuerpo. Además había muchos expendios de opio, cocaína, marihuana y se ofrecían distintos alucinógenos experimentales creados por la naciente tecnología.

En cada esquina se abrían prostíbulos y estaban tan de moda, que si quienquiera quería ser respetado y conocido, era mejor darse una vuelta por algunos de los sesenta y dos burdeles que se distribuían por la ciudad.

También en la calle se podía comprar una mujer por cinco peniques —lo que costaba un vaso de ginebra— y ellas mismas los guiaban por su propia voluntad a alguna esquina oscura en la que no los podían perturbar para saciar el apetito del dinero y la carne.

Muchas de ellas por lo general se reunían en el tugurio donde funcionaba la taberna The Ten Bells en la calle George, en donde además de licor y disfrutar de un poco de calor, cazaban a sus futuros clientes que a veces no tenían para pagar un cuarto que costaba dos peniques.

Otras optaban por recorrer las calles y, en ocasiones, eran solicitadas por

pulcros hombres vestidos con los mejores trajes y que se escondían en la negrura del interior de los carruajes.

Algunas juraban haber recibido hasta un racimo de uvas —aunque el resto no lo creía—obsequiadas por los extraños hombres que bajaban a la miseria del centro de la ciudad para obtener el placer carnal, aunque al final terminaban sus días padeciendo horribles dolores y largas demencias a causa de sífilis o cualquier otra terrible enfermedad.

La vida de estas mujeres tampoco era fácil.

Debían pretender ser dóciles, amorosas y encantadoras ante los grupos de borrachos que siempre las solicitaban y las toqueteaban, pero debido a la delincuencia y el abuso eran diestras en manejar cuchillos. También debían pagar impuestos a los jefes de las bandas que controlaban el mercado sexual, y quienes lo evadían podían enfrentarse a un corte de navaja en la cara o en los senos como primera y última advertencia.

Ellas fueron el plato fuerte de un hambriento e infernal demente que hizo ahí su festín.

Cuando ocurrieron los dos primeros asesinatos, todos volvieron los ojos a Sir Charles Warren, jefe de la Policía de Scotland Yard, quien era considerado un buen militar y arqueólogo, pero un inepto en el mando policial.

Sus superiores estaban furiosos, el público no confiaba en él y la prensa radical y sensacionalista pedía a diario su cabeza en editoriales violentos y

críticos que ponían en duda su profesionalidad y agudeza, arrastrando la entrega del resto de agentes que gracias a él eran el hazmerreír del criminal.

Luego del tercer crimen, más de tres mil quinientas mujeres de Whitechapel, preocupadas por sus tristes burdeles y ruidosas tabernas, firmaron una apasionada y urgente carta dirigida a la reina Victoria:

“...Madame, nosotras, las mujeres del Este de Londres, nos sentimos aterrorizadas ante los espantosos pecados que se han cometido recientemente entre nosotros y lamentamos la desgracia que ha caído en la comunidad. Rogamos a Su Majestad llamar a los sirvientes que están bajo su autoridad a urgirlos a que restablezcan el orden y la ley.

Con gratitud se despiden de usted sus más fervientes servidoras”.

Ante la inminencia del próximo ataque del misterioso maniático, se destinaron mil guardias para vigilar las calles de día y de noche, más doscientos agentes secretos vestidos de civiles que merodeaban en parejas las intrincadas calles de Whitechapel, pisando con cuidado el suelo lleno de mendigos, niños convertidos a fuerza de necesidad en ladrones, viejos desahuciados y vagabundos ebrios o dormitando; otras veces debían enfrentar

a garrotazos a perros que surgían de la oscuridad ladrándoles.

Debido a la desesperación reinante, hasta el director del Banco de Inglaterra se unió a la cacería masiva disfrazado como un empleado común. En esas semanas de ajetreo, se ideó que los agentes utilizaran zapatos con suela de caucho que los hacía silenciosos al caminar.

La policía, luego de registrar con frenesí la zona y ante el estancamiento de las investigaciones, anunció que se pagaría una recompensa de 500 libras a quien diera alguna pista para encontrar al asesino de detallada y obsesiva actividad post mórtem. Dada la trascendencia del caso, se había informado que si el soplón era cómplice, estaban dispuestos a absolverlo de culpa.

En dos días recibieron mil cuatrocientas treinta y nueve pistas de personas sospechosas.

En total, encarcelaron a cincuenta hombres en el lúgubre y tenebroso edificio llamado La Casa de Detención. Era una construcción con una maraña de túneles fríos y con olor a muerte, en donde los apresados fueron por días y noches torturados.

La policía, apoyada por la ley que les permitía mentir en las preguntas, afirmaciones y pruebas, interrogaba hasta por semanas a los sospechosos. Algunos al borde del desmayo aceptaban su culpa, dando minuciosos y algunos hasta acertados detalles de los asesinatos, mientras que otros juraban y defendían su inocencia hasta caer muertos.

En esos días y noches de interminable acoso y daño físico, los más débiles se volvieron locos y decían ver por los pasillos a una mujer que se paseaba con el cuello ensangrentado y abierto jurando que jamás había sido bruja; también veían a una niña de once años que cargaba en sus manos las uñas de sus dedos arrancadas como castigo por haber robado una pieza de pan.

Afuera, la policía centraba sus sospechas —aunque seguía cualquier pista, aún las más ridículas— en los médicos que realizaban amputaciones y cirugías e interrogaron a ochenta personas en menos de una semana, aunque no se obtuvo ningún avance sustancial en las investigaciones.

Dedibo a que todas las víctimas tenían algún órgano faltante, se llegó al extremo que ser doctor y cargar un maletín era motivo de sospecha, a tal punto que, cuando cirujanos o carniceros caminaban por las calles, las mujeres, fueran prostitutas o no, huían lo más rápido posible.

También se especulaba que el sospechoso podía ser un veterinario, un carnicero o un sastre; otros juraban que los crímenes eran obra de judíos u orientales que llegaron en masa en las décadas pasadas.

Al final todos eran sospechosos.

Todos ahora tenían un pretexto para evitar que el hedor de la pobreza e inmoralidad llegara a la clase alta —sumando a los masones y la monarquía— para acabar con esa plaga de desvergüenza y degradación que se reproducía y recorría desbordando las calles de Whitechapel, amenazando en convertir la

capital en la representación del infierno en la tierra en donde las pesadillas eran tan reales que no se necesitaba cerrar los ojos.

Cuando ocurrió el cuarto crimen, la reina Victoria, desde el interior de la fortaleza del Palacio de Buckingham, envió un urgente telegrama a Warren:

“Este nuevo y terrible asesinato muestra la imperiosa necesidad absoluta de acciones más radicales”.

Su suerte estaba sellada.

El jefe de la Policía de Scotland Yard renunció en medio de la desesperación de los pobladores que, ante la histeria colectiva, organizaron comités de vigilancia que lincharon a tres hombres inocentes.

Como castigo por su fracaso, Warren fue enviado a Singapur al frente de las tropas coloniales a una misión de cinco largos años, muriendo en el olvido.

Cuando el detective Sherlock Holmes, acompañado del médico y biógrafo de sus hazañas, John Watson, arribaron al edificio de la oficina central de la policía de Scotland Yard, los agentes sabían a lo que llegaban.

Era el elegido para desentrañar los crueles y hasta entonces no esclarecidos asesinatos en Whitechapel cometidos por Jack *El Destripador*, quien aún mantenía en constante pánico, angustia y horror a las prostitutas de

Londres.

—Señor Holmes —dijo sorprendido uno de los oficiales avanzando hacia él— ¿...en qué podemos servirle?

—Queremos hablar con el inspector Littlechild —pidió Holmes, sacando su pipa y agregó:

—Venimos a solucionar el enigma de Jack, el hombre a quien toda la fuerza policial de Scotland Yard ha buscado en vano...

El oficial se disculpó y llamó por teléfono al cuarto piso para comunicarse con la secretaria privada del inspector Littlechild.

Mientras tanto, Holmes le anunció a Watson que a finales del año en el Palacio de Bellas Artes de Londres se expondrían las obras de los principales pintores impresionistas franceses de la época como Claude Monet, Edgard Degas, Camille Pissarro y Pierre-Auguste Renoir.

Su amigo lo miró anunciando su desdén.

—En París las burlas son más frecuentes que los halagos. Nadie quiere comprar sus cuadros porque los tildan de tontos y vulgares —le puso al tanto Watson.

—La ignorancia es la madre de las desgracias de la humanidad, Watson. Ese grupo de locos que hoy se muere de hambre por no poder vender una sola de sus pinturas, que han intentado el suicidio en el río Sena, que trabajan casi a ciegas y con artritis en sus manos, será considerado en el futuro como los

revolucionarios de la pintura moderna.

—¿Pero cuál es la revolución? —preguntó Watson.

—He apreciado *El desayuno sobre la hierba* de Monet, *El almuerzo de los remeros* de Renoir y los autorretratos y caballos de Degas. Diría que en sus lienzos la pintura se presenta con grandes espacios de puntos y comas y no de corrido. Pintan lo que ven, abandonando los temas mitológicos y religiosos para inundar los ricos momentos fugaces del día, la naturaleza y la gente — detalló Holmes.

—¿Y qué tiene que ver con nosotros? —preguntó Watson molesto.

—Nos abrirá la mente. Ellos toman el momento, el segundo preciso. Congelan el tremor del agua, el azul del cielo y la agitación de la gente para dar una sensación general de constante movimiento. Nosotros también, Watson, tomamos las pequeñas piezas para desde ahí construir el escenario del crimen que adquiere movimiento cuando armamos el rompecabezas.

El oficial colgó el auricular y dijo:

—El inspector Littlechild los espera.

Cuando subían las escaleras, Holmes adquirió un brillo notable en sus ojos ante el nuevo reto que se le abría en el horizonte de sus conquistas y un leve rubor asomó de sus delgadas mejillas.

Watson sabía cuándo se descubría el velo que ocultaba la naturaleza rígida y expectante de Holmes y lo vio de reojo.

Holmes de inmediato se revistió de su imperturbabilidad diciendo:

—Tenemos que ir a Nicaragua cuando antes. Mi horror ante sus crímenes se pierde en mi admiración por su habilidad. Al capturarlo, tendremos el juicio criminal más importante del siglo, la aclaración de siete asesinatos y la soga para Jack —afirmó frotándose las manos.

—¿Por qué cree usted que está en Nicaragua? —quiso saber Watson, preparándose para guardar en su memoria cada palabra y detalle de las pistas que daría Holmes.

—Jack o el doctor Francis Tumblety salió de Londres el doce de noviembre de 1888, un día después que lo dejaron libre tras interrogarlo. Esperó hasta el último minuto y escapó cuando sólo le quedaba esa salida.

—Además, mi estimado Watson, su última aparición pública fue en Nueva York cuando lo perdieron los detectives enviados por Scotland Yard tratando de corregir el peor error que ha tenido esa institución al dejar escapar al asesino que pretendía ir a algún lugar donde no se conocieran sus asesinatos...

...Un país olvidado, alejado de la civilización y propicio para continuar su saga. Desde Londres abordó el trasatlántico *La Bretaña* para trasladarse a Nueva York y tengo información que posteriormente abordó el barco *La Joya* para trasladarse a Nicaragua.

Aunque el barco también hace estaciones en Panamá y Jamaica, Panamá es un lugar muy comercial y de mucha concurrencia internacional por la futura

construcción del canal interoceánico que, igual, es disputada por Nicaragua, mientras que Jamaica tiene a gente de habla inglesa, pero de raza negra. Tumblety tiene cierta animadversión hacia la raza negra y por esa razón decidió radicarse en Managua. Recordemos, mi buen Watson, que la parte atlántica de ese país estuvo hasta hace poco bajo el protectorado inglés en una zona conocida como La Mosquitia y hay más variedad de razas y algún conocimiento del inglés en la zona del Pacífico, por lo que Jack se siente más cómodo.

...Y lo mejor es que la comunicación de esa zona al mundo y viceversa se encuentra a cien años de distancia de la nuestra. Es, en resumen, el pueblo que añoraba Tumblety para continuar sus asesinatos.

Cuando estuvieron frente a la oficina del inspector Littlechild, Holmes se detuvo y dijo:

—Dentro deben estar más de tres personas.

Watson lo miró expectante.

—El olor a tabaco es tan fuerte que es imposible que sólo una persona esté fumando —confesó riendo.

—Siento que muchas veces su vanidad supera su inteligencia —le respondió Watson ante su mirada burlesca.

—Watson, la vanidad es el mejor de los pecados. Es el narcótico natural de los humanos. Es el motor de todo. Los asesinos saben que el dolor y el

horror de las muertes pasan, pero siempre quedará la belleza de sus crímenes. En mi caso, eternamente se recordará no al asesino, sino mis exquisitas y siempre correctas deducciones.

Al entrar vieron al inspector general de Scotland Yard, John Littlechild; el inspector Alan Gregson, el agente Will Forbes y el detective Andy Trotter, las cabezas más pensantes aunque no menos envidiosas del cuerpo de investigación.

Littlechild había nacido el veintiuno de diciembre de 1848 en Hertfordshire, Inglaterra, y no en Escocia como algunos confundían. A sus veintitrés años fue adquirido por el cuerpo policial debido a sus efectivos esfuerzos al resolver casos como los del fraude de apuestas en las carreras de caballos y hasta arrestó a William Kurr, famoso por sobornar a importantes cuatro miembros del cuerpo policial.

Ahora, Littlechild había sido designado como el nuevo encargado para resolver el caso en sustitución de Sir Charles Warren, jefe de Scotland Yard.

Holmes había tenido roces con los dos primeros por investigaciones en las que sólo él llegó al final del túnel.

Se levantaron y les ofrecieron asiento.

Holmes y Watson habían quedado frente a los agentes acomodados en torno a la mesa redonda fumando pipa.

El agente Forbes, pequeño, astuto y de expresión aguda, tuvo problemas

con Holmes en el caso de El Tratado Naval y lo recibió con marcada frialdad.

Los demás actuaron corteses y de inmediato abordaron el caso.

El inspector Littlechild, apoyando las manos en la mesa y estirando el cuello hacia Holmes como si fuera una tortuga, le expresó:

—Estamos convencidos que usted viene interesado en sonsacarnos alguna nueva pista sobre Jack...

—Señor Holmes —interrumpió el agente Forbes—, tenemos mucha experiencia con usted y quiero dejarle claro de antemano que conocemos sus métodos. Usted siempre está bastante dispuesto a servirse de los datos de Scotland Yard para solucionar los casos que se le presentan y de esa manera desacreditarnos ante el público.

Holmes, sonriendo y frotándose las manos, les habló sin perder la postura. Se le miraba recto, incorruptible y omnisciente:

—Todo lo contrario, mi querido agente Forbes. Me temo que la mayoría de sus conclusiones son erróneas y se lo demostraré con datos: de los últimos doscientos diez casos que les he ayudado a resolver, Scotland Yard ha mencionado mi nombre sólo en quince y se han llevado los honores en ciento noventa y cinco. No lo censuro por ignorarlo, pero es mejor que trabajen conmigo que contra mí. Además, estamos todos de acuerdo que en este momento la prioridad es atrapar a Jack antes que continúe cometiendo crímenes.

—Lo que pasa es que tenemos una lista de sospechosos tan amplia que podríamos llenar tres tabernas con ellos —explicó el inspector Alan Gregson.

—Ok. Vamos por partes. Hasta este momento ustedes tienen unos setenta sospechosos, de los cuales han seleccionado a varios potenciales, entre ellos a Montague John Druitt, quien desde hace unas semanas se encuentra desaparecido...

Holmes hizo una pausa a la espera de la confirmación.

Los agentes movieron la cabeza afirmativamente.

—Pues, personalmente creo que su sospechoso se suicidó. No por los asesinatos. Les ruego por favor vayan al instituto donde daba clases e indaguen sobre él. Así se darán cuenta del injusto peso moral que cargaba... Sigamos con George Chapman, por quien varios de ustedes se decantan en público, pero quiero recordarles que este señalado debe ser vigilado más por sus experimentos con venenos, que como el asesino en serie que buscamos... Aaron Kosminski, el peluquero judío de origen polaco, claro que tiene fuerte tendencia homicida debido a sus alucinaciones y paranoia que empezaron a los siete años odiando el agua primero y luego atacando a su hermana con un cuchillo, pero amigos, les aclaro que aquí estamos ante un triste caso de demencia y no ante un asesino... A Michael Ostrog, el estafador ruso que se hizo pasar desde cirujano hasta sacerdote, deberían haberlo dejado fuera de esto desde hace mucho, pues aparte de ser demasiado viejo y un estafador de

poca monta, tengo información de que en los meses que se cometieron los crímenes él estaba recluido en una cárcel de Francia purgando condena por fraude, un delito común para lo que tenemos ante nuestras narices... De John Pizer, detenido por robar a prostitutas, no me queda más que recordarles que estaba junto a un oficial comentando sobre un incendio cuando fue atacada Mary Ann Nichols... James Maybrick es otro espécimen envenenador que mató a su esposa con arsénico tratando de hacerse fama en el mundo, pero a mi juicio es sólo eso, un desesperado asesino mediocre que pretende pasar a la historia con los crímenes de otro... Con el príncipe Albert Victor mi único problema para mantenerlo en la lista es su evidente retraso mental, lo que iría en contra de lo inteligente que se ha mostrado nuestro asesino, incluso para burlarse de ustedes... En el caso de William Henry Bury considero que su acción de matar a su esposa el diez de febrero pasado fue en el momento equivocado. Es obvio que la asesinó de varias puñaladas y la metió en una caja, pero aquí hay un elemento a favor de Bury para quedar fuera de su lista: cuando se notó la ausencia de su mujer, se puso nervioso y dijo a los vecinos que se habían separado. Posteriormente tiró el cuerpo en un río de las afueras de la ciudad, pero para ese entonces los asesinatos de Whitechapel habían comenzado y cuando lo capturaron, erradamente se le relacionó con las muertes. ¿Por eso mi pregunta es que si él era Jack *El Destripador*, qué le hubiera importado deshacerse del cadáver en cualquier parte antes de tomarse

la molestia de trasladarlo a través de toda la ciudad y ponerse nervioso? Esta preocupación social por el qué dirán es la que me hace pensar que Bury es sólo un sospechoso circunstancial de los crímenes y está lejos de ser el asesino en serie que buscan. Para mí es nada más uno de los tradicionales hombres que una noche no controló su ira. Así, por fin llego a los nombres más ridículos en la lista que son Lewis Carroll y Walter Sickert. ¿Me falta alguien más señores? Pues sí. Queda sólo Francis Tumblety.

—Pero debemos seguir investigando... —insistió el inspector Alan Gregson.

—Con el respeto que se merecen —respondió Holmes impaciente—, debemos evitar más formalismos legales o teorías anochecidas e ir tras Jack antes que vuelva a desaparecer. Ya una vez estuvo en sus manos y lo dejaron escapar con las pruebas a su favor. Es perentorio que se agilicen las diligencias y se envíe a las personas más dotadas y experimentadas para su detención. Por mi parte, me resulta odioso fracasar cuando estoy interesado en un caso y les aseguro que aún contra su voluntad o prohibición me marcharé en el primer barco que salga hoy hacia Nueva York.

—Pero fue ahí donde le perdimos el rastro —reconoció el inspector Alan Gregson.

—Eso es lo bueno del Scotland Yard de ahora. Saben admitir sus errores a tiempo, aunque siguen sin reaccionar ante lo imprevisto. Claro que lo

perdieron, pero eso no significa que se les escapó. Para mí hizo más interesante su búsqueda.

—Nuestros detectives y la policía estadounidense no tienen idea de dónde podría estar. Hemos probado con su familia, algunos amigos y nada —explicó el inspector general de Scotland Yard, John Littlechild.

—Se fue muy lejos —les avisó Holmes.

Todos se volvieron a ver.

—Amigos, nuestra profesión se basa en investigar, sumar hechos, comparar datos y analizar. Por eso no debemos desestimar la nota periodística publicada esta mañana —les recordó Holmes, pues sabía que ellos también la habían leído.

—Puede ser pura especulación e invención —resumió el agente Forbes.

—Además, debemos estar seguros que la información recibida no se trata de una confusión o de otra persona que ha imitado crímenes de igual naturaleza —insistió el detective Trotter.

—Las especulaciones e invenciones sobre crímenes de esta misma naturaleza y detalle no viajan tan lejos —le respondió Holmes.

El grupo se quedó en silencio.

Como siempre ocurría en los casos irresueltos, habían menospreciado un dato tan llamativo.

—Hoy mismo enviaremos una carta al jefe de la Policía de Nicaragua para

que nos informe si en ese país se encuentra alguna persona con la descripción y los rasgos de Jack y esperaremos su pronta respuesta —anunció levantándose el inspector general de Scotland Yard, John Littlechild.

—Por si les interesa, el jefe de la Policía de Nicaragua se llama Salvador Castrillo, pero creo con mucho pesar que para cuando esa misiva llegue, Jack habrá asesinado a cada una de las prostitutas de ese país y del resto de naciones vecinas —sentenció Holmes con voz irónica, fría y resuelta.

Se quedó un momento sentado esperando la reacción del grupo.

Cuando supo que estaban derrotados, se levantó triunfante.

—Hay que ir cuanto antes, pues una vez que un asesino comienza a matar, es difícil que se detenga y si ustedes me perdonan, dentro de cuatro horas saldrá el barco que nos llevará a Nueva York —anunció Holmes impaciente.

Caminó y Watson, que escribía en sus notas lo sucedido, lo siguió guardándose el lápiz y sus anotaciones en el bolsillo de la chaqueta.

Cuando salieron, en la mirada de los agentes quedó la seguridad que sería Holmes y su compañero Watson quienes capturarían a Jack.

Sin embargo, el agente Forbes no pensaba lo mismo. El viaje de Holmes significaba un respiro ante el protagonismo que tenía en Inglaterra. Scotland Yard por fin se quedaría en paz y libre de la sombra de ese investigador superior a ellos. Con su viaje perdería ese terreno ganado y no había constancia que cumpliría con su cometido. El agente Forbes creía para su

felicidad que la arrogancia de Holmes lo haría perderse en el intento o morir en ese largo viaje a un país desconocido y del que no había ninguna referencia histórica o documental sobre qué tipo de gente lo habitaba.

En la calle, Holmes le narró a Watson los sucesos ocurridos en Nicaragua en 1780, calificándolo como una de las más altas “vergüenzas” militares antes de Peshawar.

Fue una operación de conquista fraguada con esmero, pero fracasada con magnífica idiotez por el Imperio Británico cuando el general Stephen Kimble, por órdenes del Gobernador de Jamaica, John Dalling, reunió mil doscientos soldados y trescientos indios en doce naves para invadir Nicaragua y adueñarse del río San Juan y las ciudades de Rivas, Granada y León con la intención de apoderarse de la navegación entre el Pacífico y el Atlántico.

Sin embargo, apenas lograron atacar la fortificación de El Castillo —un puesto militar que descansaba estratégicamente, en una loma en la que podían divisar los navíos que avanzaban por las curvas del río— desde donde fueron repelidos por menos de doscientos soldados nicaragüenses que se replegaron en las montañas, logrando los ingleses adueñarse de la zona.

Sin embargo, después de veinte días las tropas británicas fueron diezmadas no por el enfrentamiento militar, sino por disentería, y los nicaragüenses volvieron al ataque recuperando sin esfuerzo el fortín. Al final, los aventureros regresaron casi en harapos a Jamaica con sólo ciento noventa

soldados e indios sobrevivientes en apenas tres naves que escaparon del anillo de defensa.

Rompiendo la neblina, Watson y Holmes caminaban por la plaza central expulsando el aire de sus pulmones al frío ambiente. Parecía como si los dos fumaran pipas invisibles.

Holmes se detuvo un segundo.

Watson vio entre la multitud la causa: una mujer.

Para Holmes no existían las mujeres, sólo “una mujer”.

A sus ojos, las demás eran eclipsadas y vencidas por la soprano Irene Adler, diez años mayor que Holmes, nacida en Trenton, Nueva Jersey, y educada en Inglaterra con quien tuvo un único desliz sexual que, sin embargo, le sirvió para huir de ella lo más rápido y lejos posible.

Adler tuvo una carrera de éxito en Italia y hasta fue la prima donna de la Ópera Imperial de Warsaw de Polonia. En pocos años, su fama había superado las fronteras de Estados Unidos, Italia y Polonia y se le consideraba original, extraordinaria y una cantante con mejores atributos que los de Faustina Bordoni y Francesca Cuzzoni.

Holmes, alertado de las cualidades de su belleza y genio, sabía que si establecía una relación más duradera y ella amanecía más de una semana en su cama, perdería la razón, aunque recordaba aún con delicia aquella única noche en que estuvieron juntos porque esa mujer no se acostaba con alguien, le hacía

el amor.

Holmes desvió la vista, continuó caminando, sacó la lengua, se mojó los labios y su mano derecha apretó la pipa que descansaba en el abrigo, queriendo tener en realidad al menos un gramo de cocaína.

¿Cuánto hace ya?, —pensó Holmes.

VI

—Hace doce años, seis meses y once días, ironías de la vida —recordó Sherlock Holmes con tanta exactitud histórica como si fuera un ser de otro mundo— el profesor James Moriarty, tras nuestro encuentro en las cataratas de Reichenbach, también huyó de Inglaterra con rumbo a Centroamérica. Se escondió en Bluefields, en la zona atlántica de Nicaragua y murió de fiebre amarilla en 1886.

—Pero lo más extraño de esto es que Charles Laure Hugues Théobald, conde de Choiseul y duque de Praslin, murió en Matagalpa en 1882, luego de escapar de Francia tras ser señalado como el asesino de su esposa, la posterior duquesa Françoise Altarice Rosalba de Choiseul Praslin, con quien se casó el dieciocho de octubre de 1824.

Ellos vivían con sus hijos Bertha, Isabel, Luisa María y Reynaldo en la mansión de Faubourg de Saint-Honoré, en las afueras de la capital y en las vacaciones escolares viajaban al castillo Vaux Praslin.

Resulta que el dieciocho de agosto de 1847, la duquesa fue encontrada muerta en su aposento. Había sido apuñalada en repetidas ocasiones y la habían estrangulado para que no gritara. Después de largas investigaciones, reuniones y valoraciones de la realeza, se acusó de fraguar la muerte de la

mujer a la institutriz Henriette Deluzy Desportes y al duque, quienes mantenían una relación amorosa descubierta por la duquesa.

En el juicio se les encontró culpables y fueron enviados a la Cárcel Luxemburgo, exclusiva para los nobles, pero él se fugó al tercer día de detención y vagó por el mundo hasta llegar a Nicaragua con dos cofres repletos de oro.

Se casó el cinco de octubre de 1852 con Margarita Arauz Fajardo y dos años después nació su primer hijo Jorge. Le siguieron Eva, Gertrudis y Benjamín.

El duque murió de un infarto a la edad de setenta y ocho años.

—Dos asesinos con un deseo mórbido de arder en el infierno —comentó John Watson, quien a pesar de su ingenuidad tenía la valentía y la lealtad como eximias cualidades.

—Sólo falta que encontremos a un poeta y a un loco —sonrió Holmes.

Ya habían preparado las maletas y tomaron un carruaje al puerto para retirar los boletos reservados con anterioridad.

—¿Qué es lo que impulsa a un asesino a seguir matando? —consultó Watson mirándolo, convencido que Holmes representaba el mismísimo adalid de la justicia.

—La elección —precisó Holmes, como si supiera de antemano lo que le

iba a preguntar— Cuando eligen a su presa, se vuelven astutos criminales maquinando cómo asesinarla.

—¿Y cómo la eligen?

—Por la mirada. A los buenos caballos no los seleccionan por su dentadura, sino por los ojos. Igual ocurre con los asesinos. Ven a sus víctimas y en sus ojos descubren el miedo. Para ellos es como el olor a sangre — explicó Holmes.

—Muchas veces tengo temor de encontrarme un asesino —le confesó Watson.

—En esta profesión hay dos reglas fundamentales e inviolables: la primera es que siempre hay una víctima y, la segunda, es procurar no serlo —le aconsejó Holmes tratando de darle confianza.

Más tarde, Watson pensaba en su esposa muerta, rezando por alcanzarla si moría en el viaje.

Lo que más lo angustiaba era cómo daría con ella entre tantas almas. Trataba de ser optimista pensando que tal vez existía una separación divina de los fallecidos por siglos, por ciudad, por idioma o nacionalidad.

Pero el desánimo lo embargaba cuando se convencía de que nada más encontraría miles de almas vagando en la oscuridad y él desesperado yendo de un lugar a otro gritando el nombre de su esposa sin encontrarla, perdido y solo en la eternidad en que viven las almas.

Cada uno cargaba dos valijas grandes.

Las de Holmes contenían su violín Stradivarius comprado por cincuenta y cinco chelines —y que para él representaba el instrumento musical con la más alta dulzura, delicadeza y armonía—, su lupa, trajes, estudios recientes del comportamiento psicológico, libros de química orgánica, otros sobre crónicas del país que visitarían, medicamentos contra varias enfermedades tropicales, un cargamento de cinco kilos de tabaco y ocho botellas de whisky.

Las maletas de Watson guardaban ropas bien dobladas y compactas, infusiones de malta contra los efectos deshidratantes de la diarrea, ungüentos contra alergias y picaduras de mosquitos y, para mayor seguridad, un mosquitero fabricado en la India.

Tenía además un catálogo de consejos de medicinas naturales, siete cuadernos, veinte lápices, una brújula, una fotografía del casamiento con su esposa ahora fallecida, un crucifijo y una Biblia.

Dentro del carruaje Holmes, aburrido, comenzó a fumar y hablar:

En mis años de investigación he descubierto que los hombres son nueve veces más letales y tres veces más propensos a cometer suicidios que las mujeres... He concluido en mis visitas por un año a las salas de maternidad de varios hospitales que, al nacer, independientemente de la raza o sexo, los individuos poseen seis emociones universales: miedo, tristeza, sorpresa, felicidad, asco y enojo.

Éstas se desarrollan en pensamientos y sentimientos que son procesados por el cerebro químicamente y luego se manifiestan en una reacción física. El odio y la ira, los dos causantes de la mayoría de los crímenes, se deben, a mi parecer, a una congestión de mensajes contradictorios que se acumulan en el cerebro y provocan un cortocircuito en el sistema de procesamiento.

A pesar de mis anteriores observaciones, todo me lleva a pensar que el comportamiento criminal tiene una raíz más profunda y primitiva, oculta en los archivos de los genes... Pero eso no podrá probarse científicamente hasta dentro de cien años. Los adelantos en la ciencia y los saltos de descubrimientos cada vez más rápidos así me lo indican: “Ya hemos sabido que en 1856 el investigador Gregor Mendel determinó que el gen es la unidad funcional de la herencia y en 1871 el científico Frederick Miescher descubrió el Ácido Desoxirribonucleico o lo que es el ADN, el almacén donde se guardan las características genéticas, el comportamiento humano y en el que se esconden también los secretos del origen de las enfermedades...”

Watson, aunque conocía de los descubrimientos citados, nunca los hubiera relacionado con la investigación policial, pero atendía con el interés semejante al de un alumno ávido de aprendizaje y a cada momento se asombraba de cómo Holmes conectaba los hallazgos científicos a sus obsesiones de detective.

Watson tenía los boletos en el bolsillo. Los acariciaba, nervioso,

expectante de lo que ocurriría en la travesía hacia el país desconocido.

—Volviendo a mis indagaciones, te explico que en un noventa y cinco por ciento de los casos en los que por desgracia he detenido a criminales en el acto o tras consumarlo, he registrado que durante ese estado experimentan un aumento de presión arterial, aceleramiento del corazón y transpiración, motivados por situaciones de miedo, ansiedad, imposibilidad e indignación, pero la mayoría, tras el crimen y tras ser apresados, ha confesado sentirse relajada y con sueño. Con esta base podría afirmar que el crimen tiene entonces el mismo efecto de la droga: desesperante y tranquilizante.

—Lo más difícil es que, en cuanto a los asesinatos, solamente podemos acusar a alguien si lo tomamos en el mismo momento en que comete el acto. Las pruebas incidentales aún no son tomadas en serio —analizó Watson, en una reflexión que le había tomado meses en concluir.

—¡Muy buena observación, mi querido Watson! Yo mismo aconsejé a Scotland Yard buscar huellas dactilares en las escenas de los crímenes para relacionar a Jack con los asesinatos, pero más bien se burlaron de mí, aunque te aseguro que en el futuro ésa será la evidencia primordial que utilizará la policía porque la naturaleza es tan bondadosa, que desde los tres meses de gestación los fetos desarrollan las huellas dactilares que los identificarán como seres únicos.

Ya en el barco, Holmes se acomodó en la cama y abrió su libro de

anotaciones.

Hacía un recuento del historial de Jack:

—Un fascinante espécimen —estimó leyendo, recordando y criticando en voz alta los errores cometidos los meses pasados por los agentes de Scotland Yard que actuaban equivocados debido en parte a la presión ejercida desde el exterior, desde la población presa del miedo hasta la reina Victoria porque cada uno de los londinenses quería que se acabaran cuanto antes los asesinatos.

Volvió a hablar.

—Lo tuvieron en las narices... Scotland investigó los asesinatos de un modo tan conmovedor como ineficaz, obteniendo inevitables conclusiones erróneas... la clave de la hazaña de Jack ha sido el poder y control que ha tenido sobre sus víctimas, y su escape reside en el caos que provocó en los agentes su continuado ataque.

...Tengo lo que vos llamarías una “fotografía criminal” de Jack y según mis análisis y comparaciones, de la mayoría de los criminales: provienen de padres separados, no tienen buenas relaciones con sus madres, crecieron en un ambiente hostil de alcohol, abuso psicológico y físico, tienen malos antecedentes laborales, pero son buenos conversadores, mentirosos y tienen un alto coeficiente intelectual...

—Lo que no comprendo —interrumpió Watson— es que usted, profundo y

analítico conocedor del pensamiento y comportamiento humanos, ha sido enviciado tantos años por ese mal hábito de fumar.

—Eso tiene una explicación en el pasado. Como los bebés se nutren del pezón de la madre succionando la leche, desarrollan una dependencia que en los primeros meses se manifiesta con incontrolables e involuntarios movimientos de los labios cuando están dormidos mamándose el dedo pulgar.

—Pero...

—Sí, a eso voy. Algunos adultos satisfacen esa falta del pezón con el vicio del cigarro porque sienten que los nutre como lo hacía antes el jugo materno. De ahí el origen de mi vicio —concluyó preparando la pipa para su ritual de fumar.

Watson se excusó y lo dejó para irse a dormir, pero sólo dio vueltas en la cama. El continuado y fuerte movimiento del barco en el mar le provocaba náuseas. Se limitó a mirar el techo mientras las olas chocaban contra la nave inundando sus oídos de ruido.

Pensó de nuevo en su esposa muerta. Se desanimó tanto de la vida que llegó a desear que el barco naufragara y así hacer más corta la espera. Sabía que ella en alguna parte lo esperaba.

Dos cuartos más allá, a la derecha, Holmes acompañado de su pipa y un vaso con whisky comenzó a leer un expediente:

...Tres de abril de 1888 Emma Elizabeth Smith en la Calle Osborn, siete

de agosto Martha Tabram cerca de los edificios de la Calle George, treinta y uno de agosto Mary Ann Nichols en Buck's Row, ocho de septiembre Annie Chapman en la Calle veintinueve de Hanbury, treinta de septiembre Elizabeth Stride en la Calle Berner, el mismo día Catherine Eddowes en la Calle Mitre y el nueve de noviembre Mary Jane Kelly, descubierta fallecida en su casa en la Calle Dorset, cerca del Club de la Policía donde ese día celebraban una fiesta...

—Bello —dijo Holmes hablando solo— en los primeros cuatro asesinatos formó el nombre de Emma, la primera víctima.

Buscó un papel y con un lápiz trazó las principales avenidas de la zona en la que se cometieron los asesinatos, uniendo los puntos del primero al séptimo crimen y obtuvo una clara figura de flecha que indicaba hacia la Calle Mitre.

—¡Estúpidos! —gritó señalando la zona con el dedo.

Volvió la vista a la lista de mujeres y unió las dos letras iniciales del primer asesinato “EM” y las del último “MA”.

—¡Magnífico! —exclamó viendo el nombre que decía de nuevo: Emma.

Examinó más el legajo que no era delgado, pero tampoco podía calificarse de voluminoso. Más bien, —pensaba Holmes—, era escuálido en cuanto a conclusiones e hipótesis.

Tal como creía, las primeras páginas estaban consagradas a presentar las

pequeñas, pero importantes pistas que necesitaba y que Scotland Yard había eliminado de forma estúpida.

En ellas estaban resumidos los exámenes post mórtem de las víctimas:

1 - Los primeros siete asesinatos sin temor a dudas fueron cometidos por la misma persona. Las víctimas tenían cortado el cuello de derecha a izquierda y presentaban señales de golpes en las piernas, todas en el mismo lugar, separados tan solo de una pulgada hacia arriba o hacia abajo.

2 - Las circunstancias de las muertes indican que las víctimas estaban boca arriba cuando les cortaron el cuello. Los asesinatos se dieron en un área de una milla en el Distrito de Whitechapel.

3 - En un caso se llegó una hora después del crimen, en los otros fueron en un lapso de entre cuatro y cinco horas que se descubrieron los cuerpos. Los asesinatos fueron cometidos entre las ocho de la noche y las dos de la madrugada.

4 - No hay evidencias de estrangulamiento. Esto hace indicar que la arremetida fue sorpresiva y sin tiempo de respuesta. Las mutilaciones y extracciones de órganos hacen advertir que el criminal tiene una obsesión por acumular recuerdos de sus crímenes.

5 - Como dato curioso, en la última víctima no se encontraron rastros de semen. Se cree que tuvo poco tiempo para actuar o que vio a

pobladores cerca del lugar, pues un testigo afirma que como a las tres de la mañana escuchó el grito de una mujer y otro fue más específico al asegurar que la mujer gritó: “¡Asesino!”

6 - En todos los cadáveres pudo apreciarse que el cercenamiento en el vientre y extracción de intestinos, estómago y riñones fueron hechos rápida y limpiamente, por lo que se sugiere que sea una persona vinculada al conocimiento de cirugía o anatomía. El amante de Mary Jane Kelly, Joseph Barnet, fue citado por el forense para que identificara lo que había quedado del diezmado cuerpo de la mujer. “Viví un año y ocho meses con la difunta. He visto el cuerpo y nada más pude identificar su oreja derecha y sus ojos”, fue lo que dijo.

7 - Por las características de las incisiones se deduce que el instrumento utilizado en los asesinatos fue un escalpelo o, en su defecto, un cuchillo afilado de siete pulgadas de largo con tres de ancho, por lo que debe considerarse que el asesino pueda ser un matarife o un médico con especialidad en cirugía.

8 - Según los datos, se trata de una persona excéntrica y solitaria, con ocupaciones irregulares, pero con algún ingreso monetario fijo.

9 - Los testigos circunstanciales han descrito en forma contundente a un hombre de bigotes, con sobretodo, bastón y sombrero negro, de unos 40 años. George Lusk, cabeza del Comité de Vigilancia, recibió el

dos de agosto un paquete con un trozo de riñón perteneciente a Catherine Eddowes, una carta en la que lo amenazaba con matarlo y le agradecía por la seguridad que brindaba al lugar.

10 - El cinco de octubre, el inspector de Scotland Yard, John Littlechild, recibió por correo la oreja derecha de Elizabeth Stride y una carta firmada por Jack en la que advertía de más asesinatos.

11 - Se descartaron tres potenciales sospechosos, aunque en el último caso se presume que era la pista correcta: el primero fue M. J. Druitt, abogado convertido en médico. Se suicidó el tres de octubre, cuatro días después del asesinato de Mary Jane Kelly. El siguiente era un pulidor de joyas que se volvió loco poco antes que acabaron los crímenes. Oía voces y terminó comiendo en los basureros y por último, y no menos importante, el doctor Francis Tumblety.

12 - Tumblety fue interrogado el once de noviembre, dos días después del asesinato de Mary Jane Kelly. Un testigo lo describió y reconoció como el hombre que había huido de la escena del crimen y una mujer narró que lo observó en una esquina cambiarse de ropa tras uno de los asesinatos ocurrido en una calle cercana. Su caligrafía se cotejó con copias enviadas por agentes de San Francisco, dando positivo. Cuando se le citó al segundo interrogatorio, no acudió y se sabe que se trasladó a Nueva York. Un equipo viajó de Londres a esa

ciudad. Se registró su casa en la que había un cuchillo limpio y un par de zapatos llenos de lodo, pero nunca se encontró al señalado.

El resto del material eran telegramas de urgencia de Scotland Yard a la Policía de Nueva York y de ellos a los de Scotland Yard, de entrevistas a diez testigos circunstanciales de los asesinatos —convertidos de inmediato en sospechosos por su negativa a colaborar con las investigaciones— recortes de prensa, boletines secretos sobre la identidad del sospechoso, un memorándum sobre la imperiosa necesidad de contratar los servicios del detective Sherlock Holmes, otro rechazando la solicitud, las cartas de Jack dirigidas a Scotland Yard, borradores de peticiones de arrestos masivos, los reportes de los ingresos a la Casa de Detención —de donde en la mayoría de los casos el reo podía salir muerto o loco—, otras entrevistas a sospechosos, órdenes de liberación a los encarcelados sobrevivientes, más de dos docenas de actas de defunción, un telegrama de un agente policial en Estados Unidos que alertaba sobre los movimientos del doctor Tumblety en Nueva York y, por último y no menos importante, una amarga nota escrita por el inspector Littlechild en la que culpaba del fracaso de las pesquisas para su detención a la falta de investigadores sagaces.

En su camarote, Holmes dejó la pipa en la mesa, abrió la segunda maleta y extrajo la caja en la que descansaba el violín intacto y lo hizo zumbiar por más

de dos horas tratando de calmar la irritación de su ánimo, mientras en los pasillos se desparramaba el sonido hasta salir a cubierta donde era tragado por los ruidos del mar.

Watson, quien había llorado bastante, se apareció cuando Holmes todavía tocaba la *Barcarolle* de Offenbach con notas prolongadas y quejumbrosas. Encontró a Holmes con las piernas dobladas una sobre otra, acomodado en la cama, sintiendo la presión del camarote y el ruido del mar.

El expediente descansaba cerrado sobre la almohada.

—Este informe robado es oro puro —le dijo Holmes, dejando el violín en la cama para luego acariciar los papeles.

—Watson —llamó Holmes, quien se levantó y comenzó a gesticular caminando de un lado a otro— este asesino les había puesto las pistas en las narices. Estoy seguro que existía un mensaje claro en los lugares, fechas y nombres de las mujeres asesinadas.

—Pero... —trató de decir Watson.

—Yo mismo les mandé una carta en la que les sugería enfocarse y volver al escenario del primer y último asesinato...

—¿Cuál era el mensaje? —preguntó por fin.

—Construyó el nombre de Emma con las primeras cuatro mujeres. Volvió a hacerlo con la primera y séptima víctima y, además, les indicaba el lugar donde vivía.

Watson ojeó los documentos, analizó las fechas, los nombres, unió los puntos y obtuvo la misma figura, pero le parecía que las conclusiones eran demasiado forzadas. Vio a Holmes y arrugó la frente en señal de reprobación.

—A dos cuadras de donde indica la flecha vivía Francis Tumblety, Watson —le reveló Holmes.

Watson lo quedó viendo un poco escéptico.

—Cuando queda lo improbable, ésa es la verdad —remató Holmes.

—Pero está demasiado a la vista —criticó Watson.

—Tumblety comenzó sus asesinatos el tres de abril. Se dice que Dante inició su viaje al Infierno entre el veinticinco de marzo y el ocho de abril. Sin embargo, según las investigaciones astronómicas que he hecho, Angeletti estaba equivocado y la fecha exacta del descenso fue el tres de abril, la misma que calculó Tommaso Caccini.

—¡Pero esa es *La Divina Comedia* y éstos son asesinatos! —le refutó Watson, quien se veía imposibilitado de procesar, ordenar y conectar tantos datos lanzados a tal velocidad.

—La pasión de Dante era Beatriz y la de Tumblety, Emma...

—Igual que la devoción de Ulises era Penélope y de Don Quijote, Dulcinea...

—Además, los asesinatos comenzaron un tres y terminaron un nueve. Los seis días que tardó Dante de la mano de Virgilio para salir del Infierno al

Paraíso.

—Entonces, Tumblety está en el cielo...

—No, el cristalino y empíreo vergel está vedado para él.

—¿Por eso continúa asesinando?

—Cree ser dueño de las puertas del Infierno.

Watson tenía la cara pálida. Estaba de mal humor y con el estómago vacío. ¿El barco avanzaba? Le parecía que no, que esa inmensa masa de agua les impedía moverse y tal vez se empecinaba en hacerlos regresar.

A cada momento se convencía que la nave nada más estaba detenida en medio del extenso mar sin poder ir adelante o hacia atrás, dejándose atrapar por el oleaje.

Contaba las horas y los días, repasando su vida con Constance una y otra vez como si estuviera condenado a revivir esa espiral infinita de la que no podía salir.

Se pasaba las noches y los lentos días de viaje nadando en esas inagotables aguas cenagosas de la memoria, contaminada cada vez más de los permanentes olores e imágenes estancadas en su pasado.

Al oscurecerse salía a cubierta y por horas miraba el cielo despejado en el que se veían infinitas estrellas y pensaba en la quietud que había allá arriba. Otras veces miraba la luna, sintiendo que en esa comunión de oscuridad, soledad y calma estaba cerca de su amada. Incapaz de pensar en otra cosa, le

llegaba a su mente esa fuerte marea de recuerdos que lo hundía hasta arrojarlo a la tierra de su inmortal Constance.

Miraba la íntima, pero indiscreta luna flotando sumergida entre el arrecife de nubes, saliendo y entrando una y otra vez, proyectando una luz triste en el inmenso mar negro por el que navegaban más allá del lugar donde alguna vez fue feliz, donde el recuerdo de la imagen y el beso le seguía mordiendo la memoria adicta al pasado.

—Te voy a contar —anunció Holmes para que Watson olvidara las náuseas —, a qué país vamos. Es una nación excéntrica y humilde, en donde el oro es tan abundante como el cólera y la malaria.

Es un país donde los bebés nacen con una piedra volcánica en sus manos y con el característico e inconfundible olor a azufre de tantas erupciones.

Ha sido visitada por seres tan extraños como sencillos, tan dañinos como santos dándose el lujo de acabar con civilizaciones, riquezas, culturas y pensamientos en tan sólo veinte años, incluso, hasta hoy, más de trescientos años después, la suma de los habitantes es igual a la que había cuando desembarcaron los primeros conquistadores.

¡Eso no sucede todos los días! España y los países que han saqueado la riqueza de esos lugares les deberán hasta la eternidad la fortuna y el desarrollo logrado.

El primero del que se tiene registro histórico fue Cristóbal Colón, quien

llegó a Nicaragua en su cuarto viaje en 1502 —aunque en verdad fue el veneciano Juan Caboto quien descubrió el río que entraba al lugar el veinticuatro de junio de 1497, bautizándolo Bahía de San Juan del Norte por haber llegado el día de San Juan Bautista— desembarcando en el punto más alto del Atlántico, que llamó Cabo Gracias a Dios porque habían sido asediados por una tormenta de cinco días y cinco noches, encontrando en el interior de esa tierra a los poderosos Chorotegas y Nahoas que tuvieron sus orígenes en México.

Ellos se turnaron el poder varios siglos y durante la resistencia contra los españoles, a los prisioneros los asesinaban llenando sus gargantas con puñados de polvo de oro. Le informaron de los Maribios o Sutiabas que viajaron desde lo que hoy es California, los Matagalpas, los Sumos y Ramas parientes de los Chibchas y después llegó a río San Juan, donde creyó haber dado con el pasadizo marítimo para ir a las soñadas Indias.

En Nicaragua fue donde se encontraron los conquistadores provenientes de México, después de destruir Tenochtitlán, con los de Panamá, y desde El Realejo, el mejor puerto y astillero de la América colonial, reclutaron a miles de soldados y zarparon en doscientas naves para conquistar el imperio Inca de Perú.

Tanta fama tuvo ese desembarcadero que, desde ese entonces, la corona española venía saboreando la idea de hacer una conexión con los mares del

Norte y del Sur, este último refugio de piratas franceses, ingleses y holandeses, como el barba azul Joseph Davis, quien logró aliados nicaragüenses de sus fechorías por identificarse con ellos aprendiendo la lengua de los Creoles, negros de origen jamaquino, de los Garífunas, negros de costumbres indias, Zambos descendientes de Misquitos y Moravos de grupos que nacieron de los misioneros llegados de Alemania, quienes ayudaron a descubrir a los invasores los más grandes tesoros de sus ciudades precoloniales, quienes recibieron a los cientos de investigadores como Gonzalo Fernández de Oviedo, quien en 1535 ya describía Nicaragua como la más hermosa de las tierras vírgenes del nuevo continente.

Holmes interrumpió su relato para sacar de su valija dos libros sobre crónicas y volvió a tomar el hilo de la narración:

—...O como el irlandés Thomas Gage, quien en 1648 apuntó en su libro de anotaciones desde puerto El Realejo, que “todo es tan hermoso que por la abundancia de las frutas y de todas las cosas necesarias a la vida que se encuentran en este país se puede decir, con razón, que la provincia de Nicaragua es el paraíso terrestre de la América y por las delicias que aquí se gozan, los españoles la llaman el paraíso de Mahoma”.

También el alemán Alexander von Humboldt recorrió el río más largo de esa nación que cruza de un extremo a otro coleccionando los tesoros de las tribus, o como los norteamericanos Robert Peary, descubridor del Polo Norte,

y más tarde el diplomático Ephraim George Squier y el geólogo y naturalista Thomas Belt, el científico Pablo Levy y el sueco Carl Erik Alexander Bovallius, quienes se adentraron en las selvas donde encontraron criaturas tan singulares y desconocidas, que ni siquiera tenían nombres y que se les debía señalar con el dedo.

A través de esa tierra fue que sedientos aventureros viajaron a California durante la fiebre del oro iniciada en 1848 —donde los más inteligentes se dieron cuenta que era más fácil matar y robar el oro que extraerlo— y quienes dieron comida y albergue a Giuseppe Garibaldi, el héroe italiano de mil batallas, al escritor norteamericano Samuel Langhorne Clemens, mejor conocido como Mark Twain, quien viajó de San Francisco a Nueva York a través de Nicaragua llevando un cuaderno de notas que se había comprado para el trayecto y que tituló: *From San Francisco to New York by way of San Juan and Grey Town Ithmus*.

Viajaba protegido con una gorra de obrero y vestido de cualquier modo, escribiendo entre los vaivenes del barco que “desde el centro del bellissimo lago de Nicaragua se levantan dos magníficas pirámides vestidas por el más suave y concentrado verde, todo espolvoreado de sombra y luz del sol, cuyas cumbres penetran a las esponjadas nubes. Se ven tan aisladas del mundo y sin ruido, tan tranquilas, tan soñadoras, tan empapadas en el dormir y en el eterno reposo. Qué bella casa podría edificar uno en sus sombreados bosques, en sus

asoleadas laderas, en sus claros donde corre la brisa, después de desgastarse por todo el trabajo, la ansiedad y el desasosiego de este frenético y agresivo mundo”, quien en esos días de tanta abstinencia escribió refiriéndose a las mujeres locales: “¡Qué ojos tan líquidos y somnolientos! ¡Qué labios tan empuRADITOS! ¡Qué cabello tan brillante y abundante! ¡Y esas expresiones tan arrebatadoras e incendiarias! ¡Qué gracia! ¡Qué formas tan voluptuosas y qué pocas ropas las cubren!”

Tierra donde se recolectaron huesos del tigre de dientes de sable, del mamut, del bisonte y del quetzal para los escuadrones que envió a América nuestro naturista Charles Darwin, quien reescribió las reglas y teorías de la evolución.

Ahí sus pobladores mostraron a los extranjeros los quince volcanes en fila india en el Pacífico, las casi cuatrocientas isletas del ovalado lago de Nicaragua de ciento sesenta kilómetros de extensión, setenta y dos kilómetros de ancho y de un área cuadrada de ocho mil seiscientos kilómetros, formado hace más de un millón de años y cuyo desaguadero es en el río San Juan y, más adentro, exhibieron las tierras vírgenes del Atlántico a los conquistadores, piratas, bucaneros, corsarios, aventureros, evangelistas, contrabandistas, especuladores, madereros, compradores de hule, cazadores de tiburones, arqueólogos, antropólogos, humanistas, idealistas, locos y desgraciados que tomaron esas tierras.

Watson, impresionado, escribió en su libreta “Nicaragua” en mayúscula y repuesto del mareo dirigió su mirada al espeso mar imaginando el peso y significado de esa palabra, concluyendo que las cosas más siniestras y tristes pasan siempre en los lugares más hermosos.

—Lo primero que hay que hacer al llegar es ir a un bar —remató Holmes abriendo una de las botellas de whisky.

VII

Pidió un trago de aguardiente.

Eran las cinco de la mañana, pero el coronel Carazo ya estaba en pie paseando por la Casa de Gobierno. Sentía una extraña ansiedad y felicidad caminando por el porche del edificio de adobe con rejas de madera, corredores con maceteros colgando y el extenso jardín con grandes árboles, palmeras y dos coloridos quetzales cantando.

A las siete le sirvieron el desayuno.

Atraído como el hierro al imán, volvió cansado a su cuarto y se durmió...

El aroma del café entró por las sábanas, subió delicado y sereno, sin embargo el coronel Carazo no quiso abrir los ojos.

Más allá oyó el agua correr. Imaginó el jabón deslizándose en el plato, la grasa cediendo, el vaso brillando, el agua escurriendo del tenedor. Sí, la cena estuvo deliciosa: pescado frito, jugo de naranja, ensalada con lechuga, tomate, pimiento, cebolla y pepino.

Sonreía todavía con los ojos cerrados.

Por la claridad en la habitación sabía que era un día soleado, aunque no le importaba y se volteaba para quedar boca abajo con el brazo derecho tapándole la cara, pero siempre escuchando el agua que caía.

Claro, —pensó el coronel Carazo—, Eulalia no quiere despertarme y hace el menor ruido posible porque sabe que los sábados jamás me levanto antes de

las once y le molesta despertarse a las seis de la mañana y verme tirado en la cama, dando vueltas, roncando y transpirando, pero a mí, como ahorita, me encanta escucharla en casa, decidida, ansiosa de hacer algo aunque no haya nada que hacer. Por eso no abro los ojos y me hago el dormido.

Sé que estás desnuda porque te encanta andar así por la casa los fines de semana. Todavía no quiero abrir los ojos. No, hay que esperar un poco más. Oigo cuando te cepillás los dientes y el agua entrando en tu boca mezclándose con la sal.

Te veo ir al excusado para liberar el líquido acumulado durante la noche e imagino tu trasero. Un trasero hermoso, delicado, con aroma siempre juvenil.

Ahora entrás al baño y el agua fría acumulada en el barril cae en tu cuerpo. ¡Qué delicia! El jabón se desliza entre en tus manos y en tu cabello. La espuma crece y te sentís delicada, renovada, viva y yo en la cama todavía me niego a abrir los ojos disfrutando a más no poder del perfume del jabón mezclado con el agua.

Sí, ahora lo percibo en oleada fuerte y clara.

Te frotás el vientre, el pubis, los senos y en forma de remolino te pasás tus manos enjabonadas por la cara como cuando eras niña. Me imagino que eso de lavarte la cara como lo hacés, más que un ritual es un hábito adquirido desde pequeña, como cuando estás enojada y te pregunto: ¿Estás trompuda o querés beso? Porque apretás la boca y me ves odiándome.

Ya has terminado con el agua y te secás con la toalla frotándola en tu cuerpo. El aroma del jabón ha inundado la habitación y me dan ganas de abrir los ojos para que sepás que estoy despierto.

Pero no.

Debo esperar a que entrés en el cuarto y te sentés en la orilla de la cama.

Tomás la loción y la untás en tus manos. La distribuís generosa en tus brazos, en el pecho y en la cara. Te ves al espejo y la imagen es borrosa. Sentada en la cama, te secás los pies con la toalla más pequeña porque sos meticulosa y tenés dos. Yo no, una y con eso me basta. Sé que te molesta y quisieras que también tuviera dos, pero no, así estoy bien.

Me mirás.

Siento tus ojos clavados en mis ojos cerrados preguntándote por qué duermo tanto y te molesta porque estoy muy poco tiempo a tu lado y más en las batallas.

Me das la espalda y te colocás los anteojos. Pensás que es tarde y que deberías estar en la cita de las once ¿Con quién?... ¿Para qué?... ¿Por qué?... ¿Por qué? ¡POR QUÉ? Pero no me decís nada y yo todavía dormido. Te desespera y salís a la cocina para servirte leche. Vas al baño y te cepillás de nuevo los dientes.

Pero no, un momento, siento que regresás al cuarto, te detenés y apoyás una rodilla en la cama. El colchón cede con un pequeño crujido. Colocás la otra

rodilla y te apoyás con las manos.

Comenzás a gatear y siento felicidad.

Trato de relajarme aspirando el olor del jabón, del agua, de tu piel, de tu cuerpo y me estremezco. Pienso en quitarme la sábana e invitarte a amarnos, pero no, sé que no te gusta así, sino cuando los dos estamos recién bañados.

No quiero abrir los ojos.

Este instante es desesperante, pero me resisto.

Siento que avanzás más.

Una gota fría cae en mi brazo derecho y me causa ahogo. ¡Ahora sí! Debo abrirlos, no lo puedo resistir. Cierro las manos en un último intento y siento tu avance. Vas decidida a sorprenderme, cuando la sorprendida serás vos porque te he escuchado desde que te levantaste.

Siento tus senos rozando las sábanas. Tu cabeza está cerca y oigo tu respiración suave, no como la mía, cargada de cansancio o desvelo.

Afuera, un pájaro canta.

Tus labios se contraen y me das un beso fresco en la mejilla.

No deseo abrir los ojos.

Me quedo inmóvil y me das otro beso.

Me deslizás la sábana hasta el ombligo y el pájaro sigue cantando.

Debo levantarme y correr al baño para salir limpio y con olor a jabón y agua fría.

El pájaro canta.

Ya no puedo más.

Abro los ojos.

El día está claro. Me levanto, caliento el agua para el café, me cepillo los dientes, de dos zancadas entro al baño y en diez minutos salgo.

Tomo la taza, echo el café, bebo un sorbo y siento el líquido caliente en mi boca.

En la mesa están el plato, el vaso y el tenedor todavía sucios.

Salgo al patio. El sol golpea mis ojos, mientras el pájaro sigue cantando...

El coronel Carazo despertó de golpe, como surgiendo de entre el abrigo de hojas secas que era su pasado estéril.

Eran las once de la mañana del primero de enero de 1889. Tres horas después llegó el ministro de la Presidencia, Guzmán, y con una sonrisa le anunció:

—Tenemos buenas noticias. Hace poco hemos recibido información de Washington. El Senado aprobó por mayoría el *bill* de incorporación de la compañía del Canal por Nicaragua a las leyes de Estados Unidos...

El ministro de la Presidencia, Guzmán, quedó expectante.

El coronel Carazo dijo impaciente:

—¿Y qué significa esa mierda?

—Es el último paso para comenzar la construcción del canal.

—Pues que lo sepan todos —exigió el coronel Carazo.

Triste, recordando el sueño, comenzó a jugar con sus dedos provocando los ruidos de quiebre de sus articulaciones.

A la mañana siguiente, la prensa batió las palmas por el acontecimiento y el regocijo cundió por el país. Durante dos días, desde los prostíbulos hasta en las oficinas de gobierno, se hablaba de lo mismo: Nicaragua convertida en unas cuantas décadas en el centro comercial y político de la región.

Parece que el circo va a estar más tiempo, —pensó el coronel Carazo.

El lunes, el coronel Carazo recibió información telegráfica del agregado militar en San Carlos, teniente coronel Carlos López Echeberría:

San Carlos, jueves siete de enero, 1889

Excelentísimo Señor Presidente de la República de Nicaragua

Coronel Evaristo Carazo:

Con fecha lunes, cuatro de enero, una escuadra de inspección rutinaria por la ribera del río San Juan detectó movimiento militar de tropas de Costa Rica.

El mismo día se le pidió explicaciones al agregado militar costarricense en la zona, coronel Vidamar Rodríguez, quien no contestó a nuestras repetidas inquietudes.

Al día siguiente se constató que al menos quinientos hombres armados ocuparon la parte norte del poblado de San Carlos. El miércoles enviamos una expedición de cincuenta soldados al mando del general Estanislao Rodríguez hacia la entrada del poblado de San Carlos para tratar de detener lo que desde ya consideramos una invasión a nuestro territorio.

Quedo a la espera de sus instrucciones para actuar en favor de la Patria.

Se despide de usted, su servidor.

Teniente Coronel Carlos López Echeberría.

—A ver, dejemos en evidencia a esta bola de cabrones ticos. Que el embajador nuestro pida de inmediato explicaciones a Costa Rica por lo que están haciendo —ordenó el coronel Carazo.

Esa misma tarde, el coronel Carazo, sentado en su mesa de estudio, de puño y letra, obviando las protestas del escribano Lizandro Ocón, quien pedía escribir la misiva, redactó una carta de urgencia al presidente norteamericano Stephen Grover Cleveland y con copia al excelentísimo embajador de Estados Unidos, Henry C. Hall, en la que les exigía declarar cuanto antes la nulidad del Tratado Cañas-Jerez, firmado el quince de abril del 58 bajo la base que los costarricenses habían violado el respeto de la frontera en el río San Juan.

La carta decía lo siguiente:

Managua, jueves siete de enero, 1,889

Excelentísimo presidente de Estados Unidos

Señor Stephen Grover Cleveland:

Mi estimadísimo amigo: A continuación le explico los sucesos que llevaron a Nicaragua a hace unos años perder valioso territorio por el Tratado Cañas-Jerez y que hoy nos tienen de vuelta en el cierre del círculo que ahora puede acabar otra vez en un *casus belli*: Acababa de terminar la guerra que las cinco repúblicas de Centroamérica se vieron obligadas a sostener contra la invasión filibustera encabezada por William Walker, y como Nicaragua fue teatro de aquella sangrienta lucha, quedó de resultas, de ellas más postrada que ninguna de sus hermanas.

En estas tristes circunstancias, Costa Rica creyó que era llegado el momento de apoderarse violentamente de una parte del territorio nicaragüense que esfuerzo diplomático alguno había podido conquistarle.

Sin previa declaración de guerra, Costa Rica dio principio a sus hostilidades, apoderándose del poblado de Limón y Guanacaste cercano a río San Juan en territorio nacional. Tal violación del

derecho internacional no pudo ser combatida por el estado ruinoso de nuestras fuerzas, firmándose con pistola en la sien el Tratado referido.

Aunque es verdad que esas comarcas se habían incorporado de hecho en 1824 a nuestra vecina del sur, Nicaragua conservaba el derecho íntegro sobre ellas y tarde o temprano reivindicaría lo que legítimamente era suyo.

La otra verdad es que Costa Rica quiso pagarse así su intervención y los gastos de la contienda, en la cual, al igual que nosotros, también había defendido sus propios intereses.

Ya usted mismo falló el 22 de marzo del año pasado dándonos la razón y el pleno control de las aguas del río San Juan. Sin embargo, hoy los costarricenses vuelven no por Limón y Guanacaste, sino nuevamente por el río San Juan y el poblado de San Carlos, preocupados por la construcción del Canal Interoceánico.

Por eso ahora Nicaragua se niega a reconocer la validez de ese Tratado perverso y no vacila en creer que usted, Excelentísimo Señor Presidente de los Estados Unidos, le prestará su cuidadosa atención y que a la mayor brevedad posible nos liberará de esta argucia legal que nos ha atado tantos años y nos brindará la ayuda militar, si es necesaria, para acabar de una vez con esta farsa que puede convertirse en una infamia.

Se despide de usted, su leal amigo,

Presidente de Nicaragua

Coronel Evaristo Carazo.

Cc: Excelentísimo embajador norteamericano

Señor Henry C. Hall.

El coronel Carazo alzó la mirada, secó la plumilla y la guardó en un estuche forrado de terciopelos. Dobló la carta en dos partes, la metió en el sobre y se la pasó a su escribano Lizandro Ocón para que la enviara cuanto antes.

El escribano retrocediendo un paso le habló:

—Señor, con respeto, le pido mi renuncia. No hago nada y no me siento cómodo recibiendo un salario que no merezco.

—Dejate de mierdas. Aquí yo decido quién se queda y quién se va — reaccionó el coronel Carazo levantándose—, usted más que un escribano es mi confidente y eso no lo paga ningún salario.

—El país se hunde —siguió el coronel Carazo cambiando la conversación — se hunde en esta situación. Las demás potencias extranjeras nos están llevando demasiado rápido. Y por lo visto, siempre será así. Hace tanto tiempo que no conquistamos nada, que se nos olvidó cómo guerrear y ahora nos acorralan de nuevo ante nuestro eterno e inalterable destino de guerra,

muerte, dolor y pérdida.

—Lo que sé decir es que Nicaragua jamás experimentará la palabra independencia. Siempre tendremos que recurrir a potencias foráneas para que nos pongan en orden— expresó el escribano Lizandro Ocón, mientras el coronel Carazo le dedicaba una mirada comprensiva.

El miércoles por la mañana, el embajador de El Salvador, Pablo Almanza, pidió audiencia para hablar con el coronel Carazo.

—Sé por rumores en los periódicos de movimientos militares en San Carlos. Para evitar que esto llegue a más, propongo una amistosa negociación con un cónclave de Plenipotenciarios en San Salvador, donde además de las partes contendientes, estará un mediador salvadoreño —explicó el embajador.

—No lo puedo creer —lamentó el coronel Carazo pensando en voz alta— ese presidente tonto comió en mi casa, bebió aguardiente conmigo y me mintió refugiándose en respetar las leyes. ¡No puede ser verdad! ¡Maldito traidor!

El Ministro de la Presidencia, Guzmán, entró en ese mismo momento con dos noticias: la primera que el presidente Cleveland aprobaba el urgente e inmediato envío de contingentes militares norteamericanos desde Honduras para proteger los intereses fronterizos nicaragüenses y la segunda, un telegrama:

Costa Rica, lunes once de enero, 1889

Excelentísimo señor presidente de la República de Nicaragua

Coronel Evaristo Carazo:

Atendiendo solicitud de parte de su embajador en San José, señor Carlos Suárez, le informo que ningún movimiento de tropas se ha reportado en Costa Rica al lado de la frontera con Nicaragua.

Lo que se hizo en los pasados días fue enviar una pequeña escolta a la ribera costarricense del río San Juan con el objeto de proteger los intereses del comercio.

Mi gobierno cree que la buena armonía existente entre nuestros países no sufrirá alteración alguna y que la dificultad sobrevenida entre ambas naciones será resuelta de forma pacífica; tanto es así, que mi gobierno no paró atención al levantamiento de sus tropas en el poblado de San Carlos y creyó entonces, como cree ahora, que tales aprestos militares no podían ni pueden tener una mira hostil a esta república.

Cordialmente.

Canciller Cleto González Víquez.

Cc: Excelentísimo señor presidente de la República de Costa Rica, Bernardo Soto.

—¡Me creen pendejo!... ¡Esto se va a resolver a tiros! —gritó el coronel Carazo rompiendo el papel por la mitad para luego aplastarlo y estrujarlo con

las dos manos hasta convertirlo en una bola amorfa que tiró contra el piso.

—Y si me disculpan, tengo que llamar a la guerra.

El coronel Carazo estaba enfurecido.

—¡Que manden quinientos soldados... cortemos relaciones con esos desgraciados y usted, mañana mismo, se va para su casa! —gritó al ministro de la Presidencia, Guzmán, quien se quedó inmóvil tratando de digerir la orden.

La tarde del miércoles trece de enero, el coronel Carazo, desde la escalinata de la Casa de Gobierno, anunció ante la multitud reunida:

—Vamos a defender el río San Juan y el poblado de San Carlos incluso a costa de tomar Costa Rica y de recuperar aquellos territorios que hace unos años nos robaron. Marchemos pues sobre esta horda de bandidos. Les aseguro que nuestra causa es justa y por consiguiente, el triunfo es seguro. Dios nos dará la victoria porque Él desde arriba está atento a toda injusticia cometida...

La gente aplaudía no por emoción, sino por una euforia temerosa, escuchando atenta al llamado de los cañones. Entre los asistentes circulaban periódicos con una sola palabra grande, fuerte e impresa al estilo *Times* que podía ser leída desde lejos: **¡Guerra!**

El Decreto número 890107 del coronel Carazo también se encontraba impreso en las portadas de los periódicos y decía lo siguiente:

El Excelentísimo Señor Presidente de la República de Nicaragua,
Coronel Evaristo Carazo, a sus habitantes:

Primero: tomando en cuenta los últimos acontecimientos con la República de Costa Rica, he decidido romper relaciones diplomáticas con ese país y he girado instrucciones a los representantes del gobierno de Nicaragua en San José para que lo antes posible abandonen esa nación. Los delegados de ese país en Managua tienen cuarenta y ocho horas para salir de nuestro territorio.

Segundo: considerando las actuales circunstancias de invasión en la República, decreto que todos los nicaragüenses hábiles están obligados a servir al gobierno con su persona y sus bienes.

En consecuencia, franquearán lo que les exijan las autoridades legítimas y las habitaciones de todo el país estarán a disposición de las mismas para la busca de reos y bestias, la colocación de retenes u otros usos necesarios.

Tercero: son enemigos de la República no sólo los invasores y los que de cualquier manera los auxilién, sino también los que se nieguen a prestar los servicios personales que les demanden las autoridades legítimas, los que difundan falsas o adversas noticias, los que estén en correspondencia con los facciosos y los que no den parte

inmediatamente a la autoridad, de lo que sepan sobre la situación, movimiento y operaciones de aquellos.

Cuarto: los facciosos que sean tomados con las armas en la mano o haciendo labor de espionaje o sabotaje dentro del territorio nicaragüense serán pasados por las armas por el comandante militar que los aprehenda, sin más trámite que la pronta ejecución.

El coronel Carazo anunció:

—He decidido remover del cargo al canciller y ministro de la Presidencia, Fernando Guzmán, por su incapacidad de dejar claro lo que por derecho histórico corresponde no a mí ni a ustedes, sino a la Nación. Un territorio que ahora es mirado como presa por los buitres, pero les aseguro que no dejaremos que se lo roben. En su lugar, juramento hoy, aquí, al capitán Alberto Membreño como nuevo ministro de la Presidencia para que garantice nuestra soberanía en el río San Juan.

El ministro de la Presidencia, capitán Membreño, dio el juramento y de la calle principal salieron quinientos efectivos con dos cañones de doscientos metros de alcance y una docena de ametralladoras recién adquiridas de Estados Unidos hacia el poblado de San Carlos, tomado por los militares costarricenses.

Dos compañías de jinetes avanzaban a la vanguardia seguidos del primer

batallón de rifles y edecanes uniformados de azul y blanco.

Tras ellos pasaron cuarenta mulas de carga con las municiones, después los dos obuses, el cuerpo de artillería, los médicos, el batallón de rifles, el de infantería y cerrando la retaguardia treinta batidores encargados de proteger las bestias que cargaban raciones de carne salada para dos semanas.

—En este momento crucial para la historia del país pedimos a todos los ciudadanos patriotas que estén a inmediata disposición para ser llamados a la defensa de Nicaragua —dijo el Ministro de la Presidencia, capitán Membreño.

El coronel Carazo pensó: “*Treinta años de paz terminaron. ¿Cuándo volverán?*”

Mirando a la multitud y luego al desfile militar recordó a Eulalia.

—*¿Dónde estás?*, —pensó.

Se levantó y acabó el acto.

VIII

—Estamos en San Carlos —celebró Holmes—, al fin hemos llegado.

Habían zarpado del puerto de Liverpool a Nueva York, navegando un poco más de tres mil millas náuticas en el transatlántico Liberty, un barco con casco de metal y propulsión de velas, más una máquina de vapor con pistones de triple expansión y de ahí continuaron a San Carlos en el vapor La Joya, otras mil novecientas millas náuticas a un precio total de trescientos dólares cada uno.

El vapor era impulsado por una rueda de paleta gigante de seis metros de ancho por cuatro metros de diámetro.

Contaba con habitaciones para primera clase que eran nada más camarotes amueblados con una cama de madera incrustada en la pared, una toalla blanca curtida y un aguamanil de hierro.

La segunda clase iba junto a la mercancía, protegidos por el techo y acomodados en treinta hamacas.

El resto viajaba apretujado en el piso.

La navegación entre Nueva York y San Carlos se abrió en 1850 cuando el comodoro Cornelius Vanderbilt obtuvo la concesión de Nicaragua y Estados Unidos para que la Compañía Accesorio del Tránsito ofreciera viajes de Nueva York a San Carlos y de ahí a Rivas o Granada para seguir por tierra

hasta Puerto Corinto y después en barco a California.

Esta travesía ahorraba mil millas de viaje al lugar donde se aseguraba que el oro era tan abundante y que estaba a flor de tierra, que una pepita se obtenía escarbando a mano limpia y en los ríos los peces adquirirían un color dorado de tanto que se le adhería el oro a sus escamas.

Aunque docenas de ingenieros le aseguraron que nunca llegaría del río San Juan al lago de Nicaragua, Vanderbilt no se dejó impresionar y embarcó en el buque Director. Lo condujo río arriba y tras esquivar noventa millas de rápidos y peligrosos bancos de rocas, arribó a Granada con algunos dolores musculares de manejar el timón bajo la presión y la exigencia de las desconocidas aguas.

Comenzó cobrando cuatrocientos dólares con dos embarcaciones, sin embargo muy pocos estaban dispuestos a pagar tal cantidad de dinero y debió reducirlo a trescientos dólares.

El negocio fue creciendo hasta que al mes se movilizaban dos mil personas por la ruta nicaragüense. Tres años después tenía una flota de diez vapores pagados de contado para cubrir el viaje. Su fortuna había pasado del millón de dólares a casi los once millones de dólares, pero en el año 55 Walker se interpuso en su camino y se adueñó de los barcos.

Vanderbilt le envió enojado una breve pero contundente carta de protesta:

“Señor: Usted se han empeñado en robarme. No lo demandaré porque aquí y en Estados Unidos la justicia es muy lerda, pero le aseguro que lo arruinaré”.

Por eso decidió apoyar la guerra contra el filibustero enviando a dos coroneles con un donativo de cincuenta mil dólares, un generoso cargamento de municiones y cien rifles Minié para los ejércitos de Nicaragua y Costa Rica y la misión expresa de acabar cuanto antes con la invasión, pero más que todo con el que le robaba la inversión de su vida.

Al final Vanderbilt, cansado siempre de proteger su compañía de piratas y gobiernos corruptos, vendió la flota e invirtió el dinero en otro negocio menos riesgoso y que experimentaba mayor expansión y popularidad en Estados Unidos: el ferrocarril.

En cuatro días enteros recorrieron el río San Juan admirando el paisaje de colinas verdes, el agua mansa en donde se alimentaban pájaros con alas de color blanco intenso y otros de pico verde o cuello rojo; miraban gentes remando en botes y otras en goletas atracando en casas que saltaban a la vista de entre los árboles.

En el trayecto, el tiempo muchas veces parecía fluir despacio como si el río se enroscara sobre sí mismo, dando la sensación de no avanzar, escuchando en la interminable noche el ruido del motor y arriba el silencioso y

estrellado cielo con una luna llena que bañaba el lugar dándole un aspecto metálico a la naturaleza que dormitaba.

En un promontorio del margen izquierdo cerca del Raudal del Diablo aparecía la fortaleza de El Castillo de la Inmaculada Concepción con veintiséis cañones que no servían pero que, de lejos, todavía amedrentaban a los que soñaban con algún inesperado asalto.

El lugar fue construido para defender las posesiones y negocios coloniales de las constantes depredaciones piratas y del paso huracanado de contrabandistas que aterrorizaban el lugar.

En las defensas estaban firmes y dignas, antiguas y mohosas, las estatuas de Santa Rosa y Santa Ana al frente y Santa Teresa y Santa Bárbara atrás. Las murallas no eran muy altas, pero lograban dominar el contorno.

Tenía además un pequeño hospital con un médico y dos asistentes, un retén de avanzada, una bodega de provisiones militares donde la pólvora se humedecía cada cinco días, por lo que era necesario secarla al sol.

Había también una cocina, un área de herrería y carpintería y una capilla pequeña, pero cómoda para la misa diaria donde los asientos se distribuían por el apellido de las familias.

La fortaleza en sus mejores tiempos llegó a tener un poco más de cien soldados, de los que veinte eran enfermos permanentes de malaria.

Había un alcalde, un capitán de artillería y once artilleros, dos alféreces,

un pagador, un armero, un sargento, siete cabos, veinte mosqueteros, cuarenta y ocho arcabuceros, un piloto de barco, ocho cocineras, igual cantidad de remeros y un sacerdote.

Miraban la vegetación de árboles bajos y de pantanos con cascadas de anchas hojas verdes, las abundantes heliconias de tallos blancos, los ficus con brillante presencia que se confundían con el tejido de bejucos tan antiguos que se podía afirmar que estaban ahí creciendo y multiplicándose desde el primer día de la Creación y las orquídeas de colores púrpura, terciopelos y amarillo desde las que tomaban vuelo los patos salvajes.

Entre la densa masa de follaje que cubría los dos lados del río como una gran muralla de espesa jungla, adornada con lianas y plantas trepadoras, salían las iguanas que iban de un lado a otro subiendo y bajando en las ramas de los árboles, con la mirada curiosa por los visitantes que rompían la monotonía de ese extenso paraíso.

Alzando las miradas, veían de vez en cuando grupos de lapas, loras, cotorras, papagayos y otras aves acuáticas con destellos de blanco, rojo, amarillo y verde mezclado con el azul claro y brillante del cielo, que se paseaban por su gran territorio virgen, mientras en las orillas descansaban grandes caimanes tomando el sol.

Llegaron al delta del río donde el vapor parecía viajar bajo un pedregal. Sus aguas se dividían en dos grandes y desiguales caudales. El del sur llevaba

a Costa Rica y el otro se internaba un poco más en territorio nicaragüense.

Ocho horas después podían ver San Carlos. Cerca del puerto se pudrían osamentas de barcos partidos a la mitad con los vientres abiertos como si hubieran sido cortados por un hacha gigante.

Había fuerte presencia militar y aún se sentía en el ambiente el olor a pólvora y a cadáveres descompuestos de un reciente enfrentamiento armado.

Pequeñas hormigas descargaban sacos, comestibles, ropa y embarcaban oro, azúcar, brea, café y cacao al transatlántico Prometeo, de quinientas toneladas, que hacía también la travesía hasta Nueva York.

En el puerto había dos edificios aduaneros de dos plantas casi quemados y un almacén de granos en estado de reparación. En el contorno se distribuían pequeñas viviendas agujereadas por una lluvia de bombas y, aún agonizantes, servían de alojamiento o comedores para los viajeros que, cuando entraban, miraban las paredes apenas sostenidas con refuerzos de adobe, madera y bambú.

Bajaron y la presión del calor tropical les afectó tanto que a los primeros diez pasos tomaron un respiro y pasaron el sencillo muelle para llegar a un estrecho camino de piedra protegido por matas de plátanos que, al final, dejaba a la vista el poblado de San Carlos con no más de dos mil habitantes. Luego buscaron alojamiento.

Compartieron una habitación dividida por una pared de hojas de palmera.

Había dos camas que se abrían a lo largo con las patas formando dos equis, una atrás y otra adelante, presentando una figura de tijeras.

Dos candelas estaban empotradas en las esquinas de dos tablones —los escritorios— sostenidos por dos piedras cada uno, además de dos gruesos y redondos trozos de madera en los que se podían sentar.

En el suelo de tierra aún podían apreciarse restos de proyectiles y orificios en las paredes por los que entraba la luz del día en forma de largas y doradas puntas deslizadas perpendicularmente.

Durante el día el aplastamiento del aire tropical los inmovilizó en sus camastros y les provocó un profundo y reconfortante sueño en sábanas húmedas hasta el día siguiente, cuando despertaron a las once de la mañana justo a tiempo para tomar el vapor Progreso que los llevaría a Granada.

Después de zarpar, Holmes paseó por el vapor y concluyó que había sido construido en Inglaterra. Tenía un peso de cien toneladas con un motor de trescientos caballos de fuerza viajando a siete millas por hora. Medía ciento treinta y cinco pies de eslora, veinticuatro de manga y nueve de puntal. Podía soportar treinta toneladas de carga y hasta sesenta pasajeros.

Alguien le preguntó qué lo traía a estas tierras.

—Vengo en busca de un asesino —le reveló.

El otro, sin espantarse, le contó entonces haber escuchado similares historias de otras personas que venían a buscar gente perdida o desaparecida

de las grandes ciudades después de cometer los más horrorosos crímenes o asombrosos delitos y que se creía que estaban en este refugio remoto y prehistórico, en donde se sucedían relatos tan extraños como el de aquel hombre inglés que iba rumbo a California y que, huyendo de una riña de cantina, se arrojó al río San Juan.

Fue capturado en la otra orilla por indios guatzos que lo ataron a un árbol para destazarlo y comérselo en una gran sopa para la tribu. En eso estaban cuando llegó la hija del jefe y lo abrazó para protegerlo. A los dos días se casaron, pero el hombre no pudo soportar las inclemencias y limitaciones de la naturaleza y, al final, otra vez huyó tirándose al río para morir devorado por un caimán de cuatro metros de largo.

Una semana después veinte cazadores mataron al gigante reptil y cuando le abrieron el estómago, encontraron intacto el brazo derecho del fugaz amante.

A la mañana siguiente, cuando Holmes se despertó y salió a la cubierta, vio lo que antes había descrito Mark Twain en la crónica de sus viajes.

Era una mañana exuberante en la que se podía admirar el archipiélago de Solentiname en medio del enorme estanque de azul intenso. Cuando llegaron a la isla de Ometepe, comprendió a qué se refería el escritor al describir las dos magníficas pirámides vestidas por el más suave y concentrado verde.

Eran los volcanes gemelos Concepción y Maderas, unidos por un puente formado por la lava endurecida de antiguas erupciones de la era cuaternaria.

Contempló el panorama de la isla que dormitaba mientras el sol subía.

Watson se le unió y no hubo palabras.

La fascinación de ese lugar se convirtió en el desayuno y recordaron que tenían hambre, hasta cuando la isla en la distancia se había convertido en algo tan pequeño que podía ser medido abriendo el dedo índice y el pulgar.

Se sentían como iglesia Adán durante su primer día en el Paraíso recorriendo el inmenso escenario natural del que a lo lejos asomaban grandes montañas cobijadas de verde, ríos de agua metálica en movimiento, el gran lago con innumerables islas flotando en la calma del día y en tierra miraban las grandes y extendidas cordilleras que no existían en Londres.

Claro, habían viajado mucho y conocido otros países de Europa, aunque jamás habían visto ese paisaje tropical tan extenso que no podía abarcarse en días, sino en meses o hasta años.

Por dos dólares tomaron una carreta tirada por caballos que los trasladó a través de la selva en un camino maltrecho con el cochero armado con machete para repeler los asaltos y con dos jícaras labradas colocadas a cada lado en las que guardaban agua. En el camino a veces se encontraban soldados descalzos con mosquetes al hombro trepando a los árboles para comer naranjas o mangos.

El viaje era, más que tortuoso, infernal por la incontrolable danza del armatoste que parecía más bien un barco en medio de una tempestad, con las

insistentes órdenes del cochero de “¡arre!” y de inmediato el chasquido del látigo que caía en las duras espaldas de los caballos.

Watson, aunque se moría del sueño, trataba de retener los detalles del viaje para en las noches, con calma, escribirlo en su diario que llenaba con algunas palabras y luego fluía con grandes párrafos y que le serviría cuando volvieran a Inglaterra para dejar documentada la travesía de dos hombres que cruzaron el Viejo Mundo para buscar a otro hombre, los tres desconocidos en estas tierras.

Se sentía mareado por el viaje en pleno mar, luego en el río, después en el lago y ahora en carruaje. Todo iba tan rápido que sentía un permanente vértigo por el calor y la sequedad del clima...

Se dio cuenta que se había dormido, perdiendo así varios minutos de visión de esa naturaleza tan intensa que casi le golpeaba las narices. Con esfuerzo abrió los ojos y se los frotó para después bostezar y aspirar el aire limpio.

Para despabilarse trató de imaginar los cuerpos de las mujeres asesinadas por Jack *El Destripador* en Nicaragua, convertidas en una masa de sangre, músculos y tejidos desparramados, los vientres reventados y las últimas expresiones de horror que tuvieron, pero terminó vomitando una y otra vez por la ventana, sacando medio cuerpo, hasta que quedó cansado y se limpió la boca amarga, sintiendo el estómago vacío pero aún con pequeñas

convulsiones, mientras Holmes lo miraba sorprendido.

Con una alegre voz el cochero anunció la ciudad: “¡Ahí está Granada!”, así que asomando la cabeza podían ver —aunque a Watson poco le importó— el caserío que surgía con sus grandes tejas rojizas que inundaban los techos.

Entraron acompañados en las calles por una clase media que se cubría del sol con pequeños abanicos multicolores.

Miraban los terrenos vírgenes, los campos verdes, las casas humildes, pero bien cuidadas y el ganado pastando por las calles.

En Granada se tomaron un día para recorrer la ciudad compuesta de casas de adobe con techos de teja, paredes gruesas y altas con frescos y espaciosos corredores, y en el centro jardines adornados de flores y robustas enredaderas que invadían los techos y las paredes.

Las casas tenían zaguanes espaciosos, anchos corredores y alcobas profundas que almacenaban tanto calor que muchas veces era mejor dormir en los patios bajo los árboles en espera de las frescas ráfagas de viento que se sentía en las madrugadas.

Las puertas principales de las viviendas estaban compuestas por celosías en la parte superior para la ventilación e impedir la entrada de murciélagos. Horcones gruesos de madera sobresalían de las casas y se unían al final con el techo para proteger a los transeúntes en la época lluviosa; en las de dos pisos los balcones corridos, labrados en forma de flores, daban la impresión de

constante movimiento.

Las paredes eran de bloques de tierra con paja picada y algunas tenían los característicos arcos rebajados, fachadas planas y aceras altas para la temporada de inundaciones.

—Sin temor a equivocarme, debo decir que este pueblo es la Gran Francia de Centroamérica —valoró Holmes viendo la ciudad.

Encontraron un pueblo pequeño, pero con gran unidad urbana de empedradas calles amplias, bien trazadas y limpias y las casas con tonos ocres en los muros que armonizaban con el rojizo de los tejados y el blanco de las paredes del frente; más allá llegaron a una esquina desde la que apareció una pequeña pero concurrida plazoleta, de forma octagonal, con cuatro salidas a calles más pequeñas y retorcidas.

Anduvieron largo rato dentro de la vida lenta y adormecida de la ciudad, atentos a los coches jalados por ruidosos cascos de caballos que iban de un lugar a otro, dándole ritmo a las horas y multiplicando el eco de las pezuñas metálicas por los grandes porches y las amplias fachadas de las casas.

Parecía que la vida se concentraba en la pequeña plaza adonde todos iban, se encontraban y salían. Se reunían pero sin mezclarse pequeños grupos de campesinos descalzos o de mujeres bien vestidas, exhibiendo anchos sombreros, camisas cerradas, enaguas, fustanes y zapatos de tacón alto con abanicos meciéndose en sus manos, hablando en un interminable murmullo de

rezo, y hacendados gastando el día en tertulias de esquina sobre política local.

Conocieron el palacio colonial donde funcionó por décadas la Casa de Gobierno en la que se redactaron las cartas más alegres como dolorosas de los mandatos de turno y donde vivieron los fugaces presidentes con sueños de permanecer indefinidamente guiando el futuro de la nación.

Entraron a la catedral restaurada luego del incendio durante la invasión de Walker, el parque central donde fueron fusilados los soldados nacionalistas, la Plaza Episcopal, la Casa de las Luciérnagas que cubría más de cien metros en una muralla de diez entradas y las mansiones de arquitectura combinada neoclásica y colonial que, al final, terminaban en excéntricas construcciones de los más ricos de la región.

Al día siguiente, sin perder más tiempo aunque aún con el efecto del fatigante calor, fueron a la Estación del Ferrocarril de Granada, también de estilo francés con grandes columnas talladas y arcos labrados a mano. Tras media hora de espera, partieron rumbo a la capital para buscar las huellas de la peligrosa criatura que perseguían desde Inglaterra.

Durante el viaje, Watson recordó el caso del *Hombre que reptaba*. Cada vez que lo hacía, una leve sonrisa se dibujaba en su cara recordando su ingenuidad.

Esa vez estaban los dos en medio del bosque haciendo pesquisas sobre la identidad del hombre o la cosa que perseguían —que según los asustados

pobladores, atacaba de noche robándoles sus pertenencias— y decidieron quedarse cerca de un arroyo donde instalaron un toldo portátil.

Se durmieron en espera del amanecer con las pistolas debajo de sus almohadas.

En medio de la noche oscura y estrellada, Holmes lo despertó dándole pequeños toques en el brazo para no asustarlo y le dijo:

—¡Watson! Observá las estrellas y decime qué conclusión sacás.

Frotándose los ojos, Watson tardó cinco segundos en hablar y le contestó:

—Veo miles de estrellas y aunque la mayoría se encuentra a larga distancia, es probable que uno de esos planetas se asemeje a la Tierra y que exista algún tipo de vida en ellas.

Holmes se rió y le dio una palmada en la espalda.

—¡Watson, estúpido, alguien nos ha robado la carpa!

Cuando bajaron en la Estación Central de Managua, un poco más grande y con techo más alto que la de Granada, pero con menos atractivo arquitectónico, quienes los vieron no sabían que se trataba de Sherlock Holmes, el detective más famoso de Europa, ni de su amigo inseparable desde hacía dos años, John H. Watson, doctor en medicina con ejercicio en la India y Afganistán.

Alguien los empujó obligándolos a separarse, interponiéndose entre ambos el flujo de pasajeros y sus familiares que los esperaban. Tuvieron que esperar

pacientes sintiendo los jalones, codazos, oyendo disculpas y sujetando las maletas para no ser arrastrados por la multitud.

Es —valoró Holmes cuando volvieron a reunirse— lo que podría llamarse un poblado primitivo. La estación es un establo techado con diez bancas, una oficina de venta de boletos, cinco guardias y otro despacho con dos telegrafistas

¿Grande? No, no tan grande. ¿Quién esperaba que fuera grande? Sólo Londres es grande. ¡Ahí viven tres millones de personas! ¡Eso sí que es una gran ciudad! ¿Forma? ¡Qué pregunta! No tiene forma, esto apenas es un revoltijo de casas de adobe con techos de teja construidas sin ningún tipo de supervisión ni lógica, como si hubieran venido aquí luego de una estampida o de un gran desastre y se asentaran, o más bien, se arrojaron en desorden.

¿Hace cuántos años? No más de sesenta años ¿Qué clase de calles? No hay calles, sólo caminos de tierra que de seguro en invierno se convierten en lodazales ¿Vehículos? Uno, pero está desecho, empotrado en un árbol, que perteneció a alguien importante, yo diría el presidente o, tal vez, un hacendado, no menos insensato que no tenía idea de cómo manejarlo.

¿Comercios? Sí, eso sí, una calle, dos como máximo dedicados a vender frutas, vegetales, comestibles, ropa, fósforos y candelas. ¿Una iglesia? ¡No faltaba más! Sí, una pequeña dedicada a Santo Domingo ¡Oh, adoradores del ocio! ¿Una librería? Una muy pequeña. ¿Biblioteca? No, tampoco pueden

pedir tanto. ¿Lago? Sí, un gran espejo azul que bosteza el día entero ¿Presidente? Para ellos sí, para Londres, para nosotros, sería el administrador del último poblado más desvalido y olvidado ¿Edificios? Si sumáramos a los de tres plantas, nada más cuatro, incluyendo al que ellos llaman Casa de Gobierno, que en Londres sería el equivalente al edificio donde descansan los leprosos. ¿Dónde? ¡Dónde! Bueno, por allá. ¿En síntesis? ¡El lugar más delicioso que he visto!

Todavía vestían los trajes de Inglaterra, sus botas estaban cubiertas de arcilla, sus rostros anegados de polvo y las maletas color marrón maltratadas por viaje de tantos días y kilómetros, con la misión de encontrar vivo o muerto al primer asesino en serie que registraba la historia moderna y que estaban convencidos se encontraba escondido en algún lugar de Nicaragua.

Holmes, alto y desgarrado, vestía una larga capa gris, debajo un traje negro y camisa blanca y una gorra de paño ajustada.

Su elevada estatura aumentaba su delgadez, llamando la atención de más de algún observador.

La levita de Watson estaba muy ajada. Vestía además un saco color crema y corbata a cuadros.

Mientras caminaban por las calles de tierra polvorienta, cada uno cargando sus dos maletas, Watson pudo definir lo que sentía por Constance.

¿La había amado? ¡Claro que sí! ¡Con el alma! ¡Con la fuerza de su

cuerpo! Y por eso ahora que estaba muerta sentía que era una parte extinta de sí mismo. Nunca más le atraería la medicina, nunca más tendría una novia, quizás sólo le quedaría el interés de acompañar a Holmes en sus investigaciones, pues no quería ser nada. En su mente las mujeres, todas las que conoció, fueron desapareciendo como las abandonadas hojas secas que castiga el viento.

No pudo recordar qué día era. Miró a su alrededor contemplando a la gente yendo de un lado a otro como fantasmas guiados por esa fuerza desconocida, la del signo de la muerte. Se había convertido en un extraño para los demás, pero más para sí mismo. Desde el fallecimiento de Constance la realidad le parecía tan absurda como la muerte y se desanimaba sobremanera.

Caminando junto a Holmes sintió que se había convertido en otro. Era como salir a la calle a las seis de la mañana y descubrir los estragos de la lluvia de la madrugada. El alrededor igual, pero diferente en los detalles.

—Watson —llamó Holmes, quien se detuvo y colocó las maletas en el suelo— ¿Qué opinas de este lugar?

—Pienso —respondió Watson radiante— que tiene lo que esperábamos.

—¡Anja! —exclamó Holmes— ¡No te gusta porque no es grande!

—No... —quiso decir Watson, pero Holmes no lo dejó terminar.

—Ahí está el lago —anunció Holmes señalando hacia el norte— y por aquí

—indicó volviéndose— debe estar la taberna. ¡Vamos!

Preguntando a dos jóvenes llegaron al bar Waterloo, ubicado a cien metros del Hotel Xolotlán, donde más tarde se hospedarían.

Los muchachos que jugaban en la calle ofrecieron cargar el equipaje al hotel y tras liberarse de las maletas, Holmes y Watson se sintieron más aliviados.

Holmes entró en el Waterloo y puso en práctica sus dos años de lecciones de español. Watson, afuera, siguió con la mirada a los muchachos hasta confirmar que habían depositado las maletas en el vestíbulo del hotel.

Holmes pidió un trago de aguardiente y escuchó las conversaciones apoyando el trasero en el asiento cerca de la barra. Sacó su pipa y extrajo de la bolsa de su sobretodo el tabaco protegido en el pequeño saco de cuero. Con tres dedos alcanzó porciones pequeñas de tabaco que fue aprisionándolas en el fondo de la pipa.

Cuando estaba a la mitad, metió el dedo índice y revolvió el tabaco. Liberó un fósforo del bolsillo izquierdo del pantalón y lo frotó firme y fuerte en la madera una sola vez. Primero fue una diminuta columna de humo, pero de inmediato apareció el fuego en una rápida explosión.

Acomodó su mano derecha en forma hueca y protegiendo el fósforo del viento lo acercó a la pipa y aspiró hasta sentir la delicadeza del humo en sus pulmones.

Sus orejas se convirtieron en radares que localizaron el ámbito del lugar hasta que se colocaron en posición de escuchar las conversaciones.

Luego de diez minutos entraron tres hombres.

Uno de ellos alto, de bigotes y ojos enrojecidos, pidió una botella de ron y se sentó con sus compañeros a escasos cinco metros de Holmes, quien se acomodó en la barra con cara de complacencia al observar a los nuevos clientes.

Holmes volvió a llenar la pipa con tabaco. Lento lo ablandó, prendió el cerillo y lo colocó en ángulo de cuarenta y cinco grados aspirando y sacando el humo.

Watson dormitaba en la silla. Tenía alucinaciones con Inglaterra y creía oír hablando a la gente inglés en vez de español.

Holmes escuchó atento la conversación de quienes acababan de sentarse. El hombre de bigotes hablaba gesticulando con los brazos y se reía cínico. Tras servirles el ron, rápido colmaron sus copas, pero esperaron la interminable danza de palabras que salían del que era la voz principal.

Sus acompañantes, sin atreverse a beber, veían de reojo los recipientes que contenían ese líquido relajante hasta que quien declamaba terminó su intervención y al unísono tomaron los vasos y bebieron, saboreando el roce ardiente en la garganta y luego la tibieza del líquido cuando caía al estómago.

Holmes observó al hombre y pensó: “Tiene la cabeza demasiado grande para ser un mortal cualquiera”.

El hombre de cabeza grande volvió a hablar, esta vez aumentando el tono de voz:

—...El argumento de mi cuento se concretiza así: un asesino decide esconder un cadáver en una casa que supone deshabitada, precisamente en la casa donde se ha alojado hace pocas horas el viajero de mi cuento y al volver éste tarde en la noche, al hallarse ante el cuerpo rígido, juzga que nunca logrará justificarse ante la justicia ni ante él mismo y pierde la razón...

Holmes se puso de pie y fue a la mesa.

—¡Hola! Mucho gusto de conocerles, mi nombre es Sherlock Holmes y me interesa su conversación. ¿Han ocurrido casos de esa naturaleza en estas regiones?

El que relataba sorbió un pequeño trago y se levantó.

Le tendió la mano diciendo:

—Lo real es irreal, pero más bello y exquisito que cualquier obra maestra.

Se presentó:

—Soy Rubén...

Éste que se hacía llamar Rubén era Félix Rubén García Sarmiento, conocido como Rubén Darío, quien había vuelto al país el seis de marzo procedente de Chile —donde el viajero, elegante y ameno, trabajaba en los días como inspector de Aduanas en Valparaíso, mientras que en las noches se

dedicaba a ingerir severas dosis de alcohol y escribir perfectos y profundos poemas que le dieron fama internacional— en una travesía de tres mil trescientas once millas con una pausa de dos días en Panamá.

Los amigos corrieron la noticia y fue recibido en Puerto Corinto con la banda marcial partiendo casi al mediodía en mula hasta León, donde un día después tomó el tren hacia la capital.

Eloy Argüello, gerente del Hotel Lupone, de tres plantas, el más importante de Managua, le ofreció una recepción que se extendió por la noche en restaurantes y luego en la madrugada en las casas y continuó los días siguientes en las tabernas.

—Poeta...y dipsómano —sentenció Holmes.

—Somos dos adictos de los placeres acuosos —le contestó Rubén, mirándolo como si así descubriera el secreto que incluso Watson aún desconocía.

Holmes nunca esperó encontrar en esas tierras un cráneo con un desarrollo supraorbital tan marcado.

Preguntó:

—¿Tendría usted inconveniente en que pasara mi mano por su hueso parietal?

El poeta dejó posar la mano derecha de Holmes en su cráneo y la sintió recorriendo su territorio colmado de penas y dolores.

El desvelo y la falta de comida se mostraban en su rostro que parecía haber traspasado la frontera de la mortalidad al éxtasis de la embriaguez, en la que sus sentidos estaban concentrados en la vista, el oído y la palabra.

—El molde de su cráneo, señor, mientras no pueda obtener el original, sería una valiosa adquisición para cualquier museo antropológico. No quisiera ser molesto, pero francamente envidio su cráneo.

El poeta alzó su voz cargada de alcohol:

—¡Jamás lo he dicho!... Pero ahora, sí creo oportuno decirlo... ¡Yo no soy sino un instrumento del Supremo destino!... ¡Que vine al mundo en el preciso momento en que es necesaria la intervención!... para la transformación y el desenvolvimiento del pensamiento español...

Quienes lo acompañaban se levantaron y aplaudieron. Tomaron sus vasos y brindaron. Al rato se sentaron extasiados mirando al joven de bigotes delgados.

—Hay artistas —expuso Holmes— que crean sus obras en duros y largos combates noche y día con el espíritu, sus fantasmas y la materia...

—¡Mientras yo lo hago gozando! —gritó Rubén.

—Muy interesante —cortó Holmes—, pero por desgracia hoy nuestra misión es descubrir un asesino que se encuentra en estas tierras.

—Todos somos asesinos. Matamos el pasado, enterramos el presente y no nos importa el futuro —replicó el joven tendido en la silla apurando otro

trago.

—Esa historia que usted ha dicho debe tener raíz en hechos reales...

El otro acompañante pidió la palabra.

—Fueron los ticos. Ellos las mataron...

—¿Dónde? —se impacientó Holmes.

—En Managua, Granada, León y Matagalpa en menos de un mes...

De nuevo en la calle, Holmes le dijo a Watson que si uno quería ser primitivo, aquí podía ser primitivo. E igual, si quería ser perezoso, aquí podía serlo. Pero aunque se fuera estas dos cosas, siempre debía asegurarse de conocer más de cerca a ese tal Rubén.

Agregó que había diez botes de pesca, pero sin aparejos, que había muchos pescadores que pescaban muy poco pasando los días más bien contemplando el lago o mirando a las mujeres lavando, moviendo sus caderas hacia delante y hacia atrás, inclinadas frotando las ropas en las grandes piedras prehistóricas lisas de tanto uso; los niños colgados cabeza abajo en las construcciones públicas de la Agencia Agrícola y la Agencia Bancaria Urbana tirándose piedras y puños de tierra.

Las casas no estaban en un lugar en particular. Aparecían cinco juntas, una separada, tres juntas, un edificio, otra separada, otro edificio y muchas se encontraban en concordancia con el abandono de la playa: agrietadas, sin color y deterioradas.

En cuanto más se salía del centro, las viviendas parecían más desamparadas y desesperadas, como pidiendo auxilio. La gente asomaba sus cabezas para verlos, todavía con los ojos temerosos sin comprender quiénes eran y por qué estaban allí.

Entraron al Hotel Xolotlán.

En el vestíbulo los esperaba el jefe de la Policía de Managua, Salvador Castrillo.

Holmes, lleno del don de la adivinación, supuso quién era, fue hacia él y le entregó su tarjeta, demasiado pequeña para soportar el peso de sus distinciones académicas, científicas y deductivas.

—Mis respetos —saludó Castrillo— he leído las sorprendentes conclusiones que usted ha dado a casos muy difíciles en su país, como aquél en que solucionó el asesinato de una joven por el nido de avispas seco encontrado dentro del cráneo...

—Sí —recordó Holmes— también me ayudaron los insectos carroñeros como las moscas y los escarabajos. Por desgracia, la entomología forense es un campo aún virgen...

Sacó su pipa como si fuera a dar una charla sobre la forma más elegante de fumar tabaco. La golpeó suave en la pared retirando el tabaco quemado y rellenó el depósito. Sacó un fósforo, lo frotó contra la pared y en menos de cinco segundos tenía en su paladar el sabor amargo que tanto lo tranquilizaba.

—Hace unos días recibí la carta de Scotland Yard solicitando información de los asesinatos ocurridos en enero. Sin embargo, nuestras pesquisas han revelado que fueron soldados costarricenses infiltrados. Todos fueron apresados, enjuiciados y fusilados.

—Scotland también les solicitó información migratoria sobre el doctor Francis Tumblety...

—No tenemos registrada ninguna entrada con ese nombre. Solamente tenemos el ingreso del señor Frank Townsend, un administrador norteamericano que entró por la aduana de San Carlos el seis de enero de este año. No hay registros de salida y, según mis informantes, está en León trabajando en la construcción del nuevo ferrocarril.

—*Es él,* —pensó Holmes.

Le brillaban los ojos y un leve rubor asomó a sus delgadas mejillas.

—De antemano, le pido disculpas por esta extraña solicitud, pero quisiera examinar los cadáveres de las víctimas —solicitó Holmes.

—Hay que llenar varios formularios y no creo que puedan darnos más información —se disculpó Castrillo —además, sólo dos cadáveres fueron preservados. Uno para la Universidad de Medicina de León, pero todavía está en Managua porque no fue identificado, y el otro cuerpo está en Granada.

—Las voces de los muertos siempre regresan a contar no el final, sino el principio

—insistió Holmes molesto— por eso es que quiero examinarlos.

—Pero...

—Mi estimado amigo: mi compañero y yo no hemos viajado tanto para regresar con las manos vacías. Observar las evidencias y razonar sobre los datos obtenidos de ellas ha sido mi vida, por lo que le pido que haga una excepción y me deje ver los cuerpos para despejar mis dudas y liberarlo de mi molesta presencia.

—Lo comprendo, no se preocupe. Entonces vaya a la Oficina Forense y hable con el doctor Carlos Navas —indicó el comisionado Castrillo en el borde de la puerta— dígale que va de mi parte.

El comisionado Castrillo le entregó a Holmes una tarjeta con su firma y la fecha del día. El investigador lo quedó viendo y le agradeció con una sonrisa que más bien parecía celebrar su victoria.

IX

El martes quince de enero de 1889, trescientos veintiséis efectivos del Ejército de Estados Unidos, procedentes de la angosta costa del Pacífico de Honduras, desembarcaron en Puerto Corinto para apoyar la guerra contra Costa Rica que comenzó en el poblado de San Carlos y se extendió en sabotajes y crueles asesinatos en Granada, Masaya, Managua y Matagalpa.

El país entero estaba otra vez en pleno hervor de la guerra. Tras treinta años de relativa calma, los ríos de sangre recomenzaban a agitarse.

Los soldados que servían a las órdenes del agregado militar estadounidense, general James Millard, instalaron su cuartel general en el palacete de la municipalidad. Los pobladores que los miraban sentían su aura militar tan fuerte como si fuera un sol.

Los militares pensaban que ellos nunca habían sido civiles, que la primera comida ingerida no había sido leche sino carne cruda, que la primera orden escuchada había sido ¡firmes! Que sus primeras palabras dichas fueron ¡Sí señor! Que no creían en Dios y que si lo imaginaban, era como el gran general cargado de medallas en su pecho, retirado y cano, sentado en el trono de los por siempre victoriosos, cubierto de cicatrices y viviendo del recuerdo de sus largas batallas en la tierra.

El coronel Carazo, empapado de sudor, se secaba la cara con su pañuelo escuchando al general Millard, quien le anunciaba que a cambio de la ayuda

militar brindada por Estados Unidos, Nicaragua debía garantizarle los plenos derechos para la futura construcción y administración del canal por los próximos noventa y nueve años.

Dos horas más tarde, el contingente estaba en formación copando el espacio del malecón de Managua y, aunque atendían el discurso del coronel Carazo, no descifraban ni una palabra de lo que decía porque sólo sabían que iban a un enfrentamiento bélico.

—Ciudadanos... nos han quitado a mujeres inocentes, mancillándolas y dejando a sus familias de luto. Ellos, que una vez nos robaron, hoy no se contentan con eso y vienen a robar más y a matar sin piedad. Por eso la historia dirá que Nicaragua luchó contra los traidores hijos de Satán para recuperar lo perdido y vengar a los dolientes. Hoy les pido que nos unamos y luchemos juntos en esta batalla que no será la primera, sino la cadena de una serie de eventos que harán libre a este país de intervenciones extranjeras y de naciones que desean adueñarse de nuestros recursos. Dejemos atrás, pues, las diferencias políticas con Granada y León, extendiendo la mano a los que piensan diferente y como un sólo país reconquistemos lo que nos fue robado.

La multitud aplaudió y los soldados norteamericanos secundaron.

La tropa desfiló por las calles de Managua y acompañó al coronel Carazo, quien al rato inauguró el colegio de señoritas de la capital, quienes obsequiaron rosas de papel a los militares.

La prensa se unió al desborde patriótico y al día siguiente llamó a los jóvenes a integrarse al Ejército nacional y a las mujeres a darles el apoyo moral que necesitaban sus padres, hermanos, maridos e hijos.

Los mercados eran centros de abastecimiento militar. Cada día el veinte por ciento de los ingresos era destinado al Ejército nacional y norteamericano. En los siguientes días se limitaron los horarios de cantinas y bares y se declaró el toque de queda en todo el territorio.

Una semana después se recibían noticias contradictorias. Primero veinte, después sesenta y cinco muertos y, al anochecer, eran ya noventa fallecidos. El enemigo doscientas cuatro bajas y setenta heridos, aunque luego la cifra descendía.

La ribera nicaragüense del atracadero de San Carlos era tomada por horas por cada bando. El poblado era un polvorín por la cantidad de municiones trasladadas para la batalla.

En la capital, el coronel Carazo cada mañana quería noticias más rápidas y certeras, pero debía esperar dos veces al día para tener información telegráfica del campo de batalla y no tenía más remedio que pasearse por el porche del caserón tratando de eliminar el nerviosismo con el cansancio.

Era la primera guerra en la que no estaba presente y temía que se echara a perder el resultado. En esos largos días se hornearon tres pasteles de limón, que el coronel Carazo los comió con prisa de pedazo en pedazo ante el

asombro de la sirvienta desdentada.

Había esporádicos enfrentamientos en las metrópolis de León, Granada y Managua, y una que otra agresión física o verbal a honestos y tranquilos costarricenses que se habían asentado en fincas del territorio nicaragüense para cultivar la tierra y criar ganado.

Cuadrillas compuestas por cincuenta militares costarricenses habían ingresado sigilosos al interior del país y hacían actos terroristas en almacenes y oficinas públicas. De ellos, se capturó a veintiocho soldados ticos que fueron trasladados a la Penitenciaría acusados de asesinar a seis mujeres e incendiar el edificio de la aduana de Rivas.

El mismo día, sin juicio militar, fueron declarados culpables y se les colgó en las plazas públicas de las zonas.

De Granada y León se unieron a la lucha doscientos mulatos provistos de hachas y machetes. Cuando estuvieron en las afueras de Rivas, encontraron haciendas saqueadas y potreros incendiados.

Habían caminado tres días y medio pernoctando a la orilla de los caminos convertidos en lodazales por inesperadas lluvias que iniciaban con un gran estruendo, como si se abriera una inmensa grieta entre las nubes, pero estaban todavía con fuerzas para seguir y viajaron en vapores, botes o cayucos para unirse a la guerra.

El refuerzo encontró dos soldados de las tropas enviadas a Rivas y guiaron

al grupo a San Carlos. En tierra, avanzaron por trochas abiertas a fuerza de machete, protegiéndose con hojas de plátano del aguacero interminable que desaparecía el panorama, convirtiendo en lluvia lo que había atrás, arriba, abajo, a los lados y más allá de donde alcanzaba la mirada con la gran nube plomiza siempre cubriendo el ambiente.

Cuando llegaron al primer retén militar, empapados, cansados y hambrientos, fueron a la cabaña del general Estanislao Rodríguez, quien bebía licor junto a sus lugartenientes. El general Rodríguez ordenó dar de comer a los mulatos y les proporcionó provisiones de agua, carne salada, municiones y fusiles.

A las siete de la noche, cuando comenzaron a salir las estrellas, tres soldados se aparecieron con un prisionero tico capturado por una avanzada en el camino cerca de San Carlos cuando hacía labor de espionaje desde un árbol de ceiba.

Sus ojos eran color cielo y el cabello rojizo.

El general Rodríguez le ofreció un trago, pero el prisionero lo rechazó, se puso de rodillas y se atacó en llanto pidiendo clemencia.

Sin preguntas ni torturas fue escoltado al lado del camino y lo fusilaron.

Por la mañana bajo un potente y picante sol, las tropas nacionales, los mulatos y los soldados norteamericanos avanzaron a San Carlos, que aún estaba en poder de los invasores.

No descansaron y de inmediato ocuparon la plaza de acceso al pueblo, mientras la lucha se volvía confusa y desordenada. El general Rodríguez ordenó marchar y tomando un camino lateral cayeron sobre la ciudad atacando por el lado sur con tiroteos parciales que, al avanzar el día, se hicieron generales.

Mujeres y niños fueron refugiados en la parroquia de la entrada de San Carlos, donde fueron protegidos por quince rifles. Los civiles corrían apurados tratando de no ver cómo los proyectiles martillaban las casas de teja hundiendo los techos, atravesando las paredes e incendiando el interior.

Los médicos militares —veintitrés graduados más nueve auxiliares— lograron acondicionar una de las viviendas, en donde luego de extender las camas sacaron grandes cantidades de mantas, sierras, bisturís, hilos de suturación, vendas, alcohol, éter, remedios, yodoformo, sustrato de bismuto y calomelano, en espera de los heridos.

Los destacamentos de Costa Rica fueron obligados a replegarse al centro. Doscientos hombres asaltaron a la derecha y el doble de cantidad a la izquierda. Los invasores se dispersaron en todas direcciones, dejando en su huida un saldo preliminar de doscientos treinta y siete muertos y cuarenta heridos a manos de los nacionales.

De las casas, los soldados nicaragüenses y norteamericanos sacaron docenas de cadáveres y, al pasar las horas, se veían tirados por las calles, con

los ojos abiertos de sorpresa por la imprevista muerte. También estaban en los umbrales de las puertas, en los matorrales y algunos habían muerto escondidos en las letrinas.

El agregado militar costarricense en la zona, coronel Vidamar Rodríguez, fue descubierto aún con vida, oculto detrás de una lápida en el cementerio. Tenía una herida de bala en el pecho, tres centímetros a la derecha del corazón. El soldado Abelardo Vega le ofreció ayuda, pero cuando se descuidó, fue apuñalado en el pulmón izquierdo.

El coronel Vidamar Rodríguez montó el caballo del soldado y trató de huir, pero cinco disparos certeros de francotiradores le destrozaron la pierna y el brazo derecho. Agonizante, cabalgó a galope con la pierna meciéndose en el aire para luego caer muerto.

Se recuperaron quince cañones de artillería de bronce calibre seis, trescientos cuarenta y siete fusiles, veintitrés ametralladoras y ochenta varas con camisas embreadas listas para incendiar las casas.

Dos columnas compuestas por la tropa de refresco de mulatos atacaron la última resistencia compuesta por veinte soldados ticos que, en su repliegue, abordaron el barco Scott que traía media tonelada de pólvora como refuerzo para la artillería enemiga.

Un par de metros antes de entrar a terreno costarricense, la caldera del barco explotó liberando el vapor de agua a presión, que levantó la cubierta

superior, la carroza de timonel de babor y parte de la proa del barco.

Los soldados volaron por los aires. Tres brazos, cinco cabezas y una pierna cayeron en la costa nicaragüense. Al instante otra explosión partió el barco en dos y se hundió.

Fue por la tarde cuando el silencio se apoderó del lugar. ¿Cuántos días habían pasado? Los militares no lo sabían, pero tampoco les importaba porque habían triunfado.

Ya no había tiros, bombas, gritos o lamentos y los sobrevivientes salieron de sus refugios, descubriendo la atmósfera de destrucción, los pequeños incendios, las humaredas en el edificio de la aduana de San Carlos, las casas agujereadas por las baterías y los cadáveres de los soldados debajo de los escombros.

Diez días de enfrentamientos se saldaron con ochenta y siete muertos nicaragüenses, diez norteamericanos y trescientos cuarenta y nueve muertos costarricenses.

El total de cuarenta prisioneros fueron concentrados en la plaza central. A cada uno se le dio un trago y se le fusiló. Se les cortó la cabeza y fueron puestas en exhibición en postes en la ribera del río. Los cadáveres insepultos se colmaron de moscas por la humedad del lugar y la fetidez recorrió el poblado de un lado a otro sin irse, mientras desde quién sabe dónde, venían grupos de zopilotes que montaban guardia o volaban en círculos a la espera de

digerir el botín putrefacto.

El coronel Carazo, desesperado de tantas esperas y desaciertos de cada día, envió un sucinto telegrama al campo de batalla: “¿?”

Dos horas más tarde, mientras comía el último pedazo del pastel de limón, recibió la respuesta no menos lacónica pero expresiva: “¡!”

Cuando los contingentes nacionales y norteamericanos entraron victoriosos a Managua, el coronel Carazo estaba recontento.

Se reunieron cinco mil personas en la plaza de la República.

Al lado del coronel Carazo estaban el escribano Lizandro Ocón, el embajador de Estados Unidos en Nicaragua, Henry C. Hall; el general Millard, el general Rodríguez y el ministro de la Presidencia, capitán Membreño, con sus uniformes limpios y brillantes.

El coronel Carazo se quitó el sombrero ante la multitud y dijo:

“—Un ramo de olivo se ha levantado sobre nuestras cabezas y todos en éxtasis de gozo le contemplamos. Que nadie se atreva a deshojarlo porque es un crimen. Ya no hay enemigos. Abrazos de concordia, ósculos de paz, lágrimas de gozo y gritos de una alegría delirante llenan el corazón de la Patria.

La naturaleza ha recobrado sus derechos, pero cuando se oiga de nuevo el estallido del cañón y la bota del invasor, ahí estarán miles de nicaragüenses que morirán con gloria defendiendo el territorio nacional y, al del bando

enemigo, no tendrán que llorarlo como hermano porque su víctima es un cómplice del usurpador, que al final es un hombre, pero un hombre malvado...”

El escribano y ahora vocero presidencial, Lizandro Ocón, por primera vez, desde haber asumido el cargo, pronunció las palabras escritas durante la mañana de ese día:

—El ministro de Guerra Supremo de Nicaragua, excelentísimo presidente coronel Evaristo Carazo, desde la Casa de Gobierno de Managua, emite el Decreto número 29189 Dios, Unión y Libertad, por el cual el director del Estado reconoce la visible protección con que la Divina Providencia favoreció al Ejército nacional que desempeñó su sagrado deber bajo su mando, de proteger la soberanía en el departamento meridional y, asimismo, destaca la destreza militar, el honor y la valentía que militares nicaragüenses, norteamericanos y patriotas se hacen dignos de gratitud pública por disipar en pocos días la invasión que devoraba Río San Juan y por haber restablecido el orden social.

Por consiguiente, el gobierno tributa la más profunda acción de gracias al Todopoderoso por la bondad con que protegió a nuestros soldados. Al general Estanislao Rodríguez, al capitán Alberto Membreño y al agregado militar estadounidense general James Millard se les entrega un diploma y una medalla de oro, que con una brillante figura en el centro del anverso y en el reverso

una espada, tiene el contorno del primero la inscripción: Al Defensor de la Soberanía, Libertad y Orden en Nicaragua y, el segundo: Por el triunfo del 29 de enero de 1889.

...Dado en Santiago de Managua en la Casa de Gobierno; sellado con la rúbrica de la República y refrendado por el presidente de la Nación, excelentísimo coronel Evaristo Carazo a los 29 días del mes de enero de 1889.”

El coronel Carazo abandonó el lugar dejando atrás la fiesta pública que se extendió tres días y que, al final, dejó un saldo de quince muertos por intoxicación alcohólica y cinco detenidos por alteración al orden público.

Se tendió en la cama, en ese desamparo de las camas de los solitarios donde con tanta rapidez crecen las enredaderas del olvido.

Sentía en su interior que algo estaba lacerado. Era una herida profunda, con una hondura demasiado grande para poder cerrar, que no podía compartir con nadie y que a diario se esforzaba por disimular y olvidar con grandes ocupaciones que al final lo dejaban fatigado aunque no sanado.

Fue después, mucho tiempo después, ahora lejos, que pudo comprender que su pasado con Eulalia se había convertido en una obsesión. Siempre barrenaba su interior sumergiendo sus pensamientos en los confines de la memoria, en el abismo de la evocación, en su solitario laberinto, en ese profundo pozo de los recuerdos de donde se alimentaba su constante hambre.

Hacía años no abrazaba un cuerpo tibio, suave, íntimo y discreto, no había tenido a alguien que le hiciera preguntas y que escuchara las respuestas en silencio, pues comprendía que después de Eulalia cada nuevo amor desembocaría en el desgarrador final de la soledad.

Ya había pasado demasiado tiempo... el necesario para convertirlo en alguien que huyendo de la paz ansía sólo la guerra para llorar por los soldados, no por los amores idos.

X

—Es el Napoleón del crimen —estimó Holmes tranquilo, sentado con las piernas extendidas, las manos en forma de V invertida y las yemas de los dedos juntas.

Mientras hablaba, Watson terminó de colocar el mosquitero en el cuarto compartido. Había invertido media hora, la uña del dedo índice lastimada por el martillo y nueve clavos para las nueve argollas del tamaño de un anillo que tenía el velo, uniéndolos con hilo para dejarlo suspendido.

Cuando se sentó, transpiraba tanto que parecía volver de una caminata.

—Está ahí, afuera, inmóvil como una araña en el centro de su tela, percibiendo cualquier leve temblor —agregó Holmes.

Watson se tendió en la cama. Se quitó el chaleco y se desabotonó la camisa. No hacía el menor intento de pasar las horas aplastado por el calor, sino que dejaba que el tiempo pasara por él.

—Ni siquiera tenemos un retrato hablado —alcanzó a decir Watson, incómodo por la presión del calor y la falta de aire en el ambiente.

—No hace falta. Lo conozco demasiado. Es uno de esos hombres de infinita paciencia, de astucia incomparable con una sonrisa en los labios y veneno en el corazón.

Holmes miró su pipa descansando en la mesa y fue hacia ella sin miedo, no como cuando los hombres van hacia la mujer de sus deseos, con la

incertidumbre del rechazo, sino convencido que estaba allí para él, a su disposición, sin reclamos, sin celos ni tormentos sentimentales.

Watson lo miraba con disgusto de estar ahí asándose de calor y en un país desconocido donde no sabía ni cómo pedir un vaso con agua.

Holmes siguió hablando:

—Es alto y delgado. Tiene la frente amplia que sobresale en curva, cejas pobladas, unos crueles ojos azules hundidos en las órbitas y sus párpados están siempre entrecerrados. Su cara es pálida, de aire ascético con una nariz agresiva y conserva en sus facciones algún vestigio del doctor que ha sido. Su mandíbula es fuerte y luce un bigote negro. Es viril aunque siniestro. Es, en conclusión, el ser más miserable y letal que reptaba bajo el sol.

—Y la ironía es que tiene una profesión para salvar vidas —valoró Watson, espantando el calor.

—Cuando un médico se malea, puede resultar el mayor de los criminales. Tiene sangre fría y sabe muchas cosas —concluyó el investigador.

Holmes aspiraba el humo de la pipa como si su influencia calmante le fuera grata.

Durante las pausas, Watson pensaba que no había placer más vivo que seguir a Holmes en sus investigaciones profesionales y admirar sus rápidas deducciones que, a pesar de parecer intuiciones por lo instantáneas que eran dichas, estaban fundadas siempre en la lógica y la razón.

Creía que cuando Holmes se especializó y desplegó sus dotes en la criminología, el teatro perdió un excelente actor y, la ciencia, un agudo razonador.

Holmes se frotó las manos y con la pipa incrustada en los labios se levantó y preparó un trago de whisky.

—Es un ser sin humanidad, un cerebro sin corazón, tan escaso de simpatía humana como de sobrada inteligencia. Sin embargo, su actuar es a todas vistas criminal, pero definitivamente lo ha convertido en un arte: el arte de matar y escapar. El arte de quitar una vida y esfumarse como la niebla en el día. Muchos se asustarán de esta afirmación, pero en mi vida he visto que cuando el arte se lleva en las venas, puede adoptar las más extraordinarias manifestaciones —explicó observando cómo el líquido subía a la mitad del vaso.

Continuó:

—Estoy seguro que Jack vivía cerca del escenario de su primer crimen. Sus asesinatos no tienen móviles. Simplemente le producen placer y por eso es más difícil establecer un patrón de conducta. Es narcisista y sádico, despiadado, astuto y bien organizado, pues conocía la zona para eludir con facilidad a la policía. Tiene entre veinte y cuarenta años, es de raza blanca y busca desesperadamente el reconocimiento de sus acciones. Sus cartas retan a las autoridades y pretende probar que quien manda es él. Sin embargo, a pesar

de sus malas intenciones sabía convencer a las mujeres, pues en vez de cuidarse, iban con él voluntariamente a un lugar donde era poco probable que los sorprendieran. Jack no esperaba una oportunidad. Eran ellas quienes gratuitamente se la brindaban. Todas las víctimas eran mujeres de vida disoluta. Todas tenían entre treinta y cuarenta años y eran adictas al alcohol. Jack supo elegir las como quien las hubiera perseguido toda la vida para conocer sus debilidades. En fin, es la máquina asesina más perfecta que he conocido, Watson. Es metódico, consistente y cuidadoso en identificar a sus víctimas, pero aquí llegó a su última parada de su camino de muerte.

Watson estaba tan quieto como una estatua, sin embargo seguía transpirando.

Una gota resbaló y llegó a su ojo. Otra amenazó con entrar en el oído.

Se sentía mareado.

—No debés pensar en el calor —aconsejó Holmes—, pensá que estás en Inglaterra en una mañana de verano bebiendo té.

Siguió hablando:

—...Nuestro asesino se cree un dios. Es el que siente la sorpresa, el miedo, el dolor, el ruego, la súplica, el último aliento de vida. Se siente real y su víctima es nada más un papel o una pieza de su obra... Si pudiera vencer a ese hombre, si pudiera librar de él a la sociedad sentiría que mi propia carrera ha llegado a su cúspide y estaría dispuesto a entrar en una vida más plácida.

Holmes se levantó y miró a través de la ventana.

La noche era oscura, acompañada de un concierto de insectos.

Volvió a su silla y extendió las piernas con las manos hundidas en los bolsillos del pantalón, el mentón metido en el pecho y la mirada fija en la oscuridad.

XI

Cuando el barco arribó a San Carlos, Frank Townsend estaba en la proa con los codos apoyados en la madera fumando un cigarro. Recibía en su cara la delicada brisa que le entraba húmeda de la nariz a los pulmones.

Vio la primera draga de las diez que se sumarían para las obras de construcción del Canal Interoceánico y que se usarían para limpiar el río San Juan en cuanto Nicaragua y Costa Rica dirimieran las cláusulas legales de navegación en esas aguas.

Pero el comercio en el poblado de San Carlos estaba paralizado por una sospechosa, numerosa y extraña presencia militar que había tomado posesión de la aduana y el desembarcadero, permitiendo sin embargo el libre tránsito de los viajeros.

Más que eso, la ciudad se encontraba en estado de confusión y espanto por la muerte de dos hermanos gemelos que un día antes se habían acuchillado hasta morir por no haberse conocido las caras en las tinieblas de la noche. Habían salido de tabernas diferentes y se encontraron en el camino, los dos creyeron que eran ladrones.

Sin embargo el rumor del pueblo era otro: que antes de enfrentarse a puñaladas habían escuchado salir de sus bocas palabras preñadas de rencor por un viejo triángulo amoroso.

Los que vieron a Townsend lo asociaron con uno de esos norteamericanos

que hacía la travesía a California.

Al día siguiente embarcó en el vapor Amelia. Aunque le fascinó la fuerte vegetación, las islas y los volcanes, no quiso verlos tanto y se dedicó a dormir y comer dentro del camarote. A siete millas por hora llegó a Rivas un día y medio después y en cuanto desembarcó compró boletos del ferrocarril para viajar a Managua en una travesía de ocho horas más.

Mientras recorría el paisaje en el tren que lo trasladaba a la capital, dos volcanes y el extenso lago le impresionaron durante las primeras horas.

Borracho de tanta belleza que desfilaba ante sus ojos, se durmió.

En la capital se alojó en el Hotel Brown, donde en la cama demasiado pequeña dio vueltas varias horas oyendo los ruidos de la ciudad, llena de desafío e insinuación de nuevos placeres.

La gente circulaba con aire sombrío.

De sus ojos había desaparecido el asombro del llamado a la guerra, pero no el intenso brillo de cólera por la invasión. Era el único pueblo del mundo que siempre había sufrido conquistas y derrotas durante siglos, primero entre ellos mismos, más tarde los españoles, después los estadounidenses, luego los británicos, más recientemente los colombianos y ahora, para colmo, los costarricenses, y dudaban si en realidad sus tropas podían triunfar.

Hablaban en monosílabos, pensaban en la guerra, en sí mismos y en el pasado. Treinta años de paz y ahora con brusquedad todo cambiaba.

Aunque se había declarado el toque de queda, Townsend salió por la noche. Caminó por las calles oscuras hasta que vio una mujer avanzando hacia él.

Volvió al hotel en la madrugada.

Se sentía aliviado y reconfortado.

Se acostó todavía con la ropa puesta, consciente de su largo esqueleto cobijado bajo extrañas sábanas o él era un forastero para ellas, oyendo los débiles ruidos nocturnos en el edificio, pasos huecos por la madera que acababan al final del pasillo, alguien tosiendo, un abrir y cerrar de puertas y afuera el susurrar de las hojas de los árboles.

Su cuerpo y su cerebro se vaciaban hacia la oscuridad, alejándose más y más hasta no escuchar nada, navegando en el inmenso vientre de los sueños.

¿Adónde vas?, —le preguntó la extraña voz que siempre lo acompañaba. *A ninguna parte*, —contestó enredado en volver a la realidad.

Se despertó a las siete de la mañana y dos horas después desayunó.

Sentado al lado de la ventana del restaurante vio a un grupo de personas caminando con celeridad. Pasaron por el frente del hotel y volvieron.

El tumulto rodeaba el cuerpo de una mujer que iba en una carreta protegida por una frazada color café. Al descubierto sólo quedaban sus zapatos manchados de sangre seca.

La gente abandonó sus deberes y vio desfilar la carreta impulsada por dos

bueyes.

—¡Dios misericordioso! —expresó una de las mujeres sosteniéndose la boca con las manos.

—No me atrevo a ver —dijo otra volteando la cabeza y, para mayor seguridad, se tapó sus ojos con su mano derecha.

—¡Fueron los ticos! —denunció un hombre— ¡La violaron y la mataron!

—¡Le sacaron las tripas! —secundó otro.

El grupo, que ya era una multitud, se congregó en la plaza central.

—¡Hay que matarlos! —exigió un tercero.

Townsend había terminado de comer y preguntó:

—¿Qué pasa?

—Que soldados costarricenses mataron a una muchacha. Invadieron Nicaragua y quieren robarse el río San Juan —resumió una de las sirvientas.

Townsend salió y vio a la gente.

Fue a su habitación y se sentó en la cama a pensar dónde ir porque las cosas estaban bastante alborotadas con sólo una mujer asesinada. El ruido llegaba hasta el hotel, a veces leve y otras fuerte por el viento.

Townsend preparó su maleta y preguntó dónde se tomaba el tren a Granada.

—A tres cuadras de aquí, al norte —le explicaron.

Hizo el recorrido en tren sentado junto a la ventana, recostado contra la

pared y el codo salido en el borde de la ventana viendo el terreno. Cuando estuvo en Granada encontró el ambiente igual de tenso.

La gente no se detenía mucho en la calle. Entraban en sus casas, cerraban las puertas y cuando pasaban soldados, éstos sentían que desde atrás de las ventanas los observaban cientos de ojos temerosos. Durante el día, los pobladores iban a los almacenes a comprar comida, pagaban y se marchaban sin despedirse del vendedor.

Se alojó en el Hotel Palmeras. Por la noche salió por cuatro horas y regresó. En la entrada del hotel tiró el cigarrillo que fumaba, se sentó en el último escalón y se quitó el barro de los zapatos con una pequeña navaja que colgaba de la cadena de su reloj.

Preguntó dónde podía encontrar tabaco y fue a comprar. En la tienda se presentó como administrador. Deseaba encontrar alguna compañía norteamericana que necesitara personal. Le dijeron que en León. Sí, ahí estaban varias empresas extranjeras dedicadas al cultivo de caña y en Matagalpa en la siembra de café, le anunciaron.

A los dos días salió de Granada quejándose de lo pequeño que le resultaban estas ciudades y dejando atrás una multitud de mulatos armados con hachas y machetes pidiendo las cabezas de soldados ticos que habían asesinado a dos mujeres más.

Cuando llegó a Masaya encontró al pueblo refugiado en sus casas porque

afuera, en el aire, acechaba la muerte.

Caminando con su maleta, fue avanzando por sus calles hasta que un capitán con tres soldados a su cargo le hizo señal de detenerse.

Townsend dejó la maleta en el suelo y el capitán gritó:

—¡Soldado!

El soldado se acercó a Townsend que se quedó inmóvil. Levantó los brazos y el oficial le palpó los bolsillos del pantalón, siguió tocando y sus manos se detuvieron en el saco, del que extrajo un aplastado estuche de cuero que entregó al capitán.

El capitán lo abrió, vio que contenía un sencillo instrumento quirúrgico — parecía un escalpelo—, volvió a cerrarlo y se lo regresó.

Townsend les dedicó una sonrisa, tomó su maleta y siguió su camino.

Varios soldados protegían la plaza central.

Decidió hospedarse en el Hotel Imperial.

No comió. Sentía el estómago revuelto y fue al excusado más de tres veces en una hora.

Se había quedado sentado en una de las mesas del restaurante aguantando el dolor. Estaba pálido y transpiraba.

El dueño del hotel se le acercó.

—Es la venganza del güegüense —le dijo—, la comida es muy pesada para su estómago.

—Se le pasará en unos días —volvió a decir.

Townsend le dio las gracias y pidió un café.

Salió y regresó casi al amanecer.

A las nueve de la mañana se levantó y en la recepción preguntó por las empresas estadounidenses.

Visitó varios lugares pero no había cupo, sin embargo le invitaron a la fiesta del viernes en el Club Social.

Tres días después partió hacia Matagalpa.

En la plaza de Masaya los cuerpos de dos mujeres fueron expuestos ante una concentración de hombres gritones, mujeres lloronas y niños desconcertados.

—¡Llamen a la policía y castiguen a los culpables! —exigió una mujer.

XII

—Carlos Navas —dijo el forense.

Holmes le extendió la mano con un saludo que fue interpretado como muy sincero y expresivo, mientras Watson se quitaba la gorra en señal de respeto.

—Ustedes deben ser los de Scotland...

—No, somos detectives con visión más amplia —se adelantó Watson.

—Somos investigadores de muertes discutibles —corrigió Holmes.

—¡Pero están indiscutiblemente muertas! —les respondió el forense Navas.

—Eso es más que evidente, señor. Lo que hacemos es determinar cómo fueron asesinadas, cuándo, dónde, quién, con qué, por qué y para qué —expuso Holmes en tono catedrático, como si hablara para un público analfabeto.

—Venimos de donde el jefe de... —se apresuró Watson incómodo, pero fue interrumpido.

—Lo sé —cortó el forense—, pueblo pequeño, infierno grande. Aquí se sabe todo, incluso antes que ocurra.

Siguieron al forense.

Su lugar de trabajo estaba impecable. En la mesa de disección había huesos, cabezas, manos, piernas y tórax recién examinados.

De la segunda gaveta de su escritorio sacó el informe de la primera muerte

y se lo pasó al investigador.

Holmes lo leyó:

“...Mujer de ojos marrón, complexión baja y pelo castaño. Faltan cinco dientes y el resto de su dentadura está descolorida. Tiene pómulos grandes y una cicatriz en la frente a causa de una lesión de vieja data. Al momento de ser encontrada tenía un sombrero de paja, un vestido café aterciopelado, medias negras, dos enaguas y un pantalón corto oscuro. Llevaba una peineta, un pañuelo blanco y una pequeña pieza rota de vidrio.

Luego de inspeccionar el cuerpo se concluye que hay una pequeña laceración en su lengua. Hay una contusión a lo largo de la parte derecha de la cara causada presumiblemente por un puñetazo.

Tiene una equimosis circular del lado izquierdo de la cara que pudo ser provocada por un golpe contundente. En el lado derecho del cuello hay una incisión de una pulgada abierta con destreza y que corre cinco pulgadas hasta la oreja izquierda.

En el mismo lado, pero una pulgada más abajo, hay un corte circular que termina con una profundidad de tres pulgadas a la izquierda. Las perforaciones afectaron por completo el tejido muscular.

Los vasos sanguíneos del cuello fueron muy dañados, confirmando que hubo un corte profundo con intención de quitar la vida a la víctima de forma inmediata. Las perforaciones en definitiva fueron causadas por una larga hoja de cuchillo bastante afilado y usado con gran violencia. Hay, en total, nueve heridas en la garganta, cinco en el pulmón derecho, dos en el izquierdo y una profunda en el corazón.

En la parte baja del abdomen se encontró una severa incisión de ocho pulgadas de largo. El tejido muscular fue cortado directamente. Cuando se examinó la cavidad se verificó la falta del páncreas y el riñón.

Los daños fueron causados con el mismo instrumento. Llama la atención que el atacante usara con destacada habilidad el arma y que localizara zonas del cuerpo tan específicas.”

—¿Quién era? —preguntó Holmes.

—No sabemos —reveló el forense.

—Quiero ver el cuerpo —pidió Holmes.

Cuando entraron al cuarto, Watson se sacó un pañuelo.

Descubrieron el cadáver y el aroma de la muerte golpeó sus narices.

Holmes lo examinó con las manos desnudas. Sacó su lupa y con calma recorrió cada pulgada de los restos como si a través de la lente descubriera

códigos secretos diciendo frecuentes “hummm” cada vez que descifraba alguna pista hasta ahora escondida a los ojos de los demás.

Media hora después dio un paso atrás y dio la espalda a sus compañeros.

Sacó su pipa y la llenó de tabaco. Prendió el fósforo frotándolo con la madera, se volvió seguro hacia ellos y con aire solemne les reveló:

—Es una mujer de entre 20 y 24 años. Tuvo al menos dos hijos. El primero a los 17 años. El segundo tres años después. La dentadura indica que por lo general prefería comer carne suave, tal vez pescado. Tiene un defecto en la espina dorsal. De seguro se dedicaba a cargar objetos pesados. Usó zapatos hasta después de los veinte. Hay deformaciones en los talones y además fumaba tabaco y era diestra.

El doctor Navas preguntó con su expresión facial en qué se basaba para ofrecer estas detalladas conclusiones cuando él hacía semanas había invertido casi tres días de trabajo en desentrañar a quién pertenecía ese maltratado cuerpo.

—Mis aseveraciones son, si usted me disculpa, de carácter elemental para alguien dedicado a la medicina forense. El hueso de la pelvis tiene la marca característica de una mujer que ha tenido dos partos. Aquí —le señaló en el centro de la pelvis— fumaba porque el hueso del brazo derecho donde se une con el antebrazo está más desgastado que el del brazo izquierdo y el tercero y cuarto disco de la columna vertebral están abollados. Yo estimo que en vida

tenía frecuentes dolores de espalda.

Eran casi las tres de la tarde. Holmes ordenaba su maleta para ir a Granada junto a Watson, quien la había preparado desde un día antes con calma.

Entonces el forense Navas llamó a la puerta.

—Encontraron a la familia. Todas sus apreciaciones fueron correctas. Tuvo dos hijos que estaban al cuidado de su abuela, tenía 22 años y a diario cargaba agua desde el río a su casa a dos kilómetros hacia la montaña. La familia vive a treinta kilómetros de aquí y el día de su desaparición vino a la capital a comprar tabaco. Algunas veces se quedaba varias semanas en casa de familiares y por eso no la reportaron como desaparecida.

Cuando salió el forense, Watson vio a su compañero más inmortal que nunca.

Holmes, juntando las yemas de los dedos en estado de reflexión, sentado con las piernas alargadas hacia delante y mirando al techo, le dijo:

—La gente ve pero nunca se fija, mi querido Watson. Mis colegas olvidan siempre que en esta profesión hay que separar las pistas fundamentales de las accesorias. Y lo otro que constantemente se pasa por alto es que sin importar el caso que se tenga entre manos, lo que se necesitan son datos para teorizar sobre ellos. ¡Datos, Watson! No se puede fabricar ladrillos sin arcilla.

—¿Estaremos frente a un asesino perfecto? —preguntó el inquieto Watson,

sabiendo que, como siempre, Holmes tenía preparada la respuesta desde hacía mucho.

—En el azar todo es posible... Pero nosotros nos encargaremos de evitarlo —le contestó con mirada segura.

Watson se quedó pensativo. Más de una hora estuvo recordando a su mujer muerta mientras Holmes consumía tres cargamentos de tabaco en su pipa. Se levantó y fue hacia la ventana, desde donde vio el gran lago azul presente en el paisaje de la ciudad.

—Mi querido Watson, la vida es como el clima. Nunca sabemos cuándo cambiará.

Watson abandonó sus pensamientos.

—Es el amor que no termina —le dijo a su compañero con un nudo en la garganta, sabiendo que Holmes conocía de sus penas.

—Amigo mío —contestó éste sin verlo—, el amor es un sentimiento y todo sentimiento es contrario a la fría razón. Para mí lo único respetable y digno de consideración en esta vida es la lógica, por lo que no me casaré nunca, a no ser que pierda por completo la cabeza, pero en tu caso te comprendo y siento mucho la pérdida que tuviste.

Watson sabía que las afirmaciones de Holmes sobre su distanciamiento a las mujeres eran un tanto falsas, estimando que nada más tenía miedo de entregarse a ese sentimiento compartido porque sabía que el amor no aceptaba

la desolación que al final del día deja la desnuda razón.

Holmes se volvió hacia él abriendo una botella de licor:

—La gran proeza de la humanidad es levantarse al día siguiente y tratar de seguir con vida soportando la tragedia en que vivimos —estimó Holmes saboreando un trago de whisky de la botella.

—Tenemos más visitas —anunció Watson, oyendo los pasos que chocaban y crujían en el piso de madera.

Era el coronel Evaristo Carazo, el jefe de la Policía Salvador Castrillo, el ministro de la Presidencia, capitán Alberto Membreño y el escribano Lizandro Ocón.

Antes que tocaran la puerta, Holmes dio vuelta al picaporte, abrió y les invitó a pasar.

—¿Dicen que usted es el investigador más famoso de la historia? —preguntó el coronel Carazo tendiéndole la mano y ofreciéndole una sonrisa bastante sincera, pero no tan convincente para ser creída.

—Uno vive de la mala fama —contestó Holmes, ofreciendo su mano y dando paso para que entraran— le presento a mi compañero, John Watson.

El coronel Carazo saludó con desdén a Watson y vio la botella de whisky a la mitad, descansando en la mesa.

Watson, que había visto los ojos curiosos del coronel Carazo, buscó cuatro vasos y les sirvió. El coronel Carazo tomó el vaso, por un momento miró el

líquido y lo bebió de un solo trago arrugando la cara.

—¡Cuerpo hipócrita! —comentó el coronel Carazo contrayendo la cara y limpiándose los labios con la manga de la camisa— sírvame otro.

Se sentaron y Holmes esperó a que el coronel Carazo hablara.

—Me dicen que busca un asesino...

—Efectivamente —respondió.

—Pues en este país sólo hay traidores —resumió el ministro de la Presidencia, capitán Alberto Membreño.

—Es el reflejo de la sociedad —continuó Watson.

—Sí —agregó el coronel Carazo—, la herencia de la traición que ustedes nos dejaron...

—Estamos interesados en los asesinatos de seis mujeres —volvió Holmes.

—Las mataron los ticos —concluyó el coronel Carazo mientras los funcionarios se cruzaban miradas unos a otros sin hacer ningún gesto que los denunciara.

—Pero... —trató de decir Watson.

—Pero nada. ¡Aquí las cosas son como yo las digo! —terminó el coronel Carazo levantándose y bebiendo el trago de whisky.

Los demás lo imitaron tan rápido como si tenían resortes en las piernas, lamentándose de no haber probado el licor.

Cuando se despidieron, Holmes y Watson quedaron solos en la habitación, acabaron con la botella de whisky y cruzaron miradas de no rendirse y seguir adelante.

—Este presidente es bastante estúpido, pero eso lo hace muy peligroso... Esto es una mala combinación política y un peligro para nosotros, porque no descansará hasta vernos lejos —alertó Holmes.

—Lo que no entiende es que sin agallas no hay gloria —valoró Watson.

—¡Han sido las mejores palabras que he escuchado de vos en mucho tiempo! —le felicitó Holmes, dándole una palmada en el hombro.

Por la tarde tomaron el tren hacia Granada.

Ya sentado, Holmes sin oír las animadas conversaciones, apoyó el codo en la ventana y recostó su mejilla en la palma de la mano, cerró los ojos y se durmió.

XIII

En el sueño estaba recostado bajo la sombra de una palmera viendo la playa de Granada. El agua estaba sucia. Arriba, varios buitres se deslizaban en el aire en círculos.

Se despertó transpirando.

Del mismo modo que un relámpago en la noche muestra en un instante los detalles del paisaje, el coronel Carazo entendió el significado del sueño. Extendió las piernas y se agitó debajo de las sábanas para desentumecerse, preguntándose por qué todo era como era: abandono, soledad, traición, dolor y muerte.

Mandó llamar al ministro de la Presidencia, capitán Alberto Membreño.

Llegó en quince minutos.

—Demasiado tiempo hacés esperar a un viejo que tiene sus días contados —reclamó el coronel Carazo acariciando su bastón de ébano, de cuya empuñadura ahora colgaban dos borlas de terciopelo oscuro.

Se disculpó y escuchó las indicaciones:

—Tráigame al gobernador militar de Granada.

—¿Para qué?

—Cuando le dé una orden, no pregunte —lo reprendió sereno.

El coronel Carazo pensó: “De vez en cuando se encuentra un buitre entre las águilas.”

A las tres de la tarde estaban el Ministro de la Presidencia, capitán Alberto Membreño; el escribano Lizandro Ocón y el coronel Agatón Solórzano en la sala de espera de la Casa Presidencial.

El coronel Carazo se apareció con un vaso con limonada y se sentó.

Dirigió una mirada granítica al grupo y luego la concentró en el gobernador.

—Decime ¿por qué? Yo que confié en vos, que te di Granada para que la administraras, para que velaras por sus ciudadanos, ahora me pagás con la traición.

Al coronel Solórzano lo invadió el miedo, pero no bajó la mirada y lo vio inmutable como si de verdad se enfrentara a la muerte directo a los ojos.

No habló. Sentía sed y supuso que era por lo que le esperaba.

—Te metiste a un negocio en el que las traiciones se pagan hasta el último centavo —le adelantó el coronel Carazo con mirada asesina.

Apuñaló el aire con su dedo índice ordenando al ministro capitán Membreño:

—¡Llévalo a la cárcel y que cante... Tiene que decir quiénes son los traidores! —exclamó clavando la mirada en los ojos del que no era más sospechoso, sino acusado, condenado y muerto viviente.

El escribano Lizandro Ocón no pronunció palabra y se dedicó el día entero a escribir los últimos sucesos para que quedaran registrados en el libro de

memoria del gobierno.

Al atardecer cerró el libro y se dirigió al coronel Carazo:

—La rabia no ayuda en estos casos —le aconsejó.

—Si rabia fuera, yo mismo lo mato —le contestó el coronel Carazo con ojos furiosos e indignados por tanto irrespeto— es siempre la maldita deslealtad. No podemos confiar ni en nosotros mismos.

El ministro de la Presidencia, capitán Alberto Membreño, regresó entrada las diez de la noche y encontró al coronel Carazo sentado, con los ojos cerrados, pero despierto: el plan consistía en que el coronel Solórzano, en contubernio con el capitán Antonio Rodríguez y el oficial Francisco Gómez, entregarían el cuartel el último día del mes a conspiradores de León, Granada y Managua para desde ahí lanzar un golpe militar y derrocarlo.

Por la mañana asistieron los tres militares con cara de desvelo y sufrimiento. El coronel Solórzano tenía hinchado el lado derecho de la cara. El pómulo había crecido hasta reventar con un color azulado.

—Me entregan sus medallas y firman la renuncia —les exigió el coronel Carazo.

Todos obedecieron y fueron escoltados por diez soldados. El sonido de los pasos se perdió en el vacío de la gran casa hasta que sólo quedó el aterrador silencio.

El ministro de la Presidencia, capitán Membreño, observó al coronel

Carazo con miedo, esperando que no diera la orden.

—Que los fusilen —exigió tranquilo el coronel Carazo con voz seca.

—Pero hay que hacerles un juicio militar —replicó el ministro de la Presidencia, capitán Membreño.

—¡Que los fusilen, maldita sea! —gritó dándole la espalda y dejando que el silencio en la casa adquiriera una densidad metálica.

Ya los conspiradores estaban excomulgados de la vida militar por su rebeldía, ya eran presa del ajuste de cuentas que siempre el ejército hacía, como si ellos fueran los encargados de decidir quién vivía o moría, los que tenían en sus manos el poder de obviar las leyes y declarar la pena de muerte a los testafierros de los traidores, más que a los verdaderos culpables de las tramas políticas, aumentando la desconfianza, el odio y el rencor de los ciudadanos. Y así sería por siempre.

Desde la ventana, el coronel Carazo escuchó los disparos, pero no vio que antes que el Ministro de la Presidencia, capitán Membreño, diera la orden, el coronel Solórzano sepultó su cara entre sus manos y empezó a llorar.

El ministro de la Presidencia, capitán Membreño, volvió y le preguntó cómo había descubierto el complot.

—Lo soñé —le aseguró— pero todavía no ha terminado. Que mañana nombren a mi sobrino, el capitán Francisco Carazo, en el puesto vacante.

El cuatro de febrero, los diarios El Tiempo, El Diario Nicaragüense, El

Diarito y El Eco publicaron en titulares principales: “Complot”, “Fusilan a traidores”, “Granada repudia intento de golpe” y “Los fusilaron sin juicio”.

El Eco difundió una pequeña, pero vehemente carta del coronel Agatón Solórzano, facilitada por su esposa Claribel Zambrana:

“Declaro que no he merecido la muerte porque no he cometido más falta que tratar de liberar a Nicaragua de las manos de un loco y procurar la paz de la República. Por consiguiente, mi muerte es un asesinato, tanto más agravante porque no se me ha juzgado ni oído”.

En la madrugada un incendio consumió el edificio del periódico, dejando a la vista el esqueleto de las máquinas derretidas por el fuego.

Al fin de esa semana Claribel Zambrana y sus hijos Miguel, Augusto y Juan fueron escoltados a la frontera de Nicaragua con Honduras, donde tres oficiales los entregaron a las autoridades aduaneras de ese país, alegando que habían sido expulsados y dejados sin nacionalidad por traición a la patria.

Dos días después, al salir de su despacho, el subsecretario de Hacienda, Teniente Coronel Pedro Ortega cayó muerto. Hacía más de veinte años que trabajaba en la Secretaría de Hacienda. Tenía una vida limpia de humo en los pulmones, de licor en el estómago y sin grasas en las comidas con usuales

caminatas diurnas al bosque con su perra llamada Tita y había ascendido de cargos por su desenvoltura en el discurso más que por su experiencia administrativa.

Mientras su cadáver era velado, en las primeras horas de la madrugada falleció el coronel Indalecio Cortez, un hombre retirado de la vida pública, pero no de las intrigas políticas, que había sido capaz de convocar a soldados cuando más los necesitaba el país y de desbaratar tres complots en su contra, aunque sus últimos días los había malgastado en un miedo frecuente y creciente a ser asesinado por anteriores contrincantes.

Su miedo era tal que tenía diez soldados dentro de su propiedad y otro más delegado para probar su comida. Según el dictamen médico, su muerte fue a causa de una enfermedad prostática.

Los dos entierros se hicieron el mismo día.

Entre la multitud, José de la Paz Cuadra, prefecto de Managua y considerado una de las pocas personas con una amabilidad desbordante, llegó cuando el sepelio avanzaba.

Ante los presentes, el prefecto Cuadra dio sus condolencias como siempre, saludando a quien lo miraba y retirándose una y otra vez el sombrero de paja cada vez que una dama le sonreía.

Sin embargo, cansado se apoyó en el hombro del general Inocente Moreira, desplomándose y muriendo al rato en los brazos de su acompañante.

El resultado forense atribuyó su deceso a un infarto causado por insolación.

Tres días después, el magistrado de la Corte de Centro, Casimiro Aróstegui, un conspirador con cara de niño inocente y aficionado al aguardiente y al picante en la comida, ingirió una dosis mortal de ácido fénico que le produjo una lenta y dolorosa muerte.

Aliviado de dolores en la espalda que se manifestaron durante la semana, el coronel Carazo decretó desde el desolado y tibio amparo de su cuarto dos días de “Duelo Nacional” por las muertes, y descansó en su habitación por largas horas sin asistir a ninguna de las inhumaciones.

—Muchos años de mascar rencor y sacarle filo a la venganza... —pensaba el coronel Carazo— Eulalia, la venganza es mía...

Era el once de marzo y Rubén Darío no se había presentado a dar respetos y agradecer las gestiones del coronel Carazo para que regresara al país. Para reducir su cólera, había leído *Azul...*, *Abrojos* y *Emelina*, escritos por el que ahora lo ignoraba.

Se los envió el poeta Eduardo Poirier desde Chile, donde las ediciones se habían agotado en menos de diez días, anunciándole en la víspera el pronto arribo del bardo nicaragüense.

Luego de sus batallas de licor en Managua, Darío se trasladó a León donde continuó su campaña alcohólica y se enredó en amoríos de pocos días que le alejaron de las responsabilidades sociales que debía cumplir.

El coronel Carazo enfurecido decidió no darle la prometida legación en España y anunció que, aunque asistiera a la cita, no lo recibiría.

En mayo, Darío, dolido pero no arrepentido, decidió viajar a Santa Tecla en El Salvador, enviando al coronel Carazo el fragmento de su poema aún inconcluso:

Temblad, temblad, tiranos en vuestras reales sillas.

*Ni piedra sobre piedra de todas las Basílicas mañana
quedará.*

Tu hoguera en todas partes ¡Oh Democracia! Inflamas.

Tus anchos pabellones son nuestras oriflamas...

y al viento flotan ya.

XIV

Holmes, acomodado en la cama del cuarto número siete del Hotel Colonial en Granada, con la pipa humeando, leyó otro de los informes facilitados por el jefe de la Policía de ese departamento, capitán Abelardo Cuadra, mientras Watson volvía a instalar el peregrino mosquitero.

Cinco pies de alto. Treinta y ocho años. Ojos negros, cabello negro, excelente dentadura. Estaba poco alimentada y sufría de tuberculosis crónica. Nació el dos de septiembre de 1851.

Nombre: Rosa Guadalupe Soledad Trinidad Pérez.

Se unió en relación de concubinato con Juan Toribio Zeledón Almendárez en 1869.

Tenía tres hijos: Anastasio que nació en 1870, Amanda en 1873 y Emilio en 1881. Anastasio murió de meningitis a los doce años. Emilio padecía de parálisis y Amanda trabajaba de malabarista en un circo en Honduras cuando murió su madre.

En 1885 se separó de Toribio Zeledón.

En varias ocasiones fue amonestada y arrestada por agentes de la metrópoli de Granada bajo los cargos de comportamiento inmoral y alcoholismo.

Vecinos de la casa de la señora Rosa Trinidad aseguraron a la policía que Toribio Zeledón le enviaba veinticinco centavos de córdoba a la semana, hasta que murió de cirrosis en 1886.

La policía confirmó que la víctima vivía con el señor Edmundo Sotomayor en una casa ubicada a tres kilómetros de la plaza central.

En 1887 Rosa Trinidad atendió el funeral de su hermano, Alberto Agustín Trinidad Pérez, de 32 años, quien murió por quemaduras producidas por la explosión de una lámpara de petróleo cuando dormía en su habitación.

Tres personas se encontraban cerca del lugar donde fue cometido el asesinato.

El primero, Ricardo de los Ángeles Talavera Moreira, de oficio albañil, relató que caminaba por la tercera calle sur de la avenida central cuando escuchó a una mujer gritando: “¡No!” Apresuró el paso y percibió que algo caía contra el piso.

El zapatero Macías de la Concepción Beteta Artola narró que a la misma hora vio a un hombre correr calle abajo. Según su relato, decidió averiguar qué pasaba, salió y al estar en el lugar de donde presumía que había venido el hombre, encontró a Ricardo Talavera de pie junto al cuerpo, quien le expresó: “Creo que respira aunque

un poquito”.

Cuando acudieron los agentes David Tenorio Bustamante y Luis Flores García, Macías Beteta les dijo: “Su vida se extinguió hace pocos minutos”.

Según el testigo, el asesino tenía complexión fuerte, un sombrero de cazador y lo que parecía una espada.

La tercera testigo, Gerarda López Villarreal, de 45 años y de oficio costurera, relató que caminaba por la segunda calle marginal que desemboca en la central cuando vio pasar a la víctima junto a un hombre.

Ella le decía: “No, esta noche no”, pero a continuación el hombre le preguntó: “¿Lo harás por mí?” Relató que seguido el hombre la abrazó, le dio un beso y le dijo: “Podrás no decir nada, pero suplicarás y rogarás” y se fueron caminando hasta perderse en la oscuridad.

El padre de la víctima, Constantino Trinidad Vázquez, de 70 años y de oficio vigilante del Parque Libertad, afirmó a este servidor que su hija “en los últimos meses tenía un comportamiento libertino y se emborrachaba como si supiera que iba a tener un mal final”.

Al arribar los peritos de la policía, encontraron el cuerpo de

Rosa Soledad Trinidad bajo el puente de los Jardines de Narciso.

Llevaba puesto un vestido claro, medias negras, corpiño marrón, dos enaguas, botas a la altura del tobillo, un pañuelo blanco con bordes rojos, tres anillos de cobre en su mano izquierda y un trozo de pan en una envoltura de papel periódico.

Su brazo izquierdo estaba al lado izquierdo del pecho. Las piernas estaban enderezadas. Los pies descansaban en el suelo y los zapatos se encontraron a medio metro del lugar, de forma tal que presumiblemente creemos fueron utilizados en la lucha. Las rodillas de la víctima estaban dobladas hacia fuera.

La cara estaba hinchada y vuelta hacia el lado derecho. La lengua salía de entre los dientes del frente, no más allá de los labios y tenía evidencias de estar inflamada.

El cuerpo estaba mutilado. La rigidez de los miembros no era marcada, pero comenzaba a aparecer. El corte en la garganta no era profundo.

La incisión despellejó el cuello en forma dentada y abarcaba todo el contorno. Había un corte de once pulgadas en el abdomen. El instrumento usado para la garganta y el abdomen fue el mismo. Debió haber sido muy filoso con una hoja estrecha menor de siete pulgadas de largo.

Pudiera ser, viendo las heridas, que el asesino utilizó un instrumento médico usado para las autopsias.

Este servidor forense puede asegurar que el deceso ocurrió hace nomás de tres horas. Aunque el cuerpo estaba frío, la rigidez pudo ser a causa de la pérdida total de sangre.

Hay una magulladura al lado izquierdo de la sien. Arriba del párpado hay otra y dos más en cada lado de los dedos de la mano izquierda. Hay daño en la mitad del hueso de la mano.

Las punzadas en la garganta indican que fueron hechas desde el lado izquierdo del cuello. Hay otras mutilaciones en la parte izquierda de la columna vertebral, pero ocurrieron cuando la víctima había muerto.

El abdomen fue abierto. Los intestinos fueron sacados con tal acción como si escarbaran y puestos en los hombros del cadáver. Una porción de la vagina y dos tercios del riñón han sido removidos por completo. Estas partes no se encontraron.

Las incisiones fueron limpias evadiendo el recto y dividiendo la vagina lo suficiente bajo para no dañar el espacio cérico uterino.

Obviamente el trabajo fue hecho por un experto que tiene conocimientos anatómicos para permitir asegurar los órganos

pélvicos con un barrido de cuchillo que sería de unas seis pulgadas. Es probable que le tomara alrededor de quince minutos el retirar los órganos.

Dos días después este forense buscó a los testigos antes mencionados para que aportaran más información, pero se negaron a hacerlo, incluso bajo amenaza de cárcel.

Terminó y se lo pasó a Watson.

Holmes se ocupó de la pipa vacía de tabaco. Buscó en la maleta y extrajo una bolsa de cuero grande. Sacó un puño y lo metió en la más pequeña, de la que con tres dedos la fue llenando. Encendió el fósforo y se acomodó en la cama, apoyando la espalda en la pared.

A medida que leía, Watson se incomodaba más y más.

Sacó un pañuelo.

Comenzó a llorar.

—Es la misma pesadilla —concluyó.

—Es una obra de arte —afirmó Holmes exhalando humo.

—¿El asesinato? —gritó Watson.

—El asesinato y el informe. No tiene nada que enviar a Scotland Yard.

Dentro de cinco minutos entrará por la puerta el autor.

Se levantó, ojeó los periódicos y comentó:

—La prensa es una institución muy valiosa si se sabe utilizar. Pero parece que a este presidente poco le importa. Nadie puede jugar con armas tan afiladas sin acabar cortándose las manos, aunque no cambiemos el tema porque oigo los pasos de nuestro distinguido visitante.

Golpeó dos veces y Holmes abrió.

—Forense Perfecto Lacayo Ramírez para servirle.

—Muy detallado el resumen del caso —le felicitó Holmes, invitándolo a sentarse.

—Gracias, pero aún así nadie hizo caso. Todos estaban locos creyendo que eran soldados ticos, pero estoy convencido que los soldados no tienen conocimientos tan exactos de localización de órganos, sino de armas.

—Comparto su conclusión, pero me quedan dos preguntas: examiné el cadáver en la Escuela de Medicina y por la fractura en el último dedo del pie izquierdo, la presión en el fémur del mismo lado y la pelvis, al parecer fue primero tirada del puente.

—Sí, en el informe no está descrito, pero días después me percaté de ese faltante —reconoció el forense.

—Esto ya no concuerda con la forma de actuar de nuestro amigo... —le comentó Holmes a Watson.

—Tal vez tuvo prisa —le contestó Watson.

—Puede ser eso, o Jack ha comenzado a sentir la presión de ser perseguido —estimó Holmes.

—Ese día había mucha gente en los alrededores. Pudo ser que se sintió acorralado y al fin decidió lanzar a la mujer y abajo acabar su trabajo.

—Puede ser, aunque para Jack perdería su atractivo de extraerle sus órganos en el instante en que moría —analizó Watson.

—Lo segundo es que tenía astillas en los huesos nasales que fueron provocadas por el golpe de un puño. Aplicando las leyes físicas a las leyes de la justicia, debo recordarle que una puñalada crea un patrón de gotas, un proyectil un espectro de rocío y un golpe, un escenario de manchas de sangre grandes en el contorno, por lo que presumo fue lo último lo que dejó de rastro el asesino —evaluó Holmes.

El forense quedó pensativo.

—Yo creo que la asfixió.

—No siempre las hemorragias en los ojos y en la boca indican una muerte por sofocación... En este caso, ella primero fue golpeada y luego lanzada del puente, pero aún estaba consciente. A mi parecer, lo que le provocó la muerte fueron las posteriores heridas en el cuello. A pesar de haberla tirado, después de caer todavía estaba con vida y así Jack pudo continuar su labor con todavía algún gozo —reforzó Holmes.

—Mi conclusión es que no fue un soldado. Fue un hombre con experiencia en medicina de primera. Así lo dije, pero las cosas estaban locas con lo de la guerra.

Holmes se levantó y lo acompañó a la puerta, esparciendo el humo del tabaco por la habitación.

—Muchas gracias. Ha sido un placer conocerlo y si alguna vez necesito de ayuda forense, será el primero a quien acuda. Y no olvide que el testigo más importante en una muerte es siempre la víctima.

Ya sentado, Holmes expresó:

—Tal vez nuestro amigo no es tan brillante en armar hipótesis y su informe deja a la vista algunos errores, pero personas como él que me muestran sus faltas son las que me guían así al sendero correcto de la verdad y estimulan mi curiosidad para dar con la solución del caso.

XV

A medida que el tren se acercaba a Matagalpa, Frank Townsend se sentía más aliviado.

Como un pasajero más, se acomodó en el asiento junto a la ventana sin ver a nadie, como si todos fueran fantasmas y mantuvo su mirada perdida en el paisaje.

El clima frío le producía un efecto tranquilizante y acogedor.

El tren corría balanceándose en las curvas, pasando ruidoso por chozas, atravesando con propiedad las quebradas y los valles.

Tras el largo viaje, disminuyó la velocidad. La sacudida fue repitiéndose hacia atrás de un vagón a otro.

Al fin el tren se detuvo.

Townsend vio por la ventana la sucia estación de escasas dimensiones con el tablón de anuncios lleno de misteriosas inscripciones en tiza blanca.

Bajó.

La neblina cubría la ciudad paralizada.

Encontró un hotel a un kilómetro y decidió tomar una habitación. Se desnudó y durmió hasta las ocho de la noche.

Salió y encontró soldados por las calles. Estaban en cada esquina, perezosos, tiritando de frío.

Fue a una taberna y pidió dos botellas de vino. El tabernero le explicó que no podía venderle, pero comprendió que el cliente no entendía español. Lo escrutó tratando de descubrir a través de esos huesos y esa carne de dónde provenía y por qué estaba ahí, en ese pueblo tan pequeño y desvalido, pero le resultaba difícil.

Era como leer inscripciones antiguas de las que no tenía ningún conocimiento. Sentía más bien que debajo de ese rostro serio y reservado llevaba un permanente antifaz tratando de ocultar algo, tan, tan antiguo, pero reluciente como el encendido sol que, sin embargo, no se podía distinguir por esa hiriente claridad.

Le entregó las botellas, recibió el pago y lo vio salir a la oscuridad, uniéndose a los fantasmas de la noche.

Se guardó una en el sobretodo y la otra la mantuvo agarrada en la mano derecha.

Se detuvo en la esquina cercana a la iglesia El Redentor, inaugurada en 1880. Descubrió al soldado que custodiaba y le ofreció un trago.

Bebieron.

Townsend no hablaba.

El soldado, pensando que el extranjero entendía español, le relató el estado de sitio y de que había enfrentamientos en Managua, Rivas, Granada y León. Era una guerra nacional contra invasores.

Townsend asentía con la cabeza.

Siguieron bebiendo.

Dos horas después dejó al oficial recostado en la acera con el arma en las piernas y la segunda botella casi vacía.

Vagó un poco y vio que de una ventana se veían débiles luces tiritando por el viento. Se acercó y distinguió sentada en una mecedora a una mujer más joven que él, tejiendo. Sus ojos se contrajeron y brillaron como dos amenazadoras puntas de acero.

Ella percibía que alguien afuera, desde la oscuridad, tenía los ojos fijos en su ventana, casi los sentía en su nuca con ese poder de quienes pueden estar hasta dos minutos sin parpadear.

No era una mirada casual ni de algún vecino, porque las conocía, unas envidiosas o con recelo; otras de admiración, de deseo o timidez. Ésta era fría, filosa y fatigosa, algo que nunca había experimentado.

La mujer continuó tejiendo en espera que la mirada se fuera, pero cada vez calculaba que estaba más cerca. Aunque seguía bordando, lo hacía más bien para que esos ojos no vieran que estaba nerviosa, temblando al tratar de hacer los puntos de unión, imaginando cómo sería la horrenda cara en la que estaban ensartados esos terribles ojos que desde hacía diez minutos no la dejaban en paz y que, a pesar del frío del ambiente, le provocaba una transpiración en sus manos de hada que le dificultaba aún más el trabajo de encajes.

La mujer escuchó las cercanas pisadas y congeló el movimiento de sus manos tirando el bordado al suelo al levantarse. Se acercó al mechero, miró la mesa, los anteojos que no le servían para hilvanar y la tijera recostada junto a otra prenda terminada. Instintiva, la tomó desesperada y se la arrimó al pecho, sin embargo no se sintió más aliviada.

Recordó que no había cerrado la puerta y se maldijo para, de inmediato, pedir perdón a Dios.

Oyó el crujir de la puerta y sus ojos se colmaron de horror.

Su esposo había muerto hacía años, no tenía hijos y vivía sola. “¡Sola!”, pensó.

No pudo gritar.

Retrocedió tres pasos, miró el quinqué tiritando por una débil ráfaga de viento frío y ocultó la tijera en su espalda.

Con un soplo nervioso, apagó la luz del candil y percibió los pasos dentro de la casa.

En la oscuridad de la habitación su corazón latía advirtiéndole la sangre que presionaba en sus mejillas y en sus orejas.

Sintió la sombra avanzando y, por primera vez en su vida, experimentó el terror que le recorría los brazos y el cuello como un gusano inmaterial y eléctrico.

Una mano negra le sujetó su muñeca invisible.

Ella se espantó y abrió la boca para gritar, pero se lo impidió la mano que soltó la muñeca mientras la otra le rodeaba con cariño la cintura y abrió los ojos cuando sintió escurrir algo líquido a la altura de su cuello, mientras su verdugo la sujetaba con fuerza sintiendo los latidos desbordados, los quejidos ahogados y la respiración enloquecida hasta que fue cediendo lento en espasmos cada vez más disminuidos, porque nadie muere tan rápido como uno cree, sino que se resiste lo más que puede.

En el otro extremo del pueblo, un perro se quejaba de frío y soledad. Levantando su hocico, gemía hacia la luna y en el momento en que la mujer era descuartizada, el animal se levantó y aulló como pidiendo auxilio.

Uno de los tres soldados de la patrulla que recorría la calle cercana donde se cometía el asesinato, oyó el gemido y propuso:

—Deberíamos pegarle un tiro.

—¿Por qué? —contestó el segundo— dejalo que aülle.

—Es la hora en que salen los muertos —afirmó el tercero.

Townsend, esquivando las patrullas de soldados, volvió entrada las dos de la madrugada y se recostó. Sentía el cuerpo como vidrio molido, las fuerzas lo abandonaban, estaba cansado, pero más que todo se sentía solo.

Las paredes del cuarto comenzaron a moverse en círculo hasta ser un

torbellino. Era como si la tentación consumada hiciera vibrar las tablas del cuarto pidiéndole actuar de nuevo.

Cerró los ojos. Ahora el remolino era más fuerte. Volvió a abrirlos, pero se encontró con la danza de las paredes alumbradas con la tenue luz del candil que también se movilizaba al ritmo desesperante de la espiral.

La noticia sobre la horrenda muerte de la mujer circuló en pocas horas y a las siete de la mañana cada uno de los habitantes del pueblo estaba enterado del asesinato.

De puerta en puerta se hablaba de lo mismo.

Los vecinos se la pasaban comentando el suceso unos a otros en voz baja y la esparcían por el lugar, agregando detalles, unos falsos y otros verdaderos, sobre la mujer que yacía sin vida y con el vientre abierto.

Cuando acudieron los diecinueve soldados que patrullaban el pueblo, incluido el que estaba con resaca, vieron que el gentío se había agrupado fuera de la casa rodeándola. Montaron guardia y esperaron.

El capitán encargado de la zona entró, vio el cadáver y salió para vomitar frente a los vecinos. Malditos ticos, pensó.

El abdomen de la mujer había sido abierto. Sus intestinos fueron despojados de sus ligamentos mesentéricos y los sacaron para colocarlos sobre los hombros de la víctima, mientras que el útero, el riñón y el apéndice habían sido extirpados.

Se ordenó trasladar el cuerpo a la morgue del hospital y ahí mismo un sacerdote bendijo los restos para luego caer desmayado por lo antes visto.

A las dos de la tarde a Townsend le despertaron golpes en la puerta.

Las paredes habían recobrado su inmovilidad, aunque su cabeza le zumbaba. No tardó en recordar que tenía un cuerpo, quién era, dónde estaba y por qué.

Se levantó.

Sentía un pequeño pero agudo dolor de cabeza y tenía los brazos cansados. Se cubrió el cuerpo con la sábana y se frotó los ojos con los dedos para eliminar la arena acumulada.

Abrió la puerta y vio los ojos de la mujer que, más que mirar, parecían atraer, succionar la luz con una fuerza fría, triste y misteriosa.

Sintió que era sugestionado, o más bien fascinado por ese largo cabello negro y grueso, por los ojos oscuros, los labios delgados, por las facciones de ese rostro angelical que le recordaba aquel amor juvenil que lo enloqueció y que hoy volvía a aparecer para hipnotizarlo como un insecto que, encandilado, va directo hacia el brillo de luz que lo destruirá.

Antes que ella le hablara, se desmayó.

XVI

Watson lo zarandeo.

—¡Han perdido el equipaje! —le gritó a Holmes despertándolo.

—Soy un viajero tan curtido en estas aventuras que no puedo preocuparme por la pérdida del equipaje —afirmó levantándose.

—Pero la ropa y...

—Si tenemos los documentos, mi violín, la lupa, el tabaco y el licor, lo demás no importa —le tranquilizó.

No desayunó.

Watson lo entendió. Era una de sus peculiaridades. En sus momentos más intensos de concentración, cuando se preparaba para el desenlace, no comía, a veces incluso abusando de su fuerza férrea hasta caer casi enfermo por el esfuerzo.

Watson lo miró y desaprobó su terquedad. Le pidió ingerir aunque fuera algo pequeño porque tenían un largo día de viaje.

—La cantidad de sangre que el estómago utiliza para la digestión se la quita al cerebro —estimó Holmes, encendiendo su pipa.

Salieron.

En la estación Holmes pidió boletos para Matagalpa.

—Pero Tumblety está en León...

—No, Watson. Vamos a Matagalpa —aclaró Holmes— allí comenzaremos a buscar.

Cuando pasaban por el poblado de Metapa, Holmes mirando por la ventana y echándole una ojeada a su reloj, calculó:

—Vamos bien. Avanzamos a una velocidad media de veinte millas y media por hora.

—No me he fijado en los postes de señalización de distancia —señaló Watson.

—Tampoco yo. Pero los postes telegráficos tienen una separación de sesenta yardas. El cálculo es sencillo.

Viajaron todo el día.

Watson dormitaba y su cuerpo se movía al ritmo de los vaivenes del tren, mientras Holmes se dedicaba a admirar el contorno.

Dos horas después, Watson despertó asustado al ver el ferrocarril repleto de gente. No comprendía cómo podían alcanzar tantos pasajeros.

—Tengo un hermano —le reveló Holmes.

Watson se sorprendió ante la tranquila confesión. Hacía mucho que conocía a Holmes viviendo con él en la intimidad de una existencia común, sin que jamás le oyera hablar de su familia.

—Mis antepasados fueron campesinos hidalgos. Mi abuela era hermana

del artista francés Vernet. Mi padre, Siger Holmes, contrajo matrimonio con Violet Sherrinford, tercera hija de Sir Edward Sherrinford, el cinco de octubre de 1844 en la iglesia de Sidwell de Exeter.

—...El doce de febrero de 1847 nació mi hermano Mycroft. El seis de enero de 1854, a las 11 y 16 minutos de la noche en la hacienda Berleckt en Yorkshire nací y me llamaron William Sherlock Scott Holmes.

El tres de octubre de 1872, Holmes ingresó al Colegio de la iglesia Cristiana de Oxford, donde además de aprender esgrima con el profesor Alphonse Bencin, estudió español, francés, alemán e italiano.

Más tarde se dedicó a pequeños pero profundos estudios de anatomía, especializándose en el aprendizaje de las formas de las manos y los cráneos.

En realidad, para ese entonces, no sabía por qué se interesaba en estos temas, nada más le fascinaban. Se dejó encantar sin tener un plan claro de para qué le serviría, pero sabía que le serían de utilidad en el futuro.

Cuando finalizó su carrera se dedicó de forma autodidacta a investigaciones sobre los derivados del carbón, escribió ensayos de las diferentes cenizas que dejan los cigarros y puros y se interesó en la cartografía.

Devoró uno tras otro los escritos de los científicos de la época, hasta las más recientes teorías sobre el comportamiento humano que lo llevó a la práctica visitando desde hospitales para estudiar a los recién nacidos hasta

yendo a los centros psiquiátricos.

Cuatro años después se matriculó en el Colegio Caius de Cambridge, pero comprendió que no necesitaba de más diplomas ni reconocimientos académicos y, un año más tarde, alquiló una habitación en la calle Montague con el firme propósito de trabajar como detective consultor.

Su primer caso fue El Gloria Scott a pedido de su excompañero de clases Víctor Trevor, mismo que resolvió con relativa rapidez.

Para ese entonces había adquirido los hábitos de observación, aunque no sabía la verdadera importancia ni el determinante papel que desempeñaría en su vida.

Cuando cumplió un año de ofrecer sus servicios, sólo se le habían presentado tres casos, de los cuales los dos últimos habían servido para matar el aburrimiento de la inactividad que la combatía con generosos consumos de opio, cocaína o morfina —las que siempre calificaba de tener propiedades estimulantes y clarificantes— en solución —las dos últimas—, del siete por ciento.

Cuando estaba en esas situaciones de mortal hastío por más de dos meses, se le podían ver en los antebrazos y las costillas pequeñas marcas de aguja, aunque después del frecuente consumo de cocaína y morfina se le sumó el opio y pasaba hasta una semana metido en los sótanos en donde se acomodaba en un sillón de terciopelo rojo, aspiraba el humo del opio preparado y lo dejaba

salir, sintiendo en el torrente de sus venas y en el cerebro el satisfactorio efecto que le causaba hasta quedarse relajado e inmóvil.

Preocupado pensó en dejar la carrera, dedicándose por unos meses a la traducción.

Además, por las tardes acudía a clases de teatro. Su presencia segura y desenvuelta en el escenario impresionaron al público, por lo que en corto tiempo y ante la admiración de su tutor fue obteniendo papeles más difíciles.

El lunes trece de octubre de 1880 hizo su primera aparición importante en los escenarios teatrales londinenses representando a Horacio Hamlet, y el veintitrés de noviembre de ese año embarcó a Estados Unidos con la compañía shakesperiana Sasanoff en una gira de ocho meses que lo distrajo de su postergado oficio.

En Nueva York conoció a Annie Oakley, una muchacha conservadora y pudorosa, quien con apenas veinte años era la revelación de las mujeres que usaban armamento. Ella viajaba por el país de feria en feria, mostrando sus habilidades con un rifle Winchester, ganándose el respeto y admiración de hasta los militares que la llamaban “La pequeña tiro fijo” porque era capaz de volar las llamas de las velas o perforar una moneda a cincuenta metros de distancia.

Pero a Holmes ella —pensaba que la mujer era lesbiana porque ninguna en la tierra era capaz de tener la misma puntería que un hombre— ni el trabajo

teatral que le dejaba gratas satisfacciones le llenaban sus aspiraciones ni lo sorprendía.

En mayo del año siguiente, sin dejar ninguna nota de despedida, por completo decidido de lo que quería hacer de su futuro, preparó sus maletas, abordó el primer barco y regresó a Inglaterra para cultivar y practicar su profesión de detective.

—Mi hermano Mycroft posee una facultad de observación y deducción superior a la mía. Si el arte del detective comenzara y terminara en el razonamiento desde una butaca, mi hermano sería el mayor criminólogo que jamás haya existido, pero lo malo es que no tiene ambición ni energía. Ni siquiera se desvía de su camino para verificar sus soluciones y preferiría que se le considerase equivocado antes que tomarse la molestia de probar que estaba en lo cierto. Repetidas veces le he presentado un problema y he recibido una explicación que después ha demostrado ser la correcta. Y, sin embargo, es totalmente incapaz de elaborar los puntos prácticos que deben dilucidarse antes de poder presentar un caso ante un juez o un jurado. Mi hermano tiene el cerebro más despejado y más ordenado que yo y con mayor capacidad para almacenar datos que cualquier otro ser viviente. Las mismas facultades que yo he dedicado al descubrimiento del crimen, él las ha empleado en un trabajo en el gobierno. Todos los departamentos ministeriales le entregan a él conclusiones y él es la oficina central de intercambio, la

cámara de compensación que hace el balance. La especialidad de mi hermano es saber de todo y cómo cada uno de esos factores bajo su estudio repercutirán en los demás. Reside en Pall Mall en un edificio junto a un grupo de insociables llamado el Club de Diógenes.

—Estoy analizando la situación como lo haría él y me desconcierta el no haber escuchado de más asesinatos...

El frío era más intenso.

Afuera, densas nubes cobijaban los picos de las montañas. El paisaje verde intenso y azul claro impresionaba tanto por su humildad de presentarse como por su furia al proyectarse en el rededor.

Estación tras estación, el tren paraba tragando a varios campesinos cargados de verduras, ocho personas con sus respectivas maletas y otra vez arrancaba, estremeciendo la quietud del lugar con su ¡bang, bang, bang! para más tarde detenerse en otra estación engullendo a los viajeros como una víbora a su presa.

El sol entraba delicado en el ambiente frío. A lo lejos, miraban cafetales y el ganado pastando en las colinas.

Holmes volvió a hablar.

—Este terreno se parece mucho a Inglaterra. Tiene la misma tristeza y desolación humanas. Somos dos cansados londinenses que necesitan un poco de aire fresco y éste es el lugar ideal. Aquí hemos de encontrar a nuestro

caballero de la muerte...

Sacó la pipa y encendió el cerillo que después lanzó al vacío como una pequeña estrella fugaz. De su pipa salieron guirnaldas de humo que las destruía el viento. Sus párpados le caían.

Dijo:

—Quiero un whisky.

Watson lo reprobó con la mirada.

—Mi vida se desarrolla en un largo esfuerzo por huir de las vulgaridades de la existencia y esos vicios me ayudan a conseguirlo. Tengo otra que no sabés: viajé dos años por el Tíbet y pasé tres semanas con el Dalai Lama disfrazado como un noruego al que todos recuerdan con el nombre de Sigerson.

La gente en el tren comenzó a desperezarse.

Ya entraban a la ciudad.

En cuanto se detuvo la máquina, bajaron del ferrocarril y preguntaron por un hotel.

—El Europa. Está a menos de un kilómetro derecho hasta el puente y luego a la derecha, subiendo por la calle principal —les indicó el vendedor de boletos.

Cuando llegaron, el albergue desprendía un aire triste.

Una mujer atendía en la recepción pero no sabía su trabajo. Nerviosa,

pidió veinticinco centavos por día, sin mencionar que estaba incluido desayuno, almuerzo y cena. No anotó la hora de entrada de los huéspedes, buscó las llaves y se le cayeron. En la hoja de salida apuntó los nombres de los visitantes.

Holmes preguntó:

—¿Qué pasa?

—Que el administrador se está muriendo. Vino hace menos de tres meses de Estados Unidos... se miraba tan sano, pero parece que tiene cáncer.

Holmes gritó:

—¡Qué estúpido he sido! ¡Maldita sea! ¡Demasiado tarde Watson! Desde que llegamos debimos haber tomado el primer tren a Matagalpa. Veamos si aún puedo reparar las consecuencias de mi error.

Salieron apresurados a la calle mezclándose con los carromatos de carga, diligencias que iban y venían, entre voces de vendedores ambulantes y los que los vieron pensaron que eran amigos del hombre que agonizaba en los brazos de su esposa.

XVII

Frank Townsend había llegado a Matagalpa hacía dos meses, pero de dónde y huyendo de qué, nadie lo sabía.

Su versión —que no era creída ni por las abuelas de ochenta años ni por los niños de diez años— era que venía procedente de Inglaterra por el mero deseo de asentarse en una ciudad pacífica lejos de lo que calificaba como la “fiebre cosmopolita”, que en los países europeos devoraba la tranquila naturaleza humana.

Pero la segunda sorpresa en el pueblo fue que antes de quince días estaba casado con Amapola, hija de Pedro Böll, dueño del Hotel Europa de dos plantas, ubicado en la calle céntrica de Matagalpa y de la hacienda cafetalera Las Nubes, la más grande de la región.

Sin importarle la incredulidad y disgusto familiar, Townsend se fue a vivir a la casa de su suegro, anunciando un mes después que la hija estaba embarazada.

La gente murmuraba entre rezos y cantares los domingos en la iglesia, estremecidos porque aquella buena muchacha de apellido y casa decente, probada militante de Dios, destinada a parir once hijos, a hacer de su cocina y sus empleadas la extensión de su vida, se había casado con aquel extranjero del que no se sabía nada.

Desde las ventanas los vecinos comentaban o se burlaban, viendo a la

pareja pasear con descaro por las calles, cruzándose miradas íntimas e indiscretas; ella del brazo de ese hombre con una sonrisa de oreja a oreja y él con la mirada concentrada más allá de ese pueblo pequeño, temeroso y conservador.

Sí, ese hombre dudoso del que se hablaba en secreto o con risas ahogadas, quien provocaba distintas historias en las esquinas, en los lavaderos del río, en los bares, en los cuartos rociados de olor a sexo y de nuevo en las misas donde las conclusiones se tejían unas a otras y se enredaban en contradicciones, afirmaciones no confirmadas, sospechas y visiones que lo hacían más enigmático, excéntrico o romántico.

Se sabía que, primero, el desconocido ingería desayunos en la casa de los padres de la mujer, luego, meriendas y, después, ante la turbación del pueblo, se quedaba hasta altas horas de la noche.

A ella la calificaban de “perdida” quienes juraban que los sirvientes de la casa la habían visto —durante la ausencia de sus padres— ir después de la comida al cuarto con él y habían escuchado tras la puerta palabras sucias, risas entrecortadas y la respiración agitada de la pareja, por lo que no habría “absolución” ante tal afrenta que casi provocaba el desmayo o el vómito y otras personas, que eran una minoría, que hablaban más bajo temiendo ser descubiertas, la definían como una mujer “enamorada”.

Un bando admitía que el casamiento había limpiado las impurezas de ese

desenfreno amoroso, pero que seguía siendo un “escándalo” para la sociedad, una “inmoralidad” sostenida por la “pasión desmedida”, mientras, la otra parte pensaba que nada más era un acto de inesperado amor y, aunque debían tener “vergüenza” por haberse entregado al placer antes que a Dios, la Iglesia se había encargado de purificar sus pecados carnales y darles la bienvenida al cielo.

Así que, tras sus espaldas y lejos de sus oídos, las discusiones iban y venían, unas breves y hasta con risas y otras largas, frías y enfurecidas, con la convicción y seriedad de un juicio militar, sin que pudieran alcanzarlos.

Más de alguna mujer en el pueblo rezaba por las noches de rodillas al lado de la cama apoyando sus codos, cerrando sus manos y bajando la cabeza para sacar cada palabra en un murmullo solemne, largo y arrastrado: “Señor, esa pobre niña, tan pocos años tiene, tan inocente, de familia sin mancha y bien parecida fornicando con un desconocido. ¡Oh Dios, Satanás no descansa!... ¡Aconsejala!... ¡Que no se deje arrastrar por las tentaciones!... No sea que... ¡Ave María Purísima! Le suceda lo que pasó con doña Gertrudis o doña Esperanza, quien tienen seis hijos, cada uno de diferente hombre y que no podrán entrar a tu reino, ardiendo por la eternidad en las llamas del infierno... ¡Rezo por ella!... ¡Oh, reza por nosotros... ¡Amén!”

Eran muchas las que oraban para evitar que el demonio, con sus afiladas pezuñas y personificado en ese ser desconocido, realizara sus solapadas

acciones tentando a las gentes del pueblo donde menos se lo esperaban para ofrecerles las falaces lisonjas de la carne y así caer en el frenesí pecaminoso, confundiendo el amor con la lujuria.

Cada una de las que oraban prometían entregarse a la diaria plegaria, los sacramentos, la penitencia, la vigilancia y, si era necesario, hasta el ayuno porque estaban convencidas que Cristo había muerto y resucitado para rescatar a la humanidad del pecado y hoy, ahora más que nunca, era importante defender esa fe por la que murió el hombre más santo que habría de tener el mundo.

Y es que en cada habitante del poblado había un reproche y un impropio contenido porque ese hombre, para algunos abominable, venido de los confines del mundo desconocido, se había atrevido a perturbar y trocar lo que se había venido acumulando por siglos y siglos de costumbre católica, hasta amontonarse en una espesa armadura que no podían ni querían cambiar.

Las mujeres más pesimistas pensaban que esto era el síntoma indiscutible de que se avecinaba el fin del mundo. La carne se había apoderado de las almas y las había vuelto locas. No había más que hacer, sólo esperar el castigo divino.

Los pobladores contemplaban con miedo a Townsend desde los resquicios de las ventanas cerradas. En las calles, desde lejos, lo seguían con cierto desdén y desconfianza y, de cerca, lo miraban de reojo por debajo del ala del

sombrero, pero por estima a la mujer y afecto al suegro, cuando por fuerza se lo encontraban por la calle o a la vuelta de una esquina y al no poder esquivarlo, lo trataban con amabilidad, aunque sin simpatía.

Era el forastero, el extraño, el desconocido que sin esfuerzo sedujo a la hija del dueño del mayor hotel de la región y hasta había hecho méritos para hacerse cargo de las finanzas y de la más grande hacienda cafetalera del pueblo.

Muchos lo observaban, pero no le dirigían palabra y los pocos que lo hacían, que se habían acercado a tener un breve conato de conversación con él, eran saludos ásperos y sin sentimiento a lo largo del día. “Buenos días” y “buenas tardes” le decían sin acercarse, desde la calle opuesta.

Por eso el extranjero renunció a la idea de hacerse de conocidos. Sabía que en ese pueblo nunca tendría amigos. Su sombra sería su única compañera sincera y eterna, y su mujer tal vez una esperanza de conectarse con la vida.

Townsend pasaba las mañanas detrás del escritorio, fumando, bebiendo licor y ordenando a los empleados lo que debían hacer. Por las tardes inspeccionaba los cafetales, tomaba anotaciones del tiempo de recolección por persona y logró en menos de un mes aumentar la productividad y reducir costos de operación.

Muchos dijeron que su primera recaída se debió a esas dos obsesiones. El vicio y el exceso de trabajo. Cayó enfermo una semana. Poco a poco retomó

sus responsabilidades, pero el viernes siguiente se desmayó en el centro de la sala cuando iba de salida, tratando de obtener un aire que no encontraba en la anchura del lugar, tirando poco antes cuanto encontraba a su paso, como si dentro de cada pieza u objeto de la sala estuviera escondido el soplo de vida que necesitaba.

Padeció de fiebre alta por cinco días.

Cuando el médico Anselmo Framberger le visitó, se resistió a ser auscultado. El especialista debió hacer una evaluación a simple vista y aún sin quedar satisfecho, le recetó antibióticos y descanso. El médico en la inspección ocular concluyó que la causa posible de su estado era una infección en la garganta, empeorada por el clima y la altitud de la ciudad.

Recomendó té caliente y baños con hojas de naranja.

El facultativo fue llamado cuatro días después. Townsend estaba inconsciente. Pidió a todos que salieran del cuarto para examinarlo. Cuando terminó, después de lo que se tarda en fumarse dos cigarros, salió de la habitación y pidió un vaso con agua.

Los rumores de la muerte y el luto recorrían la casa con pisadas presurosas de un lado a otro, en la cocina el fogón encendido con el agua hirviendo en la cazuela y después el tintineo de un vaso con té de manzanilla caliente para el enfermo y café fuerte para los familiares, voces que susurraban palabras fatídicas, ojos aguados que esperaban un milagro, nudos

en la garganta deteniendo el llanto solidario de las mujeres y un médico que miraba al paciente descansando para siempre en su sarcófago mientras el agonizante aún luchaba.

Era difícil creer que sobreviviría un minuto más con ese cuerpo flácido y descolorido que era consumido por la fiebre, pero pasaba el minuto y se resistía a morir, gimiendo o con débiles movimientos de su pecho, de sus ojos o sus dedos que anunciaban que todavía tenía fuerzas y que no trajeran al sacerdote, eso sí que no, le había apretado las manos a su mujer para que no lo hiciera porque era el reconocimiento tácito de que agonizaba, sin embargo la muerte estaba en la puerta principal de la casa, paciente y segura, fumándose un cigarro y escarbándose las uñas sin prisa, mientras el luto buscaba la ropa en el armario para que la vistieran los familiares.

La mujer se impacientó. El suegro pidió al médico que le dijera qué era lo que padecía el enfermo, qué se debía hacer para salvarle la vida y cuánto tiempo disponían para lograrlo.

El galeno se sentó. Pidió que la mujer no estuviera. Debía dar explicaciones a un hombre, dijo, un hombre entiende mejor estas cosas, volvió a insistir.

La mujer fue sacada a la fuerza por la servidumbre a otra habitación y se recostó en la cama.

Estalló en llantos.

El suegro se quedó mudo escuchando lo que decía el médico y viendo al enfermo.

Trataba de decir: ¿cómo?, Pero su boca no emitía sonido.

—...Está demasiado avanzada para tratarla. Ha afectado los pulmones y el cerebro. Morirá muy pronto. Tal vez sobreviva dos días más, pero no más de una semana.

Salieron.

El padre, saboreando la palabra “muerte” en sus labios, entró al otro cuarto y la hija, al ver los ojos de su progenitor, se desmayó.

XVIII

Despertó pensando: Mi vida se extingue como llama al soplo del vendaval.

El coronel Carazo tenía veintinueve meses en el poder, veintinueve meses que se convirtieron en veintinueve siglos.

La guerra, las conjuras políticas en su contra y la soledad cercaron y al final minaron su organismo. Deseaba tener la tranquilidad de una tarde soleada, pero durante su mandato no tuvo sosiego y lo más que consiguió fueron días sumergidos en continuos estremecimientos.

A las once de la mañana del sábado veintisiete de julio, luego de firmar con el inversionista Pedro Ramón Ramírez el contrato para la construcción del ferrocarril que partiría de la estación cercana al malecón del lago de Managua a la Costa Atlántica, tomó el tren expreso a Granada.

Sin aviso alguno, reunió a su gabinete —menos al ministro de la Presidencia, capitán Membreño, aquejado por una gripe— y fueron de improviso al foco de la tradicional oposición política con sus funcionarios acomodados en el interior del tren, todavía sin saber las verdaderas intenciones del coronel Carazo.

La máquina recorría con su natural velocidad a la vista del paisaje que huía temeroso. Como un gusano fumador avanzaba por los rieles que se extendían más allá de donde terminaba el horizonte.

Otra vez atravesaba esos mismos terrenos que en varias ocasiones fueron fieles compañeros de noches y noches de guerras.

¿Cuántas veces lo había hecho?

Miraba los mismos pueblos, las trochas, los ríos y la gente que, a pesar de los años y el abandono, no cambiaba ese aire de perenne tristeza en sus rostros curtidos por el sol, el polvo y el viento. En realidad era como moverse en un eterno y gran círculo sin ver el final. Trataba de recordar el pasado, pero aparecían nada más pequeños retazos fracturados de esos lejanos días, como si su vida fuera una pintura descolorida y agrietada que trataba de unir tomando las piezas desprendidas para luego acomodarlas a su antojo y volver a desarmarla para reiniciar.

Viajaba por siempre en una eterna peregrinación al pasado, como si el sufrimiento le diera bienestar, esa cárcel a la que nunca había podido entrar para descubrir o reconocer lo que había pasado porque no entendía que jamás había podido salir de ella para ver lo que se negaba a aceptar, creyendo a veces que esos recuerdos nunca habían acontecido.

Su pasado, invocado con frecuencia, se extendía de uno tras otro peldaño, a veces subiendo y otras bajando, y, aunque sentía que cada vez estaba más cerca de algo, el camino se hacía tan extenso como la infinitud sin culminar ese recorrido, sintiendo al final de cada día que era nada más el personaje de una novela a la que le faltaba por escribir el último capítulo.

Era tarde y el color cobre del agonizante sol bañaba el terreno irregular.

El coronel Carazo dormía, mientras el resto del gabinete se divertía jugando a las cartas, fumando y bebiendo.

En el sueño preguntaba:

—¿Aborrecés tanto mis caricias?

Y entonces el espectro conjurado no le contestaba, mirándolo fijo con expresión dura y vengadora, con esos ojos de forma de almendra, su frente amplia, su cabello largo pero escaso, sentada en el borde de la cama.

El coronel Carazo —¿consciente o inconsciente?— dedicaba sus energías para despertarse, pero no lo lograba. No podía moverse. Está allí de pie, viéndola y diciéndole: “Nunca amé y nunca podré amar a alguien como a vos”, sintiendo que se acababa ese matrimonio que por la distancia se había convertido en algo tan miserable e infeliz como ningún otro, mientras la miraba desvanecerse y desfigurarse como una estatua de humo, sintiendo que por fin entraba a esa celda y purgaba su condena de haberse ido cada vez más lejos, luchando por su patria y por la independencia, mientras dejaba olvidado el amor de su vida, que de tanto esperar no tuvo más que volver la vista a otra parte y ahora sí salía a la realidad del presente, al final del capítulo que había quedado inconcluso, convencido que la amaría más allá de la muerte.

El tren expreso era como todos, como debía ser, con cinco vagones, uno especial donde funcionaba el bar y afuera una agresiva y constante expulsión

de vapor en la parte de la caldera, como si fuera una tetera gigante gorgoteando cada cierto tiempo.

Era tan pesado por la madera y el hierro que parecía una ironía cómo se deslizaba a tanta velocidad, estabilidad y libertad, dando la impresión de ser igual de liviano que un juguete. Valles, ríos y casas eran devorados por el expreso, lanzando chillidos histéricos anunciando su presencia en el ambiente tranquilo.

De pronto, un terrible sacudimiento que hizo saltar de sus sillas a los ocupantes del tren sembró la alarma y desorden.

El coronel Carazo, aún dormido, fue lanzado hacia delante, golpeando su cabeza contra la madera, mientras su escribano Lizandro Ocón, que caminaba por el pasillo, estrelló su cara contra el piso de madera.

Estaban en el kilómetro treinta y siete en la cuesta Las Flores, ubicada entre Masaya y Granada.

Quienes bajaron el cuerpo del coronel Carazo vieron que la máquina había chocado con otro ferrocarril sin vagones que venía de Granada con varios operarios.

El tren en el que viajaba el presidente y coronel Carazo era conducido por el superintendente Pablo Chamberlain, quien murió atrapado en la caldera consumido por el fuego.

Mientras, el operario Francisco Almanza agonizaba después de saltar por

la ventana con el cuerpo cubierto de quemaduras.

Los gritos y llantos murieron lento hasta que sólo quedó el asombro de haber salido con vida y la urgencia de trasladar al coronel Carazo a un centro hospitalario de Granada.

Esperaron tres horas por un carruaje para el coronel Carazo, quien a cada instante se palpaba las mejillas o se pellizcaba la piel para sentir si todavía estaba ahí vivo, sorprendiéndose de estar intacto y hasta consciente después de tan furioso encontronazo.

El coronel Carazo aceptó que le hicieran revisión médica, pero se negó a ser ingresado al hospital.

A pesar del choque sentía que estaba bien. Insistió en que primero se curara a los demás heridos y estuvo con dos de ellos hasta que sus vidas se apagaron. Tras ser valorado por los médicos, se alojó en la casa de su cuñado Santiago Morales, mientras su escribano Lizandro Ocón fue atendido por una fractura en la nariz.

Al día siguiente, con un pequeño rasguño en la frente, el coronel Carazo salió vigoroso a un almuerzo obsequiado por el senador Carlos Alberto Lacayo en su hacienda ubicada en las orillas de la costa del lago.

Más tarde se hizo presente el ministro de la Presidencia, capitán Membreño, con cincuenta soldados que interrogaron a las familias de los operarios de la locomotora que desbarató el tren presidencial.

Encarceló a dieciocho personas.

Por la noche, el coronel Carazo asistió a la fiesta ofrecida en su honor en el Club Social de Granada y el ministro de la Presidencia, capitán Membreño, se encargó de prohibir la entrada a varios intelectuales liberales remanentes de la disidencia política.

El veintinueve de julio a las dos de la tarde, mientras conversaba con un grupo de intelectuales, el coronel Carazo sufrió, según dijo después el médico asignado en ese departamento, Ángel Betancur, un síncope cardíaco, tal vez debido al estrés causado por el accidente ferroviario.

Al siguiente día, cuando despertó, se encontró rodeado en su cama por Anselmo Rivas, Mariano Zelaya, Roberto Sacasa, Carmen Díaz y Tranquilino Moreira, los máximos y acérrimos enemigos representantes de la oposición política y quienes en más de alguna ocasión se habían confabulado en su contra.

El coronel Carazo, tomando su bastón, los señaló amenazando:

—¡Malditos... Ustedes lo que quieren es que les entregue el poder! ¡Pero a mí no me lo quita nadie! ¡De aquí no me sacan hasta que me lleve la muerte!

...

Uno de ellos trató de calmarlo pidiendo excusas por haber entrado cuando todavía dormía, pero el coronel Carazo volvió a gritar:

—¿¡Quieren ayudarme!?! ¡Entonces, mátenme!

—Eso es lo que quieren muchos —aseguró la voz del ministro de la Presidencia, capitán Membreño, quien entró a la habitación oscura por las cortinas cerradas, mientras el grupo retrocedió asustado y salió por la misma puerta.

Pese a los desvaríos que le provocaba la enfermedad, el coronel Carazo sabía más que nadie que si en este momento renunciaba al poder, de todas formas sería aniquilado políticamente por sus rivales, así que prefería morir aferrado a su cargo porque, al final, había sido el sepulturero de su propia tumba al no actuar antes contra ese grupúsculo de traidores que había esperado a que él mismo llegara a entregarse.

Pensaba que si desde el principio hubiera ordenado fusilar a aquellos que desde el inicio se le oponían, tal como lo había hecho con sus anteriores traidores, nada, en absoluto, nada hubiera pasado y su mando hubiera cabalgado en más tranquilidad.

Se sentía viejo.

Por primera vez era consciente del verdadero peso de su edad. Ya no soportaba las tretas, las zancadillas e intrigas contra las que había tenido que luchar por años y que ahora se convertían en algo tan material que le estremecían la piel.

Lo que más le preocupaba era que no estaban a su alrededor sus mejores amigos e incondicionales, que le hubieran cuidado y alertado de lo que a cada

momento se fraguaba en su contra.

Ahora mandaban otros más jóvenes que escarbaban desde dentro y que querían entrar al círculo de poder para derrocarlo y apropiarse de los proyectos con los que creía se modernizaría el país.

“¿Cuánta pesadilla me queda todavía?”, se preguntaba acostado en el catre, en su espera sin esperanza, cercado por el tiempo que lo había consumido imperceptible, como si fuera madera atacada por comején, sintiendo que si cerraba los ojos se quedaría para siempre en la inmensa oscuridad.

Se ordenó que nadie más entrara al aposento sin el conocimiento y aprobación de las autoridades de gobierno.

El coronel Carazo, sin soltar su bastón, padeció de fiebre y el médico Ángel Betancur le atendió el resto del día, cada cierto tiempo le hablaba para saber si todavía vivía, pero no parecía oírlo ni reconocerlo, hasta las tres de la madrugada cuando se retiró para dormir un poco.

Durante la jornada de delirios, el coronel Carazo navegó por los mares confusos de su pasado, atracando en una isla solitaria en la que veía a Eulalia con el cabello al aire, desnuda, esperándolo con dos grandes surcos de lágrimas negras recorriendo sus mejillas y una flor marchita en su vientre.

Después estaba de nuevo en el mar agitado y fue lanzado a otra isla más grande en donde escuchó bombas y metralas, gritos, voces y órdenes,

viéndose en una trinchera, escribiendo una carta que comenzaba con “Eulalia, te quiero”, para después ser transportado a una soleada playa calma y silenciosa, donde se tendió en el suelo pensando: “Nuestro amor, tan débil como la escritura en la arena”.

En el sueño, el coronel Carazo vio que en el borde del camino que conducía a la playa una feroz ave de rapiña merodeaba el lugar, mientras a lo lejos se acercaba una tormenta.

El jueves primero de agosto a las dos de la tarde, el coronel Carazo despertó, ordenó abrir las cortinas del cuarto y pidió que le trajeran su traje especial, aquel especial revólver que adonde quiera cargaba y las cartas que le había escrito a Eulalia.

A través de la ventana vio la claridad de la despejada tarde. Era la luz de su último día en la tierra de los mortales.

Pidió a su escribano Lizandro Ocón —quien tenía aún una inflamación de color azulada en la nariz, protegida por una lámina de cobre— un cigarro y un trago de aguardiente.

Recostado en la cama, fumando y bebiendo pensó en Eulalia.

Cuando se anunció el presbítero de Granada Jesús Urbina y el médico Ángel Betancur, encontraron al coronel Carazo ataviado con la vestidura que escogió para su muerte: la que usó el día de su ascenso al poder, sus medallas, las misivas y su revólver Colt Patterson calibre cuarenta y cinco, de cañón

largo, labrado a mano y metido hasta la mitad en el pantalón.

El presbítero lo bendijo y le tomó la mano derecha.

El coronel Carazo sintió el beso de Eulalia en sus labios.

Entonces, de sus ojos cerrados brotaron dos lágrimas y un brusco silencio se apoderó del cuarto.

XIX

—No llores más —le rogó su padre, consolándola.

La mujer, que había sido reanimada con hojas de limón, se sentó y le ofrecieron un vaso con agua. Despacio, bebió tres sorbos.

Cuando Holmes y Watson se presentaron en la puerta de la casa, Amapola, un poco mareada, estaba de nuevo en el cuarto al lado de su esposo.

Pidieron hablar con Townsend y sintieron la agitación oculta que había en el interior de la casa, denunciada sólo por los movimientos lentos y miradas serias.

Los sirvientes los condujeron al cuarto por un largo pasillo hasta la puerta de la habitación, que se abrió con un triste chirrido de bisagras oxidadas. Ahí vieron el cuerpo del hombre descansando en la cama con un gesto de siniestra serenidad, cobijado hasta el pecho y enfocado por los ojos de familiares con miradas tristes y luctuosas.

Por fin estaban frente a frente, separados nada más por dos metros de distancia.

Los dos, Holmes y Watson, lo veían agotado de luchar contra el delirio de la fiebre, con las cavernas de los ojos más hondas por la postración y dramáticas por las velas y los mecheros encendidos, los labios cuarteados por la fiebre que le provocaba una sed que no podía saciar y el cabello atacado por hebras blancas que antes resaltaban su madurez, pero ahora destacaban su

agonía. Apenas consciente, con los ojos entrecerrados, reconocía la cara de Holmes, a quien había estado esperando porque sabía que al final era el único capaz de encontrarlo, fuera aquí o en China.

Fuera de ellos estaban los familiares de su esposa y los sirvientes que aún no comprendían a qué se debía la visita de esos dos extraños, mientras Watson con la vista evaluaba al enfermo, comprendiendo que ya era demasiado tarde.

—No puede —se disculpó la mujer rompiendo el silencio que se había adueñado del cuarto.

—Está desahuciado... —concluyó el padre.

Holmes se acercó a la cama y colocó su dedo índice en el pulso del enfermo, confirmando que el torrente de la existencia circulaba con escaso caudal.

Se dio cuenta que todo había terminado, que estaba al final de tantos meses de persecución, de matar, escabullirse, mentir y de vivir en la ansiedad; todo excepto la expiación por las culpas que las saldaría en el Juicio Final.

Watson lo vio tendido en la cama ahogándose entre tantas sábanas.

Townsend parecía haber perdido estatura y presencia. La frente resaltaba sin color. Las órbitas de los ojos eran más abultadas por la pérdida de peso. Su cara estaba pálida y húmeda, adquiriendo la inmovilidad de las estatuas de cera.

Las manos eran delicadas, como de mujer, con textura de seda.

Tenía los labios agrietados. La barba negra y descolorida le cubría el mentón.

Sus ojos entreabiertos mostraban el pequeño destello de vida que se escapaba a raudales como el agua entre las manos.

Townsend le tomó la mano a la mujer y ella acercó el oído a sus labios.

Vio a los visitantes y les repitió desconcertada:

—¿Totus tuus ego sum?...

Holmes examinó a la esposa del enfermo. Su rostro no era más el de una mujer. Era el de una futura madre. Quiso comentarlo, pero estimó que en estas circunstancias era demasiado inoportuno y hasta un poco ofensivo.

—Acta est fabula —contestó el investigador dando la vuelta.

—Requiescat in pace —pidió Watson siguiendo a Holmes.

Cuando salieron, ella abrazó al hombre con delicadeza y posó sus labios húmedos en su boca tan seca que parecía un desierto.

Afuera, Holmes vio la ciudad tranquila, pacífica y, sin hablar, sacó su pipa.

No estaba enojado ni decepcionado, más bien satisfecho de haber tenido la pista correcta porque pensaba que, tal como los asesinos vuelven al lugar del crimen, también escogen el mismo punto donde otro ha estado escondido, procurando pasar inadvertido hasta morir en la tranquilidad del delito perfecto.

Comieron en el pequeño restaurante del hotel y luego en la habitación, fumando pipa junto a Watson, Holmes le dijo:

—Sífilis.

—Por el color de la piel tiene afectada hasta la médula —concluyó Watson.

—Me retiraré a Sussex, a esa reparadora vida en la naturaleza —anunció Holmes.

En la habitación, sorbiendo whisky, Holmes cerró los ojos y pensó en Sussex atrayendo a su mente las construcciones góticas, los jardines con los prolíficos rododendros, las plantas trepadoras, las magnolias, los centenarios árboles y los exóticos arbustos de la zona.

Se imaginó la casa de campo en la meseta del sur dominando el amplio panorama con la línea costera constituida por esos hermosos acantilados de caliza. Se vio dedicado por completo a la apicultura, acompañado de su anciano sirviente y la finca para los dos solos.

Watson, desanimado, quiso hacer algo más, pero no había nada que cambiar o impedir porque Jack moría.

Tomó un vaso y se sirvió whisky, sintiendo su garganta ardiendo con el primer trago. El segundo fue más placentero y perdió la cuenta cuando acabaron la primera botella.

Al pasar las horas, la atmósfera del cuarto se cargó de humo y olor a

whisky.

XX

Su última actividad social importante fue su funeral.

El cadáver del presidente coronel Evaristo Carazo fue colocado en capilla ardiente en la Catedral de Granada, mientras, afuera, caían las primeras gotas de un aguacero de proporciones catastróficas para el pequeño poblado.

La muerte incansable iba de un lado a otro provocando los llantos, velando porque las caras fueran lúgubres, que el ponche caliente se sirviera por criadas de ojos aguados y ojerosos, que los perros ladraran de miedo, cuidando que las flores —jazmines, lirios salvajes, margaritas y otras pequeñas rojas y blancas— no tuvieran olores fuertes que incomodaran a los presentes y, más que nada, que el muerto estuviera bien muerto.

Después de seis horas de exposición ante el público, de las nueve de la mañana hasta las tres de la tarde, atacado por la tormenta que no cesaba, los restos del coronel Carazo fueron trasladados en convoy militar que tardó dos horas más en llegar al muelle de la ciudad donde la comitiva fúnebre zarpó en el vapor Victoria para sepultarlo al día siguiente en el Cementerio General de Rivas.

En Granada la lluvia continuó hasta la madrugada. La borrasca hizo crecer y desbordar la quebrada ubicada al oeste del barrio Zacatiligüe. Rompió los diques y avanzó sobre los barrios destruyendo las casas de adobe, sacando el mobiliario como si fuera un cobrador, ahogando a los animales y cubriendo de

lodo lo que encontraba a su paso.

Más de treinta casas fueron arrancadas de cuajo con su contenido y doscientos cincuenta agricultores quedaron arruinados. Como consecuencia de la precipitación, el terreno quedó suelto y propenso a los hundimientos.

Así que por la mañana, a siete kilómetro de la estación, el tren que llegaba de Masaya cuando aún no salía el sol luchando contra los últimos estertores del temporal, se hundió en un hueco formado al arrastrar el terraplén.

La tormenta había minado la estructura sobre la que descansaban los rieles y traviesas dejándolas al aire. Cuando la locomotora pasó sobre ellos, se precipitó en la abertura, cayendo los vagones de primera, segunda y tercera clases. La gente se dispuso a sacar los cuerpos destrozados, doce en total más los cien heridos atendidos en casas de campaña, donde les amputaban los miembros en los que se habían incrustado los hierros del gusano metálico desbaratado.

Cuando desembarcaron en el pequeño puerto, después de acompañar el féretro del presidente coronel Evaristo Carazo en el barco que viajaba a esas inalterables siete millas por hora, sus funcionarios vieron los rostros del pueblo despierto con dos tazas de café, una tortilla y un cuarto de cuajada en el estómago, sin corbatas ni sacos, vestidos con trajes de algodón, descalzos y sombreros de paja, sumándose al desfile hasta formar una marea en marcha lenta, mientras el polvo subía hasta las narices.

Eran cientos de ellos mostrando un mosaico de facciones campesinas caminando, con el pensamiento fijo en una sola palabra que ni siquiera sabían ni lo sabrían sus hijos ni sus nietos de cómo se escribía o se deletreaba, pero ahí estaba presente, en cada uno de los asistentes al entierro.

El ataúd fue cargado por cuatro oficiales del Ejército, puesto frente al altar mayor de la iglesia donde se le brindó la misa para el descanso del alma del fallecido. No faltaba nadie. Hasta los niños estaban detenidos del brazo de sus padres observando a la multitud reunida. La salida del féretro fue aún más difícil. Lento, los oficiales fueron avanzando entre el gentío hasta emerger sudorosos y cansados a la plaza central.

En la tierra quedaban flores pisoteadas, un Cristo de madera pequeño que alguien tiró sin puntería al ataúd y un rosario que se le escapó de las manos a una anciana que estuvo a punto de caer por la presión de la multitud.

El sarcófago que danzaba en los hombros de los soldados parecía bambolearse en el aire tratando de esquivar las cabezas de los presentes que impedían avanzar el desfile.

El ataúd fue puesto en el coche fúnebre y todos comenzaron a caminar, casi hipnotizados por algo que era pocas veces visto, por el acontecimiento del año en el pueblo donde lo peor que pasaba eran las inundaciones por los diluvios que dejaban sin enseres a los habitantes, con las vacas, cerdos y los caballos ahogados río abajo.

Los expresidentes Pedro Joaquín Chamorro, Joaquín Zavala y Adán Cárdenas llevaban las cintas que luego adornarían la caja en la que descansaba el cuerpo del coronel Carazo.

Ninguno de ellos olvidaría esa escena. Los tres al borde de la fosa contemplando el ataúd negro reluciente. Por un momento, cada uno quiso morir así. Con las honras fúnebres, con los llantos, con la tristeza general que ilumina los entierros públicos de los famosos. Pero sabían que no, que cuando murieran serían acompañados nada más de sus familiares y los periódicos dedicarían en las páginas interiores apenas unas líneas de lamento hipócrita, casi por obligación.

Bajo el sol de las diez y cincuenta y siete minutos de la mañana, su fiel escribano Lizandro Ocón, quien tres años después moriría a orillas del lago de Managua por la bala de un vulgar asesino, pronunció las siguientes palabras:

“—Sellan sus labios el interés y la pasión política, cesa la labor disociadora de los partidos, callan las voces disonantes de la lucha; el respeto de la muerte borra la huella de las debilidades y miserias de la vida y dirigiendo el espíritu a regiones elevadas y serenas, en presencia de los despojos del ilustre Jefe de Estado, unidos estamos todos los hijos de la patria en el sentimiento del más profundo duelo...”

A las once y treinta y dos minutos de la mañana de ese mismo día, mientras dos sepultureros descargaban tierra en la fosa que contenía los restos del

coronel Carazo, vestido con el traje especial, el revólver y las cartas que le envió a Eulalia y quien se las devolvió sin abrirlas. En la Casa de Gobierno en Managua, el ministro de la Presidencia, capitán Membreño, sacudía la urna que guardaba escritos en trozos de papel, los tres nombres de los propuestos al cargo de nuevo mandatario.

En presencia de los candidatos a la Presidencia, el ministro de Hacienda Octaviano César, los senadores José Dolores Rodríguez y Roberto Sacasa, y de los testigos de honor, el diputado licenciado Salvador Carranza, los senadores Heliodoro Rivas, Benjamín Guerra y Bernabé Portocarrero, además de Anselmo Rivas, Mariano Zelaya, Carmen Díaz y Tranquilino Moreira, se inició el acto.

El ministro de la Presidencia, capitán Membreño, extrajo uno de los papeles. Lo abrió y sosteniéndolo con los dos brazos extendidos lo presentó ante los testigos. Arriba tenía escrito el número UNO y abajo en letra cursiva decía: *Senador Roberto Sacasa*.

Más tarde, Sacasa pidió al ministro de la Presidencia, capitán Membreño, la urna como regalo y en su habitación destruyó los otros trozos de papel que tenían marcado el mismo nombre y número.

Guardó la urna en su armario y se quitó las botas para descansar en la mecedora en el balcón del Hotel Brown.

Su génesis política databa desde principios de siglo. En 1811 su bisabuelo

don Roberto Sacasa, alcalde de Segundo Voto de Granada, fue el encargado de redactar el proyecto de independencia de ese entonces, de la provincia de Nicaragua.

Poco después el hermano menor de éste, el licenciado José Sacasa desplegó sus talentos oratorios en las Cortes de Cádiz, en el poblado Cádiz, España, en defensa de los derechos territoriales de Nicaragua y años más tarde, su abuelo el coronel Crisanto Sacasa se encargó de convencer al inversionista estadounidense Eliseo Ruperto Macy —con quien estudió en la Academia Militar de Nueva York— para que comprara fértiles yacimientos de oro en Chontales porque le juraba que las interminables y ricas vetas del Rey Salomón estaban allí y no en California como creía la gente.

Fue así que en 1845 Macy, embrujado por las historias de inagotables minas de oro, apareció un día en las calles polvosas de Chontales montado en mula mostrando su barba amarilla, su escopeta en el compartimento de cuero de la espalda, dos cargadores de balas que le cruzaban el pecho, una pistola de tambor con cañón largo en la parte derecha de la cintura, un gran sombrero que le protegía del sol y dos alforjas en las que descansaban diez trajes de ropa y cincuenta mil dólares en efectivo.

Con el dinero compró doscientas manzanas de tierra donde se decía que merodeaba y atacaba una criatura desconocida y nunca cazada, pero riéndose de la leyenda contrató a cien trabajadores, hizo construir su casa y se dedicó a

extraer el oro por ocho años, el que era trasladado en secreto hasta Nueva York —porque ahora sí estaba convencido que las minas más importantes de metal precioso del mundo no estaban en California, como lo había magnificado la prensa de la época, sino en las montañas de Chontales— en dos vagones cada mes y luego en vapor, escoltados por agentes con buena remuneración salarial.

Sin embargo fue después de la matanza en su hacienda que decidió vender su propiedad y volver a Estados Unidos. Por la noche se despertó por ruidos en el techo. Preparó su escopeta, esperó hasta escuchar de nuevo el movimiento y, al primer disparo, oyó un golpe seco en el suelo.

Seguro de haber herido a lo que caminaba, fuera lo que fuera en el tejado, salió del cuarto. Cuando abrió la puerta, encontró muertos a sus cinco caballos, dos vacas, diez gallinas, tres gallos y un cerdo.

En los días siguientes fueron encontrados fallecidos seis de sus trabajadores y, a la mañana siguiente, el resto renunció por temor a ser alcanzados por esa criatura que parecía dispuesta a acabar con quienes invadían su territorio.

Revendió las mismas tierras a cinco veces el precio original y cuando llegó a Estados Unidos abrió en Manhattan, Tennessee y Nueva York las tres más grandes tiendas de ropa del país ubicadas en edificios de cuatro pisos cada una.

Años después, el coronel Sacasa recibió de regalo una empuñadura labrada en oro e incrustada en la espada que utilizó cuando sucumbió en los muros del Cuartel General, defendiendo la entonces capital de Granada en la guerra civil contra Walker.

Y su padre Juan Bautista Sacasa había sido alcalde, prefecto y candidato a la presidencia por el sector occidental del país.

Un día después, en Managua, treinta personas armadas de puñales y en estado de efervescencia intentaron llegar a la Casa de Gobierno donde era juramentado el nuevo presidente, doctor Roberto Sacasa, de cincuenta años, alto, de complexión robusta y tez blanca.

Ante la amenaza, tropas del ejército nacional se enfrentaron a los protestantes que, al verse superados, acordonaron el lugar y con más de tres mil personas de León y Granada comenzó el acto.

El presidente Sacasa se colocó de rodillas ante el crucifijo y con la mano derecha sobre los Santos Evangelios que sostenía el cura de Managua, presbítero Abelardo Obregón, pronunció el juramento de ley:

“—Juro ante la Patria, Dios y los ciudadanos de este gran país defender la soberanía y para esto confirmo en su puesto a quien seguirá desempeñándose como ministro de la Presidencia y canciller, capitán Alberto Membreño. Mi objetivo en este corto tiempo que ejerceré el mando supremo es concretizar la ansiada construcción del canal interoceánico en Nicaragua que nos llevará por

el camino de la prosperidad...”

En junio del 93, la Guarnición de La Pólvara en Granada se rebeló contra el gobierno del presidente Roberto Sacasa, quien logró un mes después de su ascenso al poder disolver el Parlamento, convocar a una Constituyente y extender su período por cinco años más.

Ochenta soldados murieron y se formaron dos Juntas de Gobierno en Granada y León encabezadas por militares que abrieron el camino a la revolución liberal del general José Santos Zelaya, famoso por torturar en persona a sus traidores y quien en su discurso inaugural anunció la llegada de inversionistas norteamericanos de la Manhattan Rubber Company, la Indian Rubber and Agriculture Company y la Gold Mining Company, que invertirían en banano, madera y minería y en la futura construcción del esperado Canal Interoceánico de Nicaragua.

XXI

El velorio fue privado y austero; el entierro silencioso hasta las dos y media de la tarde, el momento en que el sarcófago en el que descansaba el cadáver de Frank Townsend descendió por las cuerdas de quienes lo bajaban.

Amapola lloraba inconsolable como si tuviera millones de años de contenerse, con un hipo que había persistido desde las cuatro de la mañana; gritó y se tiró al suelo sacudida por los espasmos.

La gente le ofreció los brazos y otros trataron de tomarla por las axilas o la cintura, pero se negaba con voz ronca y entrecortada exigiendo que la mataran, la arrojaran a la fosa y la enterraran viva, pues no quería vivir sin su esposo.

Tres hombres —entre ellos su padre— la tomaron, pero escapó y se lanzó dentro de la sepultura besando y aferrándose al féretro cubierto de tierra. Los asistentes se apretujaron tratando de ver lo que pasaba. Desde arriba más bien parecía que el agujero los succionaría a todos.

Amapola se abrazaba al ataúd amenazando con un lenguaje que sorprendía, porque era imposible que una mujer de alcurnia y que había tenido la mejor educación supiera tantas blasfemias, lanzando a diestra y siniestra esas palabrotas, esas mentadas de madre y esas expresiones tan soeces mientras repartía manotazos y arañazos a dos hombres que trataban de separarla, prometiéndole arrancarles los ojos o la lengua a quienes siguieran molestándola.

Impresionados por la intensidad del dolor, otros cinco hombres se decidieron a sacarla. Llenos de rasguños y mordidas, la izaron de la fosa todavía dando patadas y luego al desmayarse, con la cara anegada en lágrimas que se mezclaban con la tierra en sus pómulos y desfigurada por el sufrimiento, fue llevada a su casa.

Tenía el cabello desecho y estaba toda cubierta de suciedad, sus medias negras rotas, sus uñas quebradas y sus zapatos de tacón desaparecidos.

En la soledad de su cuarto lloró por tantos días que muchos de sus sirvientes dijeron haber visto un pequeño arroyo de lágrimas que corría incesante debajo de la puerta de su habitación, mientras que otros habitantes aseguraban que el hilo de agua salada terminaba en la fosa donde estaban los restos del hombre que había amado con tanto desgarró, como si le hubieran dicho que su felicidad sería breve.

Holmes y Watson decidieron quedarse dos semanas más en Matagalpa para descansar y ser testigos de las madrugadas montañosas, que entre ellas salía el sol de las cinco de la mañana como si se abrieran las entrañas de un incinerador gigante.

El paisaje no parecía formado por los lentos y a veces brutales acontecimientos geológicos que se manifestaban en esta naciente tierra, sino dibujado por el pincel de una mano inspirada.

De seguro que Dios en realidad —pensaba Watson— no había sido

matemático o filósofo, sino un maravilloso pintor.

Disfrutaron sin prisa de los alimentos que antes habían ingerido en pequeñas porciones y con premura. Más que todo, esas semanas Holmes y Watson habían sobrevivido con ron y ensaladas de tomate, pimiento, cebolla y lechuga.

Para el desayuno comieron nacatamales con pan y café.

Holmes hizo la observación que en el idioma japonés existía la palabra “naka”, que significaba “adentro” y que por lo tanto, la sorpresa estaba ahí.

Los que comían era una mixtura de masa de maíz con papas, tomates, cebollas, ajo, pimiento y carne de cerdo, envuelta en hojas de plátano y hervida por ocho horas antes de ser puesta en la mesa.

Probaron los tamales rellenos de azúcar, bebieron pinol hecho de maíz y cacao y para la cena disfrutaron un caliente gallopinto, una mezcla de arroz cocido con frijoles fritos en aceite acompañado de crema, queso y tortilla, y para sellar su aventura culinaria pidieron un café cargado.

Horas después los dos padecieron intensos dolores estomacales, fuertes espasmos, flatulencia y, al final, hicieron seis urgentes visitas a la letrina, terminando con el trasero enrojecido de tanto esfuerzo, pero no lo lamentaron.

Un día Watson se quedó dormido hasta tarde.

Al despertar, encontró a Holmes de pie junto a su cama asomando la cabeza entre el mosquitero. Holmes estaba aseado y vestido con la pipa

encendida.

Watson alzó la mirada algo sorprendido, temiendo escuchar lo que la cara de Holmes le anunciaba.

—Siento mucho levantarte, pero es nuestra suerte común esta mañana. La sirvienta fue despertada hace dos horas, ella se vengó en mí y ahora yo en usted.

—¿Qué pasa? —quiso saber Watson, frotándose los ojos, tratando de abrirlos.

—El jefe de la Policía de Matagalpa, Esteban Contreras, llegó hace diez minutos con considerable excitación pidiendo nuestros servicios. Nos espera en la sala.

Cuando Watson salió, vio a Holmes y Contreras en silencio admirando el paisaje verde intenso de las montañas.

—Buenos días, señor —saludó Watson.

—Éste es mi amigo íntimo, el doctor Watson, en cuya presencia usted puede hablar con libertad —le pidió Holmes.

El hombre le ofreció la mano a Watson y él, al tocarlo, pudo definir que por las asperezas de su mano había trabajado en su juventud largo tiempo en una fábrica de quesos.

—Pediré una taza de café caliente porque observo que está temblando de frío —observó Holmes al visitante.

—No es el frío —informó Contreras.

—¿Entonces qué es? —preguntó Holmes.

—Es el miedo —respondió Contreras—. Tengo un caso muy complicado y escuché que ustedes...

—Sí, sí, siga que nos interesa —expresó Watson.

—El problema es que tengo dos horas para resolver la suerte del joven Tobías Jackson. Si es culpable, a como lo parece, morirá a manos de la familia indignada que tiene rodeada la cárcel.

—¿Y de qué se le acusa? —quiso saber Watson.

—Afirman que Tobías Jackson, de dieciocho años, disparó y violó a Rosario Valdivia, de diecisiete, quien ahora tiene un bebé de tres meses. Ayer atrapamos al señalado.

—¿Y cómo saben que él es el padre? —indagó Watson.

—Por las cejas —explicó Contreras.

—Eso debemos verlo —expresó Holmes— vamos.

Caminaron quince minutos hasta que entraron al edificio, más bien un caserón destartado construido de adobe con rejas de madera en lo alto, custodiada por cinco policías con sus pistolas descansando en los cinturones que rodeaban sus gordas caderas, sin seguro, listas para ser disparadas.

—¡Maldito! —gritó el que parecía ser el padre de la joven, quien, atrás, cargaba al bebé de cejas pronunciadas.

Cuando Holmes y Watson estuvieron frente al sospechoso detenido en la cárcel, vieron las exuberantes cejas del prisionero y comprendieron que el muchacho en definitiva era el padre.

El joven sin camisa mostraba una cicatriz de dos pulgadas, ocho dedos a la derecha y cinco dedos abajo de su ombligo.

Holmes sólo quiso saber cuándo había sido herido.

—Hace como un año, a la salida de la taberna. Me destrozó el testículo izquierdo —recordó el joven temeroso.

—¿Y el atacante? —preguntó Holmes, volviéndose al agente.

—Está prófugo —anunció Contreras.

Holmes salió y fue rodeado por la familia que le dedicaba ojos furiosos. Fue directo a la joven que lo recibió con mirada dulce y sin reproches.

Watson, Contreras y los policías se quedaron en la escalera, a la espera de lo que sucedería.

—¡Le disparó! —denunció la madre sollozando— ¡Y la violó!

Holmes examinó a la muchacha.

—Es muda —explicó su padre— y analfabeta como nosotros.

Holmes pidió a los padres permiso para explorar la herida de la muchacha causada presuntamente por el joven que se encontraba dentro, en la celda, mordiéndose las uñas no por temor de ser asesinado, sino porque se le había convertido en una sucia costumbre desde pequeño.

La escoltaron dentro del edificio.

Se rogó que sólo cuatro personas estuvieran en el cuarto donde se examinaría a la víctima. Con señas, su madre pidió a la joven desabrocharse la camisa. Liberó dos botones, los necesarios para ver entre el orificio de la tela la cicatriz sanada.

Holmes palpó la marca y después pidió a Watson que la revisara.

—Parece una herida de bala fría —estimó Watson.

—Efectivamente, mi querido amigo —confirmó Holmes— sin orificio de salida.

Se acercó donde el joven que, al verlo, se levantó y se apoyó en la reja escupiendo a un lado los pedazos de uña que trituraba.

—¿A ella le dispararon también?

—No que yo sepa —comentó el muchacho.

—¿Estaba ella cerca del lugar? —preguntó Holmes.

—No lo sé —le contestó el detenido.

—Es probable que ella resultara herida por la misma bala —analizó Holmes a Watson sacando su pipa— pero todavía falta explicar cómo resultó embarazada.

El joven detenido encogió los hombros.

Pidió a Contreras el arma con la que fue baleado Tobías Jackson.

Colocó su pipa en la mesa e inspeccionó la pistola con rigurosidad. Tras

un momento de pose teatral en la que apoyó su mano en su barbilla, se dirigió a Watson:

—Fue disparada una sola vez.

Watson la examinó y aunque no sabía cómo Holmes concluía esto, celebró:

—¡Efectivamente!

Holmes pidió permiso a los padres y a la joven para cargar al bebé que se movía impaciente como si quisiera salir corriendo.

—Está enfermo —le advirtió la abuela.

Cuando Holmes lo tomó en brazos, el bebé le dedicó una sonrisa y le tomó su dedo pulgar con su diminuta mano.

Lo llevó a la mesa y comenzó a palparle el abdomen. El bebé se mostraba contento hasta que Holmes presionó en el centro del vientre. Se quejó un poco cuando apretó con dos dedos.

La presión hizo llorar al niño.

A Holmes se le dibujó esa llamativa sonrisa de celebración que lo acompañaba cuando resolvía un misterio, se volvió y levantando al menor como si fuera un trofeo exclamó:

—¡Eureka!

Todos lo miraron desconcertados.

Holmes entregó la criatura a los brazos de su madre, quien lo recibió con desesperación y lo apretó en su regazo.

—¡La bala está en su vientre!

Los murmullos llenaron el lugar.

Holmes, aún sin hablar, tomó la pipa que descansaba en la mesa, la llenó de tabaco, la encendió y después de lanzar la primera bocanada comenzó a hablar:

—Señores, esto se trata de un extraordinario caso en la historia médica. Intentaré explicarles: estamos ante un raro suceso de inseminación involuntaria.

Los presentes se miraron confundidos.

—Expondré mi hipótesis de una forma más clara: Creo que, efectivamente, Tobías Jackson fue herido por una bala que atravesó su escroto, llevándose su testículo izquierdo. La misma bala penetró el abdomen de Rosario Valdivia, quien estaba más abajo cerca del lugar y se alojó en su vientre. El proyectil, cargado de esperma, fertilizó el óvulo de la joven y aquí está el resultado de este insólito caso —concluyó señalando al infante.

Todos lo miraron incrédulos.

—El médico Anselmo Framberger podrá confirmar mi teoría —aseguró Holmes.

La familia abandonó el lugar aún más confundida, sin embargo se decidió que el joven continuara en prisión hasta que se aclarara el asunto.

Al tercer día, cuando se disponían a abordar el tren rumbo a Managua,

fueron alcanzados por Contreras.

—¡Es increíble, señor Holmes! Le extrajeron la bala al niño —les anunció.

Holmes lo miró y le brindó una sonrisa comprensiva.

—Denme un caso y encontraré la solución —selló dándole la mano.

Esa tarde Tobías Jackson fue liberado y, aunque la familia de la ofendida no le ofreció disculpas, no guardó ningún rencor hacia ellos. Visitó a su hijo con frecuencia y unos años después se casó con la joven.

Ya en el asiento, Holmes habló:

—Sé que en la vida suceden casos extraños, Watson, pero quiero que siempre recordés el nombre de Hugh Williams.

—¿Por qué? —preguntó Watson.

—El cinco de diciembre de 1674 se hundió un barco en el estrecho de Menay, en la costa norte de Gales, muriendo ochenta y dos pasajeros. Sólo el señor Hugh Williams sobrevivió. El cinco de diciembre de 1785, otro barco naufragó cerca de las costas de Italia. Sesenta pasajeros murieron, menos uno llamado Hugh Williams y el cinco de diciembre de 1860, en otro hundimiento en las costas de España murieron los veinticinco pasajeros de la nave a excepción de un sobreviviente: Hugh Williams. Lleva más de ciento noventa y seis años vagando por el mundo.

Watson lo miró asombrado, apuntando el nombre.

—Ha vivido más que Matusalén —calculó guardando la pluma en su bolsillo.

—Es el inmortal —corrigió Holmes, viendo por última vez la ciudad.

XXII

Antes de tomar el tren de Managua a Granada y de ahí el vapor a San Juan, después el transatlántico de regreso a Nueva York para finalmente abordar el que los llevaría a Inglaterra, Holmes entró a la librería El Pez.

La dueña del establecimiento era conocida como La Anfibia, llamada así por quienes se burlaban de su nombre, Dulcemar Ríos. Holmes salió con un ejemplar del libro titulado: *Azul...* que, agotados la mayoría de los ejemplares, era ofrecido sin descaro al triple de su precio original, escrito por el joven poeta de veintidós años, conocido como Rubén Darío.

Todavía sin abrirlo, sacó su pipa y de la bolsa de cuero extrajo dos porciones de tabaco. Lo aprisionó un poco y encendió el fósforo frotándolo contra la puerta de madera.

Sabía que sería la última vez que fumaba en ese país tropical y se tardó lo más que pudo en terminar el tabaco.

Watson lo miraba con expresión de desesperación, pues estaba urgido por abordar el transatlántico La Joya para dejar atrás ese país lleno de mosquitos, locos, borrachos, traidores, dictadores, mentirosos, refugio de asesinos, botín de conquistadores, corruptor de soñadores y descanso del poeta más grande que verían las generaciones futuras.

De pie en la calle, oyendo el chasquear de las herraduras en las patas de los caballos que guiaban los jinetes, Holmes abrió el libro.

La introducción decía:

“...El azul es para mí el color del ensueño, el color del arte, un color helénico y homérico, color oceánico y firmamental, el coeruleum, que en Plinio es el color simple que asemeja al de los cielos y al zafiro...”

Tras un rato de leer los escritos, Holmes estimó:

—El nacimiento de este poeta en este país es una de las peores burlas de las estadísticas. Había un noventa y nueve por ciento de probabilidades que este genio no naciera en este atrasado y desvalido país. Y leyendo estos poemas, puedo asegurar y escribirlo en piedra si es necesario, sin temor a equivocarme, que es el Shakespeare de la poesía, pero igual que todos los genios, es un incomprendido.

Ya en el tren reanudó la lectura:

Cuando tus negras fauces,

Oh tumba,

Me libre de mis penas

profundas;

cuando del hondo río

las turbias
aguas, lleven mi barca
oscura;
cuando pupilas ciegas,
voz muda,
sienta yo la infinita
angustia;
cuando una mano amiga
descubra
mi faz, que cuatro cirios
alumbran;
cuando ningunos duelos
ya sufra
y mis nervios se calmen
y esté mi lengua muda,
entonces voy a ser un buen muchacho
y va a llorar mi muerte la fortuna!

Epílogo

I

Artículo publicado en el diario Eco, el sábado 26 de enero de 1889.

Traidores derrotados

Saturnino Gómez Suárez

Corresponsal Enviado

La invasión fracasó. Al sol quedan varias cabezas en estacas puestas en la orilla del río San Juan en señal de advertencia y victoria.

La maquinaria militar cesó su actividad y luego de un reposo de treinta minutos para beber agua, fumar un cigarro y digerir el espanto de la guerra, narro los acontecimientos e impresiones de los últimos días de esta batalla librada entre dos naciones que antes fueron amigas, pero que en los últimos días se disputaron a punta de balazos y cañonazos el derecho de navegación del río más importante de la región centroamericana por la anhelada y mil veces pospuesta construcción del Canal Interoceánico.

Para Nicaragua acabaron treinta años de paz. Para Costa Rica fue el naufragio de su segundo intento de robo a nuestro país en menos de un siglo al conducir sus tropas a un lugar donde fueron pulverizadas.

De los novecientos soldados ticos que desde el cinco de enero pasado tomaron la parte nicaragüense del río San Juan, no hay sino un poco más de cien con vida y volvieron aterrorizados a su tierra, avergonzados por la derrota, sin armamento, andrajosos y heridos.

Ya lo decía el coronel Vidamar Rodríguez, agregado militar costarricense en la zona invadida, que al quinto día de batalla envió un telegrama de

urgencia a las autoridades de su país:

...No es posible contener la deserción. Todos los alistados huyen y sólo me van quedando heridos y enfermos. Es mucho miedo el de los soldados. Donde el enemigo lanza un cañonazo, mis tropas meten la cabeza en el fango. No sé qué hacer siquiera para que al menos se queden los médicos y enfermeros a cuidar de los heridos.

La situación es lastimosa. Me da vergüenza, señor presidente, el ver con qué gente me ha tocado pelear. Tengo apenas unos treinta soldados en verdad valientes y entregados a la Patria.

Mi posición es triste, señor presidente...

A un kilómetro del frente, el estruendo del enfrentamiento llega como un vómito desde las pequeñas colinas, que lanzan los cañonazos enemigos y que son respondidos por el Ejército nacional y el norteamericano con ametralladoras que suenan como si clavaran cada disparo en el corazón de las montañas.

Durante la mañana que llegué a cubrir este enfrentamiento, el segundo cañón del Ejército nacional con alcance de doscientos metros, apostado en la colina más alta y próxima al poblado de San Carlos, lanzó tres escupitajos con

balas de doce libras que mataron a un soldado invasor, lanzando su cuerpo como un montón de ropa vieja de la que, de repente, se desprendió una pierna que voló hasta quedar atascada en la cima de un árbol.

El olor a pólvora de las explosiones flota en el aire y desde esta posición se puede apreciar a los soldados nacionales corriendo, tratando de cruzar con vida la plaza empedrada del poblado.

Son parte del segundo contingente de soldados nicaragüenses que llegaron hace unos días y sin tiempo de descansar, entraron por la plaza para dividirse en dos grupos.

Al principio los invasores parecían pocos, pero después fueron apareciendo en las colinas y en las quebradas, hileras de ellos limpios e intactos, caminando con cuidado para no ensuciarse de lodo.

Luego pasaron las tropas armadas con rifles, pistolas y ametralladoras, otros con lanzas embreadas para incendiar viviendas y, por último, se podían descubrir los cañones cuando atacaban protegidos desde las colinas.

Cubiertos por una barrera de artillería, los nacionales avanzaron a lo largo del día metro por metro, casa por casa, disparando desde las esquinas, ventanas, tejados, trincheras o agujeros, abriendo camino entre la selva, en persecución de los invasores en retirada, logrando matar en los dos primeros días de enfrentamiento a setenta y seis soldados ticos.

Los defensores podían disparar desde dentro de las casas por las ventanas

en todas direcciones, protegidos por gruesas paredes coloniales de adobe a prueba de impactos de rifles o fusiles. Los cercos de piedra de los corrales constituían una fuerte valla que los invasores debían escalar antes de hacer algún daño.

Después de las dos de la tarde, al tercer día de enfrentamiento, se ordenó un movimiento de flanqueo que abrió las puertas a la victoria.

Tres contingentes salieron de las casas ubicadas cerca de la plaza central yendo por la retaguardia. Se internaron por los matorrales y dos horas después cayeron sobre las espaldas de los desprevenidos invasores.

Un grupo de mulatos, compuesto por al menos doscientos hombres armados de hachas y machetes, se unió al desborde nacional, enardecidos por la matanza de seis mujeres inocentes ocurrida hace unas semanas, con la convicción de expulsar a los traidores; establecieron contacto con las tropas nacionales y norteamericanas que avanzaban por el otro lado hasta rodear la iglesia central, donde aún resistían los rebeldes.

El último de ellos continuó disparando su ametralladora desde la torre de la iglesia hasta que el beso de un disparo del primer cañón del Ejército nacional derrumbó sobre él y su arma el campanario de mampostería. La bala del cañón pesaba veinte libras y tenía un diámetro de treinta y dos centímetros.

Los soldados nacionales realizaron un ataque final en la plaza descubierta que, visto desde esa colina desde donde presencié la batalla, más parecía

histerismo colectivo o el colmo del valor porque eran recibidos con indiscriminadas descargas de bombas, morteros, obuses e insistentes disparos de ametralladoras.

Uno de ellos con la cara negra por el humo recibió al menos tres impactos en el cuerpo, según pude contar, sin embargo siguió avanzando hasta que alcanzó una pared, tomó un rifle y reanudó su acción, dejándose atender una vez que recuperaron la ciudad.

El teniente Santos Guardiola dejó más de veinte cadáveres de soldados costarricenses en el campo antes de morir producto de una bala perdida que le entró entre medio de las dos cejas.

El soldado Trinidad Muñoz murió de una puñalada en la espalda cuando arrebató a los ticos la bandera invasora, recuperada después por un joven civil llamado Andrés Victorino Loáisiga, quien por su valentía fue reclutado por el Ejército nacional y ascendido a Cabo.

Abajo, los nacionales lograron agrupar trescientos fusiles, doce barriles de pólvora, cincuenta y dos cajas de municiones y un cajón con cientos de puñales.

Luego de la batalla, este corresponsal pudo confirmar la muerte de más de trescientos soldados costarricenses y la huida de otras varias docenas en desorden y por atajos, unos al amparo de la oscuridad y otros protegidos por la maleza.

La humedad y el calor acrecientan el olor putrefacto de los cadáveres filibusteros que son lanzados al río porque los pelotones de sepultureros tienen como prioridad cavar las fosas donde descansarán los héroes nacionales.

—Se luchó encarnizadamente —afirmó el general norteamericano James Millard, cuando pedí su valoración sobre los enfrentamientos que han tenido lugar en esta zona considerada la más hermosa del mundo.

—Hemos defendido cada centímetro de la ribera del río San Juan, con la sangre de leales nicaragüenses, —afirmó el general Estanislao Rodríguez.

La claridad profunda de la selva tropical inspira un largo silencio y reflexión. El efecto balsámico de esta suave brisa tropical es como si la tenue y vaporosa exhalación de licor calmante se mezclara con los elementos de esta poderosa naturaleza, que ahora descansa de las terribles pruebas a que es sometida por esta humanidad, que la dejará en paz hasta que la exterminemos.

Después de enviar este artículo por vía telegráfica, este corresponsal vuelve a Managua a lomo de mula junto a los soldados abrigados con el aura de la victoria. Voy con hambre de tigre y con cinco horas de sueño intermitente en las últimas setenta y dos horas.

II

Jack El Sucio

A quien llamaron Jack *El Destripador* nació un oscuro once de febrero de 1843 en Minnesota, Estados Unidos, bajo el odioso y traidor signo de Acuario.

Sus padres, James y Margaret Tumblety, procrearon once hijos: Francis, Patrick, Lawrence, las gemelas Jane y Bridget, Alicia, Margaret, Ann, Julia, Elizabeth y Mary. Poco después la familia se mudó a Rochester, en Nueva York, entre las calles Sophia y Clarissa, a unos dos kilómetros del centro de la ciudad.

Una de las primeras impresiones sobre la personalidad del joven y ya inquieto Tumblety la proporcionaron sus vecinos ante los investigadores de Scotland Yard y reporteros de diferentes diarios locales, quienes fueron enviados a averiguar sobre su pasado tras conocerse de su búsqueda por autoridades británicas debido a su posible participación en las muertes ocurridas en Whitechapel.

La gente afirmó que era “sucio, ignorante, bueno para nada y un asiduo consumidor de literatura pornográfica”.

En 1870, un año después de la muerte de su padre, Tumblety se mudó a Detroit iniciando sus estudios de medicina, aunque para el contador Edward Haywood, uno de sus vecinos más críticos, los estudios de Tumblety fueron

una farsa y la experiencia que presumía creía que se basaba en una breve estadía como ayudante en la farmacia del doctor Lispernard, calificado como un practicante de poca reputación.

Tumblety viajó a Montreal convertido en un prominente médico anunciando al mundo que era el inventor de una cura herbal para las espinillas. Su descubrimiento médico adquirió por sí solo nuevas propiedades y, con los años, propagó la versión de que curaba cualquier enfermedad de la carne.

Su fama se extendió tanto así como sus conexiones políticas y desde 1862 se ufano ante sus amigos de haber rechazado una propuesta para ser candidato a alcalde en las elecciones provinciales.

Su afición de utilizar sobrenombres llamándose Thomas, Tobías, Tanner, Wilson, Twomblety, Toumblety, o Tumbety, quedó al descubierto al ser arrestado luego de hacerse pasar como Luke Pryor Blackburn, nombre de un confederado loco instigador de nefastas conspiraciones durante la guerra civil estadounidense.

Tumblety era un errante médico que con frecuencia cambiaba de domicilio, escapando de sus fechorías puestas en práctica en Minnesota, San Francisco, Chicago, Cincinnati, Carolina del Sur o Montreal. En cada lugar donde se quedó era recordado porque en las tardes salía a pasear por las calles, acompañado con un enorme perro negro.

El veintitrés de septiembre de 1857 fue apresado en Montreal, Canadá, por

practicar un aborto a una prostituta local llamada Emma Philomene Dumas. En el juicio, se aseguró que Tumblety facilitó a la víctima unas pastillas de sospechoso origen, pero más tarde fue exonerado de los cargos.

Meses después se casó con ella. Sin embargo, la abandonó al poco tiempo tras descubrir que administraba a distancia un burdel ubicado en las afueras de la ciudad. Los vecinos recordaron que la separación fue vergonzosa, repleta de gritos, reclamos y utensilios tirados. Se le vio frecuentando bares y en las noches alterando el orden público gritando “¡puta!” a cualquier mujer que se topaba.

En julio de 1870 tuvo problemas legales cuando James Portmore, uno de sus pacientes, falleció luego de tomar una medicina prescrita por Tumblety. Durante la investigación, el acusado desvió la atención sobre el deceso de Portmore al insinuar que había sido la esposa quien había cometido el crimen para quedarse con la herencia.

Para la siguiente audiencia del caso, Tumblety había desaparecido de Montreal.

A las diez y veintidós minutos de la noche del catorce de abril de 1865, el presidente de Estados Unidos, Abraham Lincoln, quien tenía el hábito de criar cabras en las afueras de la Casa de Gobierno, estaba en el balcón presidencial del teatro Ford en Washington disfrutando de la comedia musical *Nuestro primo americano* cuando fue baleado en la cabeza por John Wilkes Booth con

su pistola Deringer, calibre cuarenta y cuatro, un arma de quince centímetros de largo y doscientos sesenta y tres gramos de peso.

Wilkes Booth, quien después de los disparos gritó “¡Sic semper tyrannis!” (así siempre a los tiranos) era simpatizante de los confederados que veía en Lincoln un perdedor y un incapaz de guiar al país. Lincoln murió nueve horas después. Wilkes Booth se partió una pierna al tirarse del balcón, pero logró huir hasta ser descubierto por un comando destinado a su captura, en una finca de Virginia donde fue baleado hasta morir.

umblety fue arrestado al ser reconocido como la persona que públicamente se atribuía el nombre de Luke Pryor Blackburn, aquel confederado loco sospechoso de participar activamente en la conspiración contra la vida de Lincoln. El veintiséis de mayo, tras detenerse al verdadero Luke Pryor Blackburn, umblety fue liberado, pero recibió una amonestación verbal y una multa que nunca llegó a pagar.

Dos años después fue detenido por vestir ropa militar y medallas robadas.

Su hábito de usar sobrenombres le causó otro problema en 1871. En Nueva York era conocido como el doctor John Merry. El quince de marzo fue arrestado bajo sospechas de ser ese alquimista perseguido por propagar en el norte de Estados Unidos sábanas infectadas con el virus de la fiebre amarilla, que según reportes de varios periódicos, había provocado la muerte de al menos dos familias compuestas por quince personas.

Eventualmente fue puesto en libertad.

Ante tal cantidad de cargos en su contra y al ser buscado en diferentes estados, abandonó Estados Unidos y se trasladó a Francia en 1874 para luego recorrer Alemania e Italia. En el tercer país visitado conoció a Sir Anthony Poulain, con quien salía por las noches en busca de fuertes dosis de alcohol y luego de prostitutas. Su relación comenzó pocos años antes de 1880, pero se deterioró cuando Tumblety fue señalado por su compañero como la persona que le robaba dinero y acabó seis años más tarde cuando Tumblety se estableció en Londres, Inglaterra.

En Whitechapel alquiló el apartamento veintidós de la calle Batty, ubicado a menos de tres kilómetros de donde se cometerían los crímenes y donde los vecinos se quejaban de los alborotos que Tumblety armaba en las madrugadas cuando volvía borracho. En algunas ocasiones fue visto en prostíbulos en donde preguntaba por los servicios de muchachas. A comienzos de abril un testigo recordó haberlo visto regresar antes del amanecer un tanto excitado, anunciando que hacía poco había matado a un cerdo con un cuchillo.

Posteriormente los periódicos londinenses se ocuparon de la muerte violenta de Emma Elizabeth Smith. Tumblety por esos días tomó un barco rumbo a Francia y se pasó unas semanas vagando por las calles de París.

En junio de 1888 fue detenido en Londres bajo el cargo de indecencia. Pagó una multa. Volvió a Francia donde algunos de sus conocidos, quienes

luego recordaron que Tumblety siempre hacía notar que había atendido a Thomas Henry Hall Caine, quien en 1885 había debutado en el mundo literario con su novela *La sombra de un crimen* y que en los veranos se veía afectado de extraños dolores en el pecho que, él bromeaba, eran producto de los calores del medio año.

Dos meses después volvió a ser encarcelado, esta vez señalado de cometer un asalto a una mujer, quien alegó que Tumblety le tocó varias partes de su cuerpo cuando ella se encontraba dormida en la banca del parque.

Desapareció un tiempo yéndose a Nueva York, donde a sus conocidos les platicó que uno de sus más famosos pacientes en Inglaterra había sido el escritor Charles Dickens, a quien había curado de sus heridas sufridas cuando se descarriló el tren en el que regresaba de Francia el nueve de junio de 1865. Lo que sus conocidos no sabían era que en esos meses Tumblety había estado en prisión, siendo investigado por el asesinato del presidente Lincoln.

A comienzos de septiembre, tras la muerte de Annie Chapman, se fue a Francia usando por primera vez el alias de Frank Townsend. Volvió una semana después. El treinta de septiembre, luego de encontrarse el cuerpo de Catherine Eddowes, una mujer vio correr por una calle cercana a la escena del crimen a un hombre que se metió en un callejón y escondido en una escalera se cambió de ropa.

La descripción facilitada ese mismo día a los agentes de policía

correspondía con la de Tumblety.

El tres de octubre Scotland Yard solicitó oficialmente a la policía de San Francisco, Chicago y Cincinnati, copias caligráficas de Tumblety para ser cotejadas con las cartas enviadas por Jack *El Destripador*.

El once de noviembre Tumblety fue encarcelado por su presunta participación en los asesinatos de Whitechapel.

Se le interrogó casi todo el día, negó su involucramiento y se le citó para el día siguiente. Sin embargo, el sospechoso no acudió a la nueva indagación y en la madrugada se fue con dirección al Puerto de Liverpool, donde se identificó en la aduana bajo el alias de Frank Townsend y desde ahí abordó el barco La Bretaña, que partió a las once de la mañana hacia Nueva York.

Unos cien agentes fueron enviados los días siguientes al área de Whitechapel para rastrear a Tumblety, pero fue en vano. La serie de muertes en Whitechapel fue llamada por la prensa londinense como “El otoño del terror”. Después de la desaparición de Tumblety, cesaron los asesinatos.

Semanas después, Scotland Yard envió a Nueva York al inspector Michael Andrews para que lo localizara cuanto antes. En esa ciudad, Tumblety, haciéndose llamar Douglas McNamara, alquiló un cuarto en la Avenida Diez de la calle setenta y nueve, al oeste de Manhattan y cerró dos cuentas bancarias para su próximo viaje.

Cuando los detectives de Nueva York e Inglaterra llegaron a su cuarto para

interrogarlo, encontraron el lugar vacío con una valija preparada con prisa y colocada sobre una silla junto a un par de botas de caballería.

El inspector Andrews se entrevistó con el jefe de la Policía de Nueva York, Will Byrnes, para solicitar la formal detención del sospechoso, pero se le informó que no había pruebas contundentes de conexión entre los asesinatos de Whitechapel y Tumblety. Además, a juicio de las autoridades estadounidenses, no era un delito por el cual se le podía extraditar a ese país sin antes tener un proceso legal en Estados Unidos.

El veinticuatro de diciembre Tumblety, con el alias de Frank Townsend, abordó el vapor La Joya que ese día partió hacia Río San Juan en Nicaragua. Llegó a las dos y treinta y siete minutos de la tarde del seis de enero de 1889, cuando daba comienzo la invasión militar de Costa Rica por la navegación en la zona.

El vapor fue construido en Wilmington, Estados Unidos, por la firma Harlan y Hollingsworth con casco de hierro reforzado. Tenía capacidad para doscientos pasajeros y, aunque cada uno pagaba exorbitantes sumas de dinero para viajar desde Nueva York hasta California, vía Nicaragua, las habitaciones no contaban con mucho lujo y las raciones de comida se limitaban a dos diarias.

Por último, el inspector de Scotland Yard, John Littlechild, recibió el cuatro de marzo del 1889 una pequeña misiva del jefe de la Policía de

Nicaragua, Salvador Castrillo, en contestación a una solicitud de Scotland Yard, en la que le informaba que no se había reportado en Nicaragua el ingreso migratorio de Francis Tumblety.

III

La muerte de Jack

El viernes cinco de abril de 1889, el hombre conocido en Matagalpa como Frank Townsend murió de sífilis en el Hotel Europa.

La partida de defunción conservada en los archivos del padrón de personas fallecidas de la ciudad, que se encuentra en la Biblioteca del Archivo Departamental de Matagalpa, reza lo siguiente:

Registro 175: En la ciudad de Matagalpa a las tres de la tarde del viernes 5 de abril de 1889: Presente el médico Anselmo Framberger, mayor de edad, soltero y de profesión doctor en medicina general, dijo: Que a las 9 y 18 minutos de la mañana del día 5 de los corrientes, falleció en esta ciudad a consecuencia de paro cardíaco por un avanzado cáncer pulmonar, el señor Frank Townsend, de 46 años, casado con la señorita Amapola Böll, de 32 años, originaria de esta ciudad y de oficio costurera.

Se leyó esta acta a los comparecientes Amapola Böll, su padre Pedro Böll y el médico de la familia Anselmo Framberger. Testó ante los oficios el doctor Vidal Pérez.

Este documento se hace oficial tras ser firmado por los comparecientes.

Registro del Estado Civil de las Personas de la ciudad de Matagalpa.

Libro de defunciones, tomo tercero, folio 108, año 1889.

Quien se hacía llamar Frank Townsend pidió a su esposa Amapola Böll ser enterrado bajo el nombre de Frank Böll en el Cementerio de los Extranjeros.

Un mes más tarde, Amapola sufrió un aborto y se dice que murió de tristeza dos años después. Fue sepultada junto a la tumba de su esposo.

IV

Las cartas de Jack

Las únicas evidencias impresas de conexión de Francis Tumblety con los espectrales asesinatos de Whitechapel que enloquecieron a los investigadores, policías y sabuesos de Scotland Yard fueron las cartas enviadas a medios de comunicación, testigos y agentes.

El 25 de septiembre de 1888, la Agencia Central de Noticias de Londres recibió la primera de las misivas:

Querido jefe, Sir Charles Warren:

¡Mi cuchillo es tan bello y afilado! Quiero ponerlo a trabajar otra vez cuanto antes. Me mantengo informado sobre mi pronta captura, pero aún no llega. Me he reído mucho de lo inteligente y seguro de sus declaraciones recogidas en los periódicos.

Mientras tanto, sigo detrás de las putas y las destriparé hasta que me atrapen.

La última dama resultó un trabajo hermoso. No le di tiempo ni de chillar. Amo mi trabajo y pronto tendrá noticias de mí. Esta carta está escrita con sangre y en la próxima les enviaré un riñón.

Suyo sinceramente.

Jack.

El cinco de octubre, el inspector John Littlechild recibió un paquete que contenía una oreja y una carta ensangrentada:

Querido nuevo jefe:

¡Hola! ¡Hola! ¡Hola! ¡Qué lástima la salida de Warren! Espero que le vaya mejor en Singapur. Como carta de presentación le envío este regalito.

Elizabeth Stride tenía unas orejas perfectas, ¿no le parece? No pude evitarlo y la otra acabó en el fondo de mi sartén junto a un páncreas, ajo, pimienta, tomates y sal.

Dada la ineptitud mostrada por Warren, espero de usted algo mejor. De lo contrario, como último recurso tienen a Holmes y su amiguito Watson.

Le deseo suerte.

Suyo sinceramente.

Jack.

Tres días después, el criminal envió cartas a dos testigos de sus asesinatos que días antes habían colaborado con la policía para ayudarlo a identificarlo:

Reconozco que informaron muy bien a la policía sobre mí.
Pero se equivocaron si creen que no los vi.

Ahora yo sé que ustedes me conocen y yo los conozco. Si siguen dando información a las autoridades, enviaré sus orejas a sus esposas para que las pongan a freír.

Pdta. ¿Ven que conozco sus direcciones?

Suyo sinceramente.

Jack.

El quince de octubre el asesino envió otra carta titulada: “Desde el infierno”. Estaba dirigida a George Lusk, cabeza del Comité de Vigilancia organizado para capturar al depredador de prostitutas.

Como lo prometí, envió un riñón para que les sirva de ayuda extra a sus investigadores. El desvelo de los policías ha sido insuficiente para detener mis asesinatos, así que tenga cuidado y proteja a su querida esposa.

Sí, debo admitirlo, van por la pista correcta.

Tenía pensado mandarles una oreja, pero a última hora me la comí.

Captúrenme cuando puedan.

Suyo sinceramente.

Jack.

No fue hasta finales de octubre que Scotland Yard recibió este mensaje fechado el diecisiete de septiembre:

Querido jefe:

Ahora dicen que soy judío. ¡Cuándo aprenderán! La pista del doctor es correcta, pero todavía no escucho los golpes en mi puerta. Les mando este pedazo de riñón porque el resto me lo comí con una saludable ensalada de tomates y espinacas.

He descubierto que entre más viejas mis víctimas, el riñón sabe mejor.

Pdta: Siento el desorden y la sangre en la pared, pero no lo pude evitar.

Era como estar pintando.

Suyo sinceramente.

Jack.

La última carta fechada el 12 de noviembre, día en que Francis Tumblety salió de Londres, fue recibida un día después por la Agencia Central de

Noticias.

Querido jefe:

Inicio un viaje sin retorno. Les di demasiado tiempo para capturarme y hasta me entregué dócil, pero su miopía es brutal.

Me cansé de esperar y mejor me marché a otra ciudad donde pueda continuar mi diversión.

Pienso que no estaría mal broncearme y disfrutar del trópico porque este encierro europeo es fatigoso.

Cuando despierten de su retraso mental, yo estaré bebiendo vino y fumando en una taberna de un país desconocido.

Adiós.

Pdta: Como recuerdo inspector Littlechild, le dejo preservados cuatro ovarios debajo de su cama.

Suyo sinceramente.

Jack.

V

Darío llega a Nicaragua

El seis de marzo de 1889, el poeta Rubén Darío llegó a Puerto Corinto, Nicaragua, procedente de Chile.

Semanas antes, el escritor chileno Eduardo Poirier había mandado la siguiente misiva al presidente Evaristo Carazo anunciando el arribo del bardo.

Valparaíso, 16 de febrero 1889

Señor coronel y presidente

Don Evaristo Carazo

Managua, Nicaragua

Distinguido señor y amigo:

Quedo vivamente reconocido a la alta prueba de confianza que me ha dado al nombrarme encargado de negocios y cónsul General de Nicaragua en Chile, anticipándome así bondadosamente a los deseos y aspiraciones que le manifesté en mi carta fechada el 5 de enero pasado.

Puede usted contar, mi distinguido señor y amigo, con que en toda circunstancia sabré colocarme a la altura del honroso puesto

que se me encomienda, y con que he de trabajar incesantemente por servir las miras que de su gobierno ha tenido en vida al otorgarme esta distinción.

Por último vapor remití a usted los diarios en que se daba cuenta de la cordial recepción que me hizo el gobierno de Chile el 2 de septiembre. Por haber hecho a última hora esa remesa y por conducto no muy seguro, la repito por el presente vapor y le incluyo también los recortes periodísticos relativos al mismo asunto.

Rubén Darío partió a su país por último vapor (Cachapoal) hace hoy una semana. Quizás llegue antes que la presente, pues con la preparación repentina y atropellada de su viaje que casi coincidió con mi regreso a Santiago, no tuve materialmente tiempo para escribir a usted por el último vapor.

Ante todo debo advertir a usted que no ha sido posible suministrar a Rubén los medios para llegar a Nicaragua. Últimamente hemos quedado aquí solos Eduardo de la Barra y yo, en la tarea de facilitar a Darío lo que necesitaba.

De la Barra le procuró, haciendo valer sus buenos empeños, pasaje de Valparaíso hasta Panamá y yo le he suministrado los pocos recursos pecuniarios de que he podido disponer para dejarlo

a bordo, comprarle algunas cosas indispensables de uso personal, darle algo para el viaje, etc.

En el vapor le prometí hacer cuanto de mí dependiese por reunir unos 200 (pesos) para remitírselos por este vapor a Panamá, a fin de que pagase desde allí su pasaje y cubriera el valor de su estadía de al menos una semana en ese puerto.

Pero en previsión de cualquier evento, le di un oficio para el representante consular de Nicaragua en Panamá, a fin de que suministrase a Rubén los medios necesarios para seguir su destino, dando cuenta al gobierno de Nicaragua o aguardando mi remesa.

Tengo el sentimiento de anunciarle que nadie ha querido erogar aquí ni en Santiago la menor suma con este objeto. Sólo figuran en la lista mi nombre y el de Eduardo de la Barra.

Los demás alegan invariablemente lo mismo: “Darío es un mozo de mucho talento y admiramos sus producciones; pero, como hombre es un perdido y habiendo hecho por él ya demasiado, no daremos ni un centavo más para que lo gaste en beber y en sus vicios”.

Por desgracia De la Barra y yo somos pobres y hemos hecho en su obsequio todo lo humanamente posible. Los amigos de Darío estaban también indignados porque últimamente habíase alejado

nuestro poeta de todo trabajo sobre la vida, y, después de haber abandonado los buenos círculos, vivía en el de los jefes y miembros de las sociedades obreras de Valparaíso.

Así fue que al vapor no le acompañaron sino el infrascrito y cuatro o cinco de esos jefes de obreros, quienes le habían dado el día anterior un banquete de despedida.

De manera, pues, que le ruego se sirva dar orden para que se pague a su cónsul en Panamá los gastos de manutención y transporte de Rubén desde ese puerto hasta Nicaragua.

Le pido ahora no trate con severidad al pobre Rubén. Creo se corregirá. Ha recibido golpes dolorosos últimamente, siendo de los más mortificantes el aislamiento en que por su propia culpa se ha visto.

Por otra parte, la reputación literaria que en buena lid ha merecido su talento, creo que le hará mirar más adelante, en su futuro por su propio decoro y dignidad.

Además, lleva la esperanza de obtener de usted una secretaría de Legación en Europa, por lo que le pido ante todo una previa temporada de observación que demuestre su cambio y búsquese un médico para las enfermedades en ese cuerpo y alma, y enseguida, déjese a su talento poderoso y original toda expansión y dará

vuelos prodigiosos.

Le envío además diez ejemplares de *Azul...* dos de *Abrojos* y dos de *Emelina*.

Con sentimiento de distinguida consideración, soy de usted muy atento seguro servidor y amigo afectísimo.

Eduardo Poirier

VI

La misiva de Holmes

El 8 de junio de 1889, el detective privado Sherlock Holmes envió al inspector de Scotland Yard, John Littlechild, una misiva secreta que, a su opinión, cerraba el caso sobre la identidad y captura de Jack *El Destripador*, aunque no fue hasta el 10 de agosto de 1913 cuando Scotland Yard decidió archivar el expediente que se encuentra en los documentos históricos de la Biblioteca Nacional de Criminología en Londres, bajo el código: F.T-7Whitechapel-6Managua.

A continuación la carta:

Londres, 8 de junio 1889.

Scotland Yard.

Estimado señor inspector John Littlechild:

Tras una larga jornada de investigaciones en Nicaragua y luego de regresar a Londres, yo y mi amigo y asociado John Watson estamos en la completa seguridad de comunicarle que el señor Francis Tumblety, de nacionalidad estadounidense, alias Frank Townsend, vinculado a la serie de asesinatos ocurridos entre abril y noviembre de 1888 en el área de Whitechapel, murió el pasado

cinco de abril en la ciudad de Matagalpa, Nicaragua, a causa de sífilis.

Le envío dos copias de autopsias del total de seis de las muertes de mujeres ocurridas entre el 10 y el 25 de enero de los corrientes en las ciudades de Managua, Granada, Masaya y Matagalpa.

También le facilito la copia de la carta de defunción de Townsend.

Como podrá notar, la causa de muerte fue cambiada por la de cáncer pulmonar. Su tumba está identificada como la de Frank Böll porque se cambió el apellido de su alias por el de su esposa Amapola Böll, con quien se casó unas semanas antes.

Como podrá apreciar luego de leer los exámenes forenses, las víctimas llevan el inconfundible sello de muerte de Tumblety. Si desea mayores datos, estaré en mi casa de campo en Sussex y Watson se quedará un tiempo en Londres.

Espero un día, cuando la edad nos acorrале, poder revivir la memoria del pasado e intercambiar opiniones sobre el caso.

Ahora perdóneme, pero a mi parecer este caso ya está cerrado.

Sinceramente.

S. Holmes.

VII

La estampilla del Momotombo

El 19 de junio de 1902, el Senado estadounidense votó a favor de reanudar la construcción del Canal Interoceánico por Panamá, dejando a un lado la opción de hacerlo por Nicaragua debido, en gran parte, a una estampilla.

El proyecto de Panamá, a cargo del ingeniero Ferdinand de Lesseps, quien antes había materializado el Canal de Suez, estaba sacudido por escándalos de corrupción y malversación de fondos, lo que llevó a la paralización de las actividades para despedir a los responsables del gran desfaldo y reorganizar la Compañía Universal del Canal Interoceánico de Panamá.

La ruta estaba a menos de la mitad de avanzada y se había invertido el triple de los fondos previstos, por lo que Francia abandonó la empresa, limitada también por los usuales derrumbes que atrasaban el progreso de las obras, destruían las maquinarias y debido a que los trabajadores eran acosados por diversas enfermedades tropicales.

El presidente de Estados Unidos, Theodore Roosevelt, era extremo defensor de la teoría de Alfred Thayer Mahan, un erudito en estrategias militares y miembro de la armada, quien publicó en 1890 un breve, pero severo ensayo titulado: *La influencia de los mares en la historia*, en el que aseguraba que la supremacía en el mar era la parte integral futura de la destreza comercial y militar de cualquier nación que quisiera gobernar el

mundo, por lo que un canal controlado por Estados Unidos era una absoluta necesidad para el desarrollo e influencia del país en el destino del mundo.

Además, un oportuno incidente demostró la necesidad de poseer cuanto antes el canal. Como resultado de la guerra hispanoamericana, se había establecido una base naval en Cuba, sin embargo el acorazado Maine, que estaba apostado en esas costas, fue volado el 15 de febrero de 1898 matando a 260 soldados.

La reacción estadounidense llegó tarde desde San Francisco con el acorazado Oregon, que debió viajar 12 mil millas y atravesar el Cabo de Hornos para poner orden.

Ahora la discusión estaba en aprovechar el natural río San Juan de Nicaragua o continuar las labores en Panamá y comprar los bienes y concesiones de la compañía francesa a un costo de 40 millones de dólares.

Según los informes económicos de la época, la construcción del Canal de Panamá costaría 253 millones de dólares, mientras que para materializar el canal por Nicaragua se tendría que destinar 189 millones de dólares.

Por un lado, la ruta nicaragüense ofrecía menos inversión y mayor agilidad de ejecución, pero la de Panamá prometía un paso más corto, más recto y con menos tiempo para transitar, mejores puertos y, además, ya contaba con una vía ferroviaria.

Los senadores debatieron durante meses hasta llegar al acuerdo preliminar

de apoyar la ruta por Nicaragua y dejar a un lado la de Panamá por efectos de mayor distancia para viajar y el doloroso saneamiento de funcionarios que podía poner en crisis política a Francia, Panamá y Estados Unidos, presentando el proyecto al presidente Roosevelt para que se discutiera a la mayor brevedad posible con los funcionarios nicaragüenses.

Meses antes, el ingeniero francés Philippe Bunau-Varilla, quien tenía acciones invertidas para la empresa francesa del Canal de Panamá y que había llegado a Panamá en 1884 como lugarteniente de Ferdinand de Lessep, contrató los servicios del abogado William Nelson Cromwell, de la firma Sullivan & Cromwell, para garantizar la continuación del proyecto original.

Nelson Cromwell y su equipo aprovecharon por esos días la publicación en Nicaragua de una pequeña y simple estampilla postal de un centavo. A mediados de 1899, el presidente de Nicaragua, general José Santos Zelaya López, autorizó suscribir un contrato con la compañía Hamilton Bank Note para emitir una serie de sellos postales. En una de esas estampillas aparecía el muelle de Puerto Momotombo, un barco y gran cantidad de viajeros junto al tren y, al fondo, el volcán Momotombo con un hermoso penacho de humo, aunque hacía siglos permanecía inactivo.

El diario New York Sun publicó en los días siguientes una historia en la que se informaba que la erupción había causado potentes terremotos en el país, destruyendo varias ciudades, dejando centenares de muertos y hasta citaba a

testigos sobrevivientes y personas afectadas por los sismos.

Además hacían mención de que hacía poco, en mayo de 1902, había ocurrido en la isla de Martinica la terrible erupción del volcán Montaña Pelada, que causó más de treinta mil muertos y la destrucción de muchas poblaciones, entre ellas la ciudad de Saint Pierre.

Para aclarar estas desinformaciones, a finales de mayo el gobierno de Nicaragua envió un cable urgente al Senado de Estados Unidos que decía:

“Las noticias publicadas acerca de erupciones recientes de volcanes y terremotos en Nicaragua son completamente falsas”.

Sin embargo el daño ya había sido hecho.

Tres días antes del 19 de junio, Cromwell envió una carta con copia a cada uno de los miembros del Senado, conteniendo las publicaciones periodísticas y la advertencia de los riesgos de seguir con el plan de Nicaragua debido a volcanes como el Momotombo que ellos no sabían estaba a más de ciento cincuenta kilómetros de distancia de donde se construiría el canal.

Por su parte, Bunau-Varilla reforzó que Estados Unidos no debía arriesgar tanto dinero en un país tan peligroso por su naturaleza volcánica, que en una

sola erupción podía destruir lo invertido.

Además, hizo un recuento de la histórica inestabilidad política en la nación centroamericana, dominada por los caudillos liberales y conservadores que muchas veces no lograban finalizar ni la mitad de sus periodos por los constantes golpes de Estado o cuartelazos. Esto puso más nervioso a los legisladores, que finalmente prefirieron continuar con los planes del canal original, con una diferencia en la votación de tan solo ocho votos en contra.

Tras firmarse el acuerdo, Cromwell recibió 800 mil dólares de pago.

VIII

Jack *El Destripador* murió en Nicaragua

Managua, 12 de marzo de
1996

Cables combinados.

Jack *El Destripador*, el famoso asesino de prostitutas londinenses, fue un cirujano de nacionalidad estadounidense que murió en Nicaragua en 1889, reveló hoy el autor de un nuevo libro sobre el caso.

El subcomisionado Sebastián Pérez, agente de la rama de investigaciones criminales de la Policía Nacional de Nicaragua, reveló haber descubierto uno de los grandes misterios del mundo criminal, nombrando al doctor estadounidense Francis Tumblety como el asesino que aparentemente falleció en la ciudad de Matagalpa, en Nicaragua, el cinco de abril de 1889 a causa de sífilis.

Su aseveración se basa en una misiva hasta ahora no publicada y escrita en Londres, Inglaterra, el 8 de junio de 1889 por el famoso investigador privado Sherlock Holmes, que fue dirigida a John Littlechild, en ese entonces inspector de la policía de

Scotland Yard y jefe de la unidad especial de investigación del caso, en la que hacía referencia a un viaje a Nicaragua en busca del asesino.

La carta, encontrada entre los archivos históricos de la Biblioteca Nacional de Criminología de Londres, hace referencia a las pesquisas realizadas por Holmes en Nicaragua, nombrando a Tumblety como el sospechoso primario que fue arrestado en la capital inglesa luego de los asesinatos atribuidos a Jack *El Destripador*.

No hubo más muertes del estilo de Jack *El Destripador* en Londres luego que Tumblety partiera de Inglaterra. El asesino abría el estómago y el vientre de las prostitutas, de ahí su apodo de “El Destripador”.

Pero Tumblety huyó a Estados Unidos y la policía perdió su rastro. Según las nuevas evidencias, Holmes siguió a Tumblety hasta Nicaragua, aunque llegó cuando éste agonizaba a causa de sífilis en la ciudad de Matagalpa, ubicada a 140 kilómetros de distancia de la capital.

Según el investigador, en enero de 1889 asesinatos similares tuvieron lugar en Nicaragua que pudieron haber sido cometidos por Tumblety. En este país se registraron seis ataques mortales contra

mujeres reportados en la capital y en interior del país, pero atribuidos a soldados costarricenses, dado que en esa época las dos naciones se disputaban militarmente la navegación por el río San Juan.

El sospechoso había hablado abiertamente sobre su odio a las mujeres luego de descubrir que su esposa había trabajado y posteriormente administrado un burdel. El señalado mantenía escondida en su apartamento en Londres una colección macabra de órganos femeninos preservados en jarros.

“A falta de una confesión firmada, esto es lo más cercano que hemos tenido a la mano para resolver el misterio que ha desconcertado a los investigadores por casi un siglo”, dijo Pérez a los reporteros.

“Esto cambiará el curso de las investigaciones sobre Jack *El Destripador*” añadió.

El libro en el que se narran los hechos, titulado *El visitante*, será puesto a la venta en Nicaragua el próximo mes.